

El estudio del Espíritu Santo dentro de la teología sistemática se denomina Neumatología, y es el tema de este libro, el cual tiene seis capítulos, a saber: CAPÍTULO I: "La doctrina del Espíritu Santo en la historia", en el que se analiza la manifestación y obra de la Tercera Persona de la Trinidad en el Antiguo Testamento y el tratamiento de la doctrina neumatológica en las diferentes escuelas durante la historia de la humanidad. CAPÍTULO II: "Los nombres del Espíritu Santo", en el cual se extraen, describen y explican las designaciones y títulos del Espíritu Santo en toda la Biblia, relacionándolos con sus atributos y obras. CAPÍTULO III: "Deidad del Espíritu Santo: atributos y obras divinas", en el que se estudian las características que demuestran la deidad del Espíritu Santo como la Tercera Persona de la Trinidad y se explica su actuar. CAPÍTULO IV: "La obra del Espíritu Santo: Regeneración, Santificación, Morada y Bautismo", en el cual se expone detalladamente la obra del Espíritu Santo en el nuevo nacimiento del convertido a Cristo, su tarea en la guía del regenerado hacia la vida de santidad agradable a Dios, su residencia en el creyente quien es templo del Espíritu y la obra de la llenura que opera en él. CAPÍTULO V: "Relación del creyente con el Espíritu Santo para la edificación de la iglesia", en el que se explica cómo el Espíritu Santo le da poder al creyente para vencer al diablo, la carne y el mundo; y cómo le otorga bendiciones como el fruto y sus dones. Y el CAPÍTULO VI: "El ministerio del Espíritu Santo al final de los tiempos", en el que se analiza la obra de la Tercera Persona de la Trinidad en el marco de los eventos escatológicos ubicados al final de la historia de la humanidad, cuando se cumpla totalmente el plan de Dios, en la consumación de los siglos.

Esperamos que este libro sea de gran bendición para la iglesia de Cristo, que avive el fuego del Espíritu Santo en los corazones de los creyentes y les impulse a mantenerse firmes en la fe, peleando la buena batalla, echando mano de la vida eterna, guardando esta salvación tan grande en Cristo Jesús y ocupándose de ella con temor y temblor.

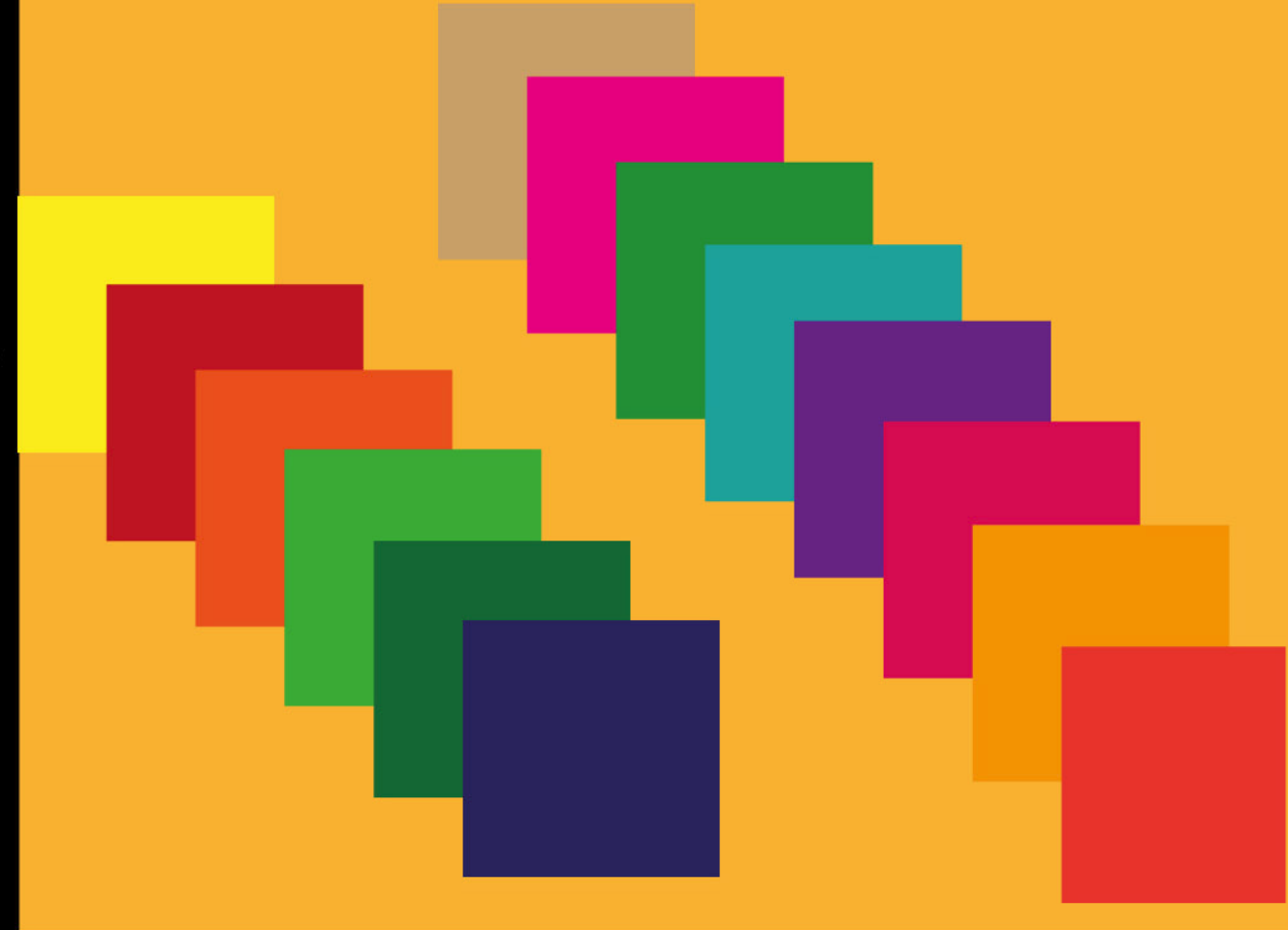


UNIVERSIDAD
DEL ATLÁNTICO



Neumatología

Yolanda Rodríguez Cadena - Gabriel Ferrer Ruiz



Neumatología

Doctrina del Espíritu Santo

Yolanda Rodríguez Cadena
Gabriel Ferrer Ruiz



Sello Editorial
UNIVERSIDAD
DEL ATLÁNTICO



Neumatología

Doctrina del Espíritu Santo

Neumatología

Doctrina del Espíritu Santo

Yolanda Rodríguez Cadena
Gabriel Ferrer Ruiz



Catalogación en la publicación. Universidad del Atlántico. Departamento de Bibliotecas.

Rodríguez Cadena, Yolanda.
Neumatología: Doctrina del Espíritu Santo / Yolanda Rodríguez Cadena; Gabriel Ferrer Ruiz. – 1ª ed. – Barranquilla: Sello Editorial Universidad del Atlántico, 2017.
242 páginas : Ilustraciones, cuadros.

Incluye referencias bibliográficas.
ISBN 978-958-8742-95-3

1. Trinidad. 2. Espíritu Santo. 3. Dones espirituales. 4. Bautismo en el Espíritu Santo. -- I. Ferrer Ruiz, Gabriel. -- II. Título.

CDD: 231.3 R696

Neumatología.
Doctrina del Espíritu Santo
Autoría: Yolanda Rodríguez Cadena • Gabriel Ferrer Ruiz

© Universidad del Atlántico, 2017

Edición:
Sello Editorial Universidad del Atlántico
Km 7 Vía Puerto Colombia (Atlántico)
www.uniatlantico.edu.co
publicaciones@mail.uniatlantico.edu.co

Impresión:
Calidad Gráfica S.A.
Av. Circunvalar Calle 110 No. 6QSN-522
PBX: 336 8000
lsalcedo@calidadgrafica.com.co
Barranquilla, Colombia

A este libro se le aplicó
Patente de Invención No. 29069

Tiraje: 100 Ejemplares
Barranquilla (Colombia), 2017

Nota legal: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros medios conocidos o por conocerse) sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos patrimoniales. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. La responsabilidad del contenido de este texto corresponde a sus autores.

Depósito legal según Ley 44 de 1993, Decreto 460 del 16 de marzo de 1995, Decreto 2150 de 1995 y Decreto 358 de 2000.

CONTENIDO

Capítulo I	
La doctrina del Espíritu Santo	
en la historia	11
Capítulo II	
Los nombres del Espíritu Santo.....	31
Capítulo III	
Deidad del Espíritu Santo: atributos y obras divinas.....	61
Capítulo IV	
La obra del Espíritu Santo: regeneración,	
santificación, morada y bautismo	91
Capítulo V	
Relación del creyente con el Espíritu Santo para	
la edificación de la iglesia	137
Capítulo VI	
El ministerio del Espíritu Santo al final de los tiempos.....	193
Referencias bibliográficas.....	239
Datos de los Autores.....	245

INTRODUCCIÓN

Una de las promesas que Jesús les hizo a sus discípulos en el discurso del Aposento Alto, es la venida del Espíritu Santo, el Consolador: “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Jn. 14: 26). Se refería a la presencia de la Tercera Persona de la Trinidad en la iglesia, pues mora en el creyente y convence al perdido de justicia, pecado y juicio (Jn. 16: 8). Justamente la era de la iglesia es llamada la era del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es Dios, eterno, glorioso, Todopoderoso, como el Padre y el Hijo, Jesucristo; en la creación allí estuvo: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (Gn. 1: 1-2); venía sobre los profetas y daba los mensajes de exhortación, edificación y consolación; es el Espíritu de Jehová en el Antiguo Testamento y es el Espíritu de Jesucristo en el Nuevo, títulos que señalan la relación estrecha dentro de la Trinidad.

En el Nuevo Testamento, el Espíritu Santo participó en el engendramiento de Cristo, en su ministerio, muerte, resurrección y glorificación. Él, junto al Padre y el Hijo, participan en la obra de la salvación de la humanidad; es el que inspiró a los siervos de Dios en la escritura de la Biblia, el que da la revelación y causa la iluminación en el creyente.

El estudio del Espíritu Santo dentro de la teología sistemática se denomina Neumatología, y es el tema de este libro, el cual tiene seis capítulos, a saber: CAPÍTULO I: “La doctrina del Espíritu Santo en la historia”, en el que se analiza la manifestación y obra de la Tercera Persona de la Trinidad en el Antiguo Testamento y el tratamiento de la doctrina neumatológica en las diferentes escuelas en la historia de la humanidad. CAPÍTULO II: “Los nombres del Espíritu Santo”, en el cual se extraen, describen y explican las designaciones y títulos del Espíritu Santo en toda la Biblia, relacionándolos con sus atributos y obras. CAPÍTULO III: “Deidad del Espíritu Santo: atributos y obras divinas”, en el que se estudian las características que demuestran la deidad del Espíritu Santo como la Tercera Persona de la Trinidad y se explica su actuar. CAPÍTULO IV: “La obra del Espíritu Santo: Regeneración, Santificación, Morada y Bautismo”, en el cual se expone detalladamente la obra del Espíritu Santo en el nuevo nacimiento del convertido a Cristo, su tarea en la guía del regenerado hacia la vida de santidad agradable a Dios, su residencia en el creyente, quien es templo del Espíritu y la obra de la llenura que opera en él. CAPÍTULO V: “Relación del creyente con el Espíritu Santo para la edificación de la iglesia”, en el que se explica cómo el Espíritu Santo le da poder al creyente para vencer al diablo, la carne y el mundo; y cómo les otorga bendiciones a los creyentes como el fruto y sus dones. Y el CAPÍTULO VI: “El ministerio del Espíritu Santo al final de los tiempos”, en el que se analiza la obra de la Tercera Persona de la Trinidad en el marco de los eventos escatológicos ubicados al final de la historia de la humanidad, cuando se cumpla totalmente el plan de Dios, en la consumación de los siglos.

Esperamos que este libro sea de gran bendición para la iglesia de Cristo, que avive el fuego del Espíritu Santo en los corazones de los creyentes

y les impulse a mantenerse firmes en la fe, peleando la buena batalla, echando mano de la vida eterna, guardando esta salvación tan grande en Cristo Jesús, ocupándose de ella con temor y temblor. Es nuestro deseo que los hermanos en la fe reciban de parte de Dios este libro, que tiene como objetivo guiarlos en una relación cada día más profunda con el glorioso Espíritu Santo, conociéndole y adorándole porque es Dios.

CAPÍTULO I

LA DOCTRINA DEL ESPÍRITU SANTO EN LA HISTORIA

Yolanda Rodríguez y Gabriel Ferrer

En este capítulo analizaremos la manifestación del Espíritu Santo en los libros del Antiguo Testamento y en la historia extrabíblica.

1.1 LA DOCTRINA DEL ESPÍRITU SANTO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS

En Génesis encontramos tres contextos en los que aparece el Espíritu Santo: Génesis 1: 2; 6: 3 y 41: 38. En Génesis 1: 2, Moisés narra que el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Aparece aquí la Tercera persona de la Trinidad como Dios creador (Sal. 104: 30). En 6: 3, el Espíritu Santo es mostrado en su persona como quien puede contender con el hombre; en este contexto, implica contender con los pecadores por medio de la convicción de pecado; es decir, el Espíritu Santo les habla a su conciencia para que se vuelvan a Dios y abandonen el pecado; pero el hombre puede rechazar este acto de ser redarguido y desechar al Espíritu Santo. Por eso, en Génesis 6: 3 dice que Él no contendrá para siempre con el ser humano; si este lo rechaza, será rechazado por Dios. El hombre tiene entonces un tiempo de 120 años como oportunidad para arrepentirse.

En 6: 17 y 7: 15 leemos “... para destruir toda carne en que hay espíritu

de vida...”¹; este espíritu de vida lo da el Espíritu Santo; es el aliento que Dios sopló cuando creó al ser humano (Gn 2: 7) (Ec. 12: 7) (Ez. 37: 6).

El otro contexto es Génesis 41: 38, donde se expresa que el Espíritu Santo puede llegar a un varón de Dios; es el caso de José a quien el Señor le había dado por el Espíritu sabiduría e interpretación de sueños.

ÉXODO

En los textos de Éxodo 28: 3, 31: 3, 35: 31, aparece el Espíritu Santo como el que otorga la sabiduría y la inteligencia al hombre: “...y lo he llenado del Espíritu de Dios, en sabiduría e inteligencia, en ciencia y en todo arte” (Éx. 31: 3). Moisés se refiere aquí a habilidades para realizar obras como diseñar y trabajar en toda clase de labor con oro, madera y plata. Con esto se observa que los talentos humanos para todo tipo de actividad útil, de oficios y profesiones, son dados por Dios a través del Espíritu Santo, con propósitos divinos. Pero sabemos que el hombre ha usado estos talentos para adorar a Satanás y para beneficio propio.

NÚMEROS

En Números se destaca el Espíritu Santo como el que viene sobre los siervos de Dios (Nm. 11: 17, 25, 26, 29; 24: 2) y posibilita la profecía. En Números 11: 17, se narra el episodio de los 70 varones seleccionados para colaborarle a Moisés con el pueblo, los cuales son habilitados por medio del Espíritu Santo: “...tomaré del espíritu que está en ti, y pondré en ellos”; aquí no significa que el Espíritu Santo residía en Moisés, sino que se posaba sobre él, venía sobre él; y esta bendición que lo habilitaba

y fortalecía para guiar al pueblo, era la que iba a ser dada a los 70 varones; esto se aclara más en el versículo 25: “...y tomó del espíritu que estaba en él, y lo puso en los setenta varones ancianos; y cuando posó sobre ellos el espíritu, profetizaron y no cesaron”. Nuevamente, en el versículo 26 se confirma este significado: “...Eldad y el otro Medad, sobre los cuales también reposó el espíritu”; en el verso 29 Moisés nos aclara más el sentido de “posar, reposar el espíritu”: “Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos”; nótese el uso de “sobre ellos”, no “en o dentro” de ellos.

En Números 24: 2, en el contexto de la historia de Balaam, nuevamente vemos el Espíritu Santo que llega sobre un varón para que profetice, como el caso de los 70 varones, y los otros dos que también profetizaron: “y alzando sus ojos, vio a Israel alojado por sus tribus; y el Espíritu de Dios vino sobre él”.

DEUTERONOMIO

En Deuteronomio 34: 9, se narra cómo Josué fue lleno de sabiduría por el Espíritu Santo, una vez que Moisés puso sus manos sobre él: “Y Josué hijo de Nun fue lleno del espíritu de sabiduría, porque Moisés había puesto sus manos sobre él”.

JUECES

En este libro, el Espíritu Santo viene sobre los jueces con el fin de capacitarlos para juzgar a Israel, dirigir los destinos del pueblo en la obediencia a Dios y para prepararlos para defenderlo de los enemigos; daba valentía, autoridad, fortaleza, fuerza y poder de convocación (Juec. 3: 10; 6: 34; 11: 29; 13: 25; 14: 6, 19; 15: 14). Los jueces como Otoniel, Gedeón, Jefté y Sansón, recibieron estos beneficios como líderes que usó Dios para liberar a su pueblo de la opresión del enemigo, una vez que clamaban a Él.

¹ Todas las citas bíblicas de este libro son tomadas de la Versión Reina Valera 1960; y las citas del griego provienen del *Textus Receptus* de Stephanus: Stephanus New Testament, 1550.

1 y 2 DE SAMUEL

En 1 de Samuel 10: 6, 10, el Espíritu Santo da poder para profetizar y transformar al hombre; Saúl es mudado con el fin de ser preparado para asumir el liderazgo de Israel como rey. También observamos que el Espíritu Santo da fortaleza, valentía y poder de convocación a Saúl, a la manera como lo hacía con los jueces (11: 6). Cuando el Espíritu viene sobre Saúl, este profetiza (10: 6, 10; 19: 23), al igual que los mensajeros enviados para traer a David que se encontraron con la compañía de profetas (1 S. 19: 20). Pero el Espíritu Santo se apartó de Saúl por su desobediencia; lo cual quiere decir que el que capacita es Dios, la competencia es de Él, no de los siervos; como dice el apóstol Pablo, que somos administradores del Señor (1 Cor. 4: 1), pero Él es el que lo hace todo. El Espíritu Santo también aparece como unción sobre un varón, David, quien había sido designado para reemplazar a Saúl.

En 2 de Samuel 23: 2, David expresa cómo el Espíritu Santo le ha dado revelación e inspiración para profetizar y poetizar: “El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, Y su palabra ha estado en mi lengua”. Esta expresión aparece en el contexto lírico del cántico de liberación (2 S. 22; 23: 1-7).

REYES

Tanto en 1 como en 2 de Reyes encontramos al Espíritu Santo como el que da sabiduría, guía a los siervos de Dios y da la unción para el servicio y la realización de milagros portentosos. Esto se ilustra con los ministerios de Elías y Eliseo. En 1 de Reyes 18: 12 Abdías le dice a Elías que el Espíritu de Jehová enviaría a Elías a un lugar distinto para que no se encuentre con Acab; podría referirse aquí a que el Espíritu Santo le daría una orden a Elías de desplazarse o a que Él podría trasladar al profeta de un lugar a otro.

En 2 de Reyes 2: 9 aparece una expresión que usa Eliseo cuando le pide a Elías que una doble porción de su espíritu sea sobre él. Evidentemente, el sentido aquí no es una porción del espíritu de Elías, sino de la unción del Espíritu Santo que le permitía a este profeta hacer milagros, profetizar y hacer la voluntad de Dios. Es el mismo contexto de Números 11: 17, donde se narra el acontecimiento de los 70 varones que fueron habilitados por medio del Espíritu Santo: “...tomaré del espíritu que está en ti, y pondré en ellos”; Dios tomó del espíritu que estaba en Elías para ponerlo sobre Eliseo, de la misma manera que lo hizo con el de Moisés para ponerlo sobre los 70 varones; pero esta expresión “de tu espíritu” o “porción de tu espíritu” se refiere a la unción del Espíritu Santo; en otras palabras: Dios les da a los 70 varones y a Eliseo de la misma unción que le dio a Moisés y a Elías. En 1ª de Reyes 2: 15, se aclara un poco más esto: “El espíritu de Elías reposó sobre Eliseo”, lo cual significa “El espíritu Santo que reposaba sobre Elías, reposó sobre Eliseo”.

CRÓNICAS

En los libros de Crónicas, el Espíritu Santo aparece dando fortaleza, fuerza y valentía para participar en la guerra y aceptar la convocación de Dios (1 Cr. 12: 18); también para proclamar su Palabra, su mensaje, la profecía que consuela, exhorta, alienta y edifica; es justamente lo que encontramos en 2 de Crónicas 15: 1-7 donde Azarías anima a Asa y al pueblo a estar firmes en Dios, a eliminar los ídolos y seguirlo en obediencia: “Pero esforzaos vosotros, y no desfallezcan vuestras manos, pues hay recompensa para vuestra obra”; este mismo contexto lo encontramos en 2 de Crónicas 20: 15: “...No temáis ni os amedrentéis delante de esta multitud tan grande, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios”.

El Espíritu Santo llevaba a los siervos a profetizar al pueblo, lo cual implicaba regreso a los mandamientos de Dios mediante una fuerte exhortación: “Entonces el Espíritu de Dios vino sobre Zacarías hijo del sacerdote Joiada... le dijo: Así ha dicho Dios ¿por qué quebrantáis los mandamientos de Jehová?” (2 Cr. 24: 20); el mensaje incluía juicio, pero también restauración si ocurría el arrepentimiento y la obediencia a dichos mandamientos.

NEHEMÍAS

En este libro, Esdras confiesa los pecados de Israel y hace un recorrido por la historia del pueblo desde la salida de Egipto, su travesía por el desierto, la llegada a la tierra de Canaán hasta la apostasía. Es interesante ver que Nehemías reconstruye estos eventos en las palabras de Esdras y nos aclara que, durante dicho período, era el Espíritu Santo el que enseñaba al pueblo: “y enviaste tu buen Espíritu para enseñarles, y no retiraste tu maná de su boca, y agua les diste en su sed” (Neh. 9: 20). Esto mismo hace Esteban, cuando les dice al sumo sacerdote, al pueblo, a los ancianos y escribas: “Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros” (Hch. 7: 51). Durante todo el período del Antiguo Pacto, el pueblo de Israel estuvo resistiendo al Espíritu Santo; por ello, Dios les enviaba profetas que por el mismo Espíritu Santo testificaran contra ellos; así lo corrobora Nehemías por boca de Esdras: “Les soportaste por muchos años, y les testificaste con tu Espíritu por medio de tus profetas, pero no escucharon” (Neh. 9: 30).

JOB

Job menciona al Espíritu Santo en el escenario de la creación (Job 26: 13); como el que da entendimiento y vida a los seres humanos (Job 38: 36); el que participó de la creación de todo y de la humanidad (Job 10: 8-12); como el que sostiene la vida: “Que todo el tiempo que mi alma

esté en mí, Y haya hálito de Dios en mis narices, Mis labios no hablarán iniquidad, Ni mi lengua pronunciará engaño.” (Job 27: 3-4; cf. Job 10: 8-12).

SALMOS

David le ruega al Señor que no quite de él su Santo Espíritu (51: 11); el contexto de esta petición es la oración de arrepentimiento por el pecado de adulterio y homicidio, cuando se llegó a Betsabé y mandó a asesinar a Urías Heteo. David pide que Dios cree en él un corazón limpio y renueve un espíritu recto dentro de él (v. 10); también le dice que le devuelva al gozo de la salvación. El salmista estaba consciente de que Dios podía quitar su Espíritu de él, pues conocía la experiencia de Saúl: “El Espíritu de Jehová se apartó de Saúl, y le atormentaba un espíritu malo de parte de Jehová” (1 S. 16: 14). El Espíritu Santo es garantía (arras) de la salvación y ésta produce gozo.

En el Salmo 104: 30 el escritor trata el poder creador del Espíritu Santo: “Envías tu Espíritu, son creados, y renuevas la faz de la tierra”. En el Salmo 139: 7 se expresa un atributo de la Tercera Persona de la Trinidad, la omnipresencia: “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?”. En el Salmo 143: 10 se enuncia uno de los roles del Espíritu Santo, de guiar al creyente: “Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios; tu buen espíritu me guíe a tierra de rectitud”; otra traducción es: “me guíe a tierra llana” (Biblia Textual), lo cual indica un terreno sin obstrucciones que, según el contexto del versículo anterior, es el espacio donde está la voluntad perfecta, agradable y buena de Dios “Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios”. El Espíritu Santo nos guía a hacer la voluntad de Dios.

PROVERBIOS

En Proverbios 1: 23, el escritor profetiza sobre la venida del Espíritu

Santo, tal como el profeta Joel (2: 28) lo indica: “Volveos a mi reprensión; He aquí yo derramaré mi Espíritu sobre vosotros; y os haré saber mis palabras” (Prov. 1: 23). En la Biblia Textual dice: “¡Volveos a mi reprensión, y os manifestaré mi espíritu, y os haré conocer mis palabras” . El Espíritu Santo es el que revela las Escrituras, nos guía a toda verdad; aquí se observa la labor de iluminación que Él hace.

El contexto del pasaje de Proverbios construye una coordenada temporal que apunta hacia la época de la iglesia, cuando el Espíritu Santo sería derramado, y hacia el final de esta era, cuando inicie la dispensación de juicio (Prov. 1: 27).

ECLESIASTÉS

La cita que podemos mencionar en este libro es el aliento de vida que el Espíritu Santo da: “...y el espíritu vuelva a Dios que lo dio” (Ec. 12: 7). Es importante notar que aquí “espíritu” no se refiere al espíritu del hombre como parte de su ser tripartito, sino al hálito, aliento de vida que el Espíritu Santo da y que, al morir el hombre, regresa a Dios. Cuando el hombre muere, su cuerpo va a la tumba esperando la resurrección de los muertos; si murió en Cristo, su alma y espíritu van al cielo y posteriormente resucitará el cuerpo y se unirá a estos para vida eterna; si murió sin Cristo, si nunca recibió el amor de Dios para salvación, su cuerpo resucitará, se unirá a su alma y espíritu que ya estaban en el infierno, para ser echado completo al lago de fuego, el infierno final (Rodríguez, Ferrer y Segrera, 2011, p.189).

ISAÍAS

Las referencias en el libro de Isaías son varias: en primer lugar, en el contexto de la profecía sobre el reinado del Mesías: “Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu

de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová” (Is. 11: 2). A esta cita se refiere Apocalipsis 3: 1, cuando habla de los siete espíritus de Dios, en el cual se incluye el espíritu de justicia (Is. 11: 4, 5). En Isaías 11: 4 dice: “con el espíritu de sus labios matará al impío”, lo cual encuentra su correlato en 2 de Tesalonicenses 2: 8 y Apocalipsis 19: 15; la referencia es a la Segunda Venida de Cristo; y la expresión, “con el espíritu”, se relaciona con “espada” o, al decir de Efesios 6: 17, la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios.

Otro contexto en el que aparece el Espíritu Santo es Isaías 11: 15: “Y secará Jehová la lengua del mar de Egipto; y levantará su mano con el poder de su espíritu sobre el río, y lo herirá en sus siete brazos, y hará que pasen por él con sandalias”. La relación con el paso del pueblo de Israel por el Mar Rojo en seco, es clara aquí; y se establece que fue con el poder del Espíritu de Dios que esto se logró.

En Isaías 30: 1, el profeta exhorta al pueblo a cobijarse con el Espíritu Santo y a no confiar en hombres: “para cobijarse con cubierta, y no de mi Espíritu...”.

En Isaías 32: 15, se menciona el derramamiento del Espíritu Santo sobre el pueblo de Israel, como aparece en Proverbios 1: 23 y Joel 2: 28, cuyo primer cumplimiento está en Pentecostés cuando descendió sobre los casi 120 discípulos, la iglesia naciente y siguió llenando a todos sus miembros judíos y gentiles. El segundo cumplimiento ocurrirá al final de los tiempos antes del Milenio, después de la Tribulación; se derramará sobre los israelitas convertidos a Cristo.

En Isaías 34: 16, se hace reminiscencia del Diluvio; se aclara aquí que el Espíritu Santo reunió a las parejas de animales. Ahora bien, esto

aparece en un contexto de anuncio de castigo para las naciones, esto es, en un marco profético cuyo objetivo es confirmar que la Palabra de Dios se cumplirá, tal como aconteció con el anuncio del juicio del Diluvio dado a través de Noé, pregonero de justicia.

En Isaías 40: 13-14, encontramos otros atributos del Espíritu Santo, su omnisciencia y sabiduría: “¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quién pidió consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia?”.

En Isaías 42: 1 se profetiza el ministerio de Cristo y su unción sacerdotal por el Espíritu Santo: “He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones”. Esta palabra tiene cumplimiento en Mateo 3: 16. En Isaías 42: 5, nuevamente aparece la referencia al Espíritu Santo que da aliento de vida. En el capítulo 44: 3 se profetiza el derramamiento del Espíritu Santo sobre Israel y sobre la iglesia, ya citado en el 32: 15. En Isaías 48: 16, se reitera cómo el Espíritu Santo envía a los profetas con Palabra de Dios para el pueblo. Y en 59: 19 se profetiza la Segunda Venida de Cristo no sin antes aclarar que antes de esta, el Espíritu Santo levantará bandera contra el enemigo. En el Milenio el Espíritu Santo estará sobre los que entren a este período del reinado del Mesías y esto justamente se describe en Isaías 59: 21. En Isaías 61: 1, nuevamente se profetiza la primera venida del Mesías y su ministerio, lo cual se cumple exactamente en Lucas 4: 18-19.

Finalmente, en Isaías 63: 10, el profeta recuerda el pecado de Israel después de la salida de Egipto el cual se define como “hicieron enojar su santo espíritu”. En los versículos 11 y 14, se hace referencia a cómo

el Espíritu Santo acompañó al pueblo después de la salida de Egipto: “¿dónde el que puso en medio de él su santo Espíritu?”; y a cómo los pastoreó todo el tiempo: “El Espíritu de Jehová los pastoreó...”.

EZEQUIEL

En este libro encontramos varias referencias sobre el Espíritu Santo. En 1: 12-21, Él guía a los seres vivientes que son descritos en la visión de Ezequiel, lo cual señala la soberanía de Dios; cómo el Señor hace su voluntad perfecta a través de su Santo Espíritu.

En Ezequiel 1: 26-28, el profeta tiene una visión de Jesucristo quien le habla: “Hijo de hombre, ponte sobre tus pies, y hablaré contigo” (2: 1); luego, el Espíritu Santo entra en el profeta: “Y luego que me habló, entró el Espíritu en mí y me afirmó sobre mis pies, y oí al que me hablaba” (2: 2). Aquí, el Espíritu Santo habilita al profeta para escuchar y entender la voz de Dios, al igual que para darle fortaleza para aceptar y realizar la misión que se le encomendaría. Es el mismo contexto de los versículos 3: 12, 14, 24; 11: 5.

Otra referencia del Espíritu Santo en Ezequiel es el pasaje del capítulo 37: 1-10, donde se encuentra la narración del Valle de los huesos secos. En 37: 1 el Espíritu de Jehová levanta a Ezequiel para ponerlo en medio de un valle: “La mano de Jehová vino sobre mí, y me llevó en el Espíritu de Jehová, y me puso en medio de un valle que estaba lleno de huesos secos”, “profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: Así ha dicho Jehová el Señor: Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán” (37: 9). Encontramos aquí la palabra hebrea *ruach* con tres sentidos: aliento, viento y Espíritu; son, al decir de Wright (2004, p. 361), las diversas operaciones del *ruach*, sobre el hombre, la naturaleza y su manifestación divina,

respectivamente. En el versículo 9 se nota la ambigüedad, pues ruach significa Espíritu a quien Ezequiel tiene que llamar por orden de Dios mediante la palabra profética, es el Espíritu del Dios vivo, pero también es el que da respiración a los cuerpos, los cuales se levantan como un ejército lleno de vigor y vida. Podemos ver aquí el aliento divino que es soplado sobre los cuerpos inanimados, lo cual nos recuerda la escena de Génesis, cuando Dios sopló aliento de vida en el ser humano. Evidentemente toda esta escena actúa como una metáfora del retorno de Israel a su tierra, en el contexto escatológico de su entrada al Milenio. De igual manera, actúa como un referente de la resurrección, esperanza del creyente.

En Ezequiel, el Espíritu Santo levanta y traslada al profeta, lo fortalece, lo habilita para oír y entender las palabras de Dios, para profetizar; y también en el libro se anuncia el evangelio, en el nuevo espíritu, la regeneración o el nuevo nacimiento prometido para Israel al final de los tiempos, pero también para este pueblo antes del Milenio y la iglesia, en esta era de gracia que estamos viviendo.

DANIEL

En este libro hay referencias al Espíritu Santo que habilitaba a Daniel para la interpretación de los sueños; aunque a través de un término usado por un incrédulo, Nabucodonosor: “el espíritu de los dioses santos”, desde su idolatría (4: 8, 9, 18). Pero realmente, es el Espíritu de Dios Santo, pues es el que le daba a Daniel la sabiduría para dar los significados de los sueños.

JOEL

La referencia puntual en este libro es el capítulo 2: 28, donde el profeta habla del derramamiento del Espíritu Santo que aconteció en Pentecostés

(Hch. 2) y que ocurrirá sobre el pueblo de Israel antes del Milenio, después de la Segunda venida de Cristo, cuando se arrepienta y reciba al Señor como salvador y Mesías, lo cual ocurrirá en la segunda mitad de la Tribulación. El profeta Joel menciona los efectos de esta venida del Espíritu Santo: la profecía (v. 28) y las manifestaciones asociadas de sueños y visiones, que se cumplieron en la iglesia primitiva y se seguirá cumpliendo ahora y en la Segunda Venida de Cristo. La aplicación en la iglesia la encontramos en Joel 2: 28-29; y para Israel en estos versículos asociados del 30 al 32.

MIQUEAS

En Miqueas 2: 7 se menciona el Espíritu de Jehová en el marco de una aseveración de Israel en medio de la rebeldía: “Tú que dices casa de Jacob, ¿se ha acortado el Espíritu de Jehová?”; esto evidencia cómo el pueblo se había separado de Dios, había dejado de obedecer sus mandamientos, de escuchar su voz; y lo habían cambiado por falsos profetas, adivinos (3: 7); por ello, Miqueas dice: “Mas yo estoy lleno de poder del Espíritu de Jehová, y de juicio y de fuerza, para denunciar a Jacob su rebelión, y a Israel su pecado” (3: 8). El pueblo decía que el Espíritu Santo se había acortado para señalar que no había amonestación, ni juicio ni castigo; era una manera de desconocer y anular a Dios. Pero Miqueas responde por mandato del Señor y reitera que su profecía era voz de Dios por el Espíritu Santo, la cual estaba dirigida, no a alimentarle al pueblo la codicia por lo material o a anunciarle bendición, sino juicio por el pecado. El Espíritu Santo fortalece a Miqueas y lo lleva a denunciar y proclamar juicio.

HABACUC

La referencia en este libro profético es al aliento de vida que da el Espíritu Santo: “¡Ay del que dice al palo: Despiértate; y a la piedra muda: Levántate! ¿Podrá él enseñar? He aquí está cubierto de oro y

plata, y no hay espíritu dentro de él” (2: 19). El contexto del versículo es la idolatría del pueblo que toma una escultura, estatua de fundición, imágenes mudas, para confiar en ellas y erigirlas como su dios. Partiendo de esto, podemos decir que la referencia de “espíritu” aquí no es solo aliento de vida, sino también Espíritu Santo, pues es el que enseña y conduce a la verdad, ilumina el entendimiento para adorar a Dios y no a los ídolos.

HAGEO

La referencia más clara sobre el Espíritu Santo en este libro es el versículo 5 del capítulo 2: “Según el pacto que hice con vosotros cuando salisteis de Egipto, así mi Espíritu estará en medio de vosotros, no temáis”. Hay una relación con Éxodo 33: 14, cuando Dios promete su presencia en el pueblo por petición de Moisés, la cual se manifestó en la columna de fuego y la nube que los acompañaba de noche y de día, respectivamente, tipos del Espíritu Santo. Pero el contexto de Hageo es el escatológico, al final de los tiempos, en la Segunda Venida de Cristo (Hag. 2: 7).

ZACARÍAS

Las referencias en este libro profético sobre el Espíritu Santo aparecen en un marco escatológico; hallamos los símbolos de las siete lámparas cuya provisión de aceite estaba garantizada por los dos olivos. La remisión es al candelero del Tabernáculo (Ex. 25: 31). También encontramos la expresión clara: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu, ha dicho Jehová de los Ejércitos” (4: 6), donde se aclara que el simbolismo de las lámparas apunta al Espíritu Santo.

En Zacarías 7: 12, el Espíritu Santo aparece como el que enviaba la palabra profética al pueblo de Israel y de Judá para que se arrepintieran de sus malos caminos, regresaran a Dios en obediencia y pudieran ser librados de la cautividad.

En Zacarías 12: 10, el Espíritu Santo aparece como el espíritu de gracia y de oración que será derramado sobre el pueblo, en un contexto escatológico de la Segunda Venida de Cristo.

MALAQUÍAS

En Malaquías 2: 15, el profeta menciona la abundancia de espíritu en el Señor para hacer del hombre y la mujer uno en su unión marital.

Para resumir el tratamiento del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento, podemos plantear, que:

1. Habilitaba para profetizar o hablar la Palabra de Dios: profetas y mensajeros de Dios.
2. Daba habilidad de liderazgo: los jueces, por ejemplo.
3. Daba fuerza física: Sansón.
4. Daba habilidades artísticas, arquitectónicas y prácticas: para la construcción del Tabernáculo y del templo, por ejemplo.
5. Algunas veces trasladaba a las personas de un lugar a otro; Elías, Ezequiel.
6. El Espíritu Santo venía sobre las personas y las llenaba (no como morada, lo cual acontece en el Nuevo Testamento).

1.2. HISTORIA DE LA NEUMATOLOGÍA

Analizadas las manifestaciones del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento, veamos brevemente cómo han sido las concepciones sobre esta doctrina en la historia.

En la iglesia primitiva se mantuvo una doctrina apropiada del Espíritu Santo a quien adoraban; en el Nuevo Testamento podemos observar la concepción divina, la obra y atributos de la Tercera Persona de la Trinidad, lo cual analizaremos en los otros capítulos.

Veamos algunas perspectivas y errores sobre la manera de concebir la persona y obra del Espíritu Santo en las diferentes épocas de la historia:

Siglos II, III y IV

En los siglos II, III y IV surgieron varios grupos con concepciones erradas acerca del Espíritu Santo, las cuales también involucran planteamientos equivocados acerca de la Trinidad. Podemos plantear tres tipos de errores (Lacueva, 1998, pp.32-33): (1) El subordinacionismo nacido de la influencia del neoplatonismo en las iglesias orientales de los siglos III y IV y de los ataques del judaísmo y el gnosticismo, lo cual llevó a proponer que el Padre es verdadero Dios, mientras que el Hijo y el Espíritu Santo poseían rasgos divinos limitados. (2) El monarquianismo enfatiza la igualdad total de las tres personas Padre, Hijo y Espíritu borrando la Trinidad. Difiere del subordinacionismo en que éste hace una distinción entre las personas de la Trinidad. (3) El Triteísmo considera a las tres personas de la trinidad, como distintas e independientes, como tres dioses.

Veamos algunas de las concepciones erradas que se ubican en los tres tipos anteriores:

Montanismo

El Montanismo fue un movimiento apocalíptico cristiano que surgió en el siglo II d. C. Tomó su nombre de Montano, un frigio, que, poco después de su bautismo como cristiano (156 o 172 d.C.), dijo haber recibido una revelación del Espíritu Santo en el sentido de que él, como representante del profeta del Espíritu, iba a dirigir la iglesia cristiana en su etapa final.

Montano y sus seguidores afirmaban que eran los únicos canales de revelación de Dios a través de la profecía. Uno de sus seguidores, Maximilia, aseveró que la venida de Cristo ocurriría en el año 179 d.C, por una revelación que aparentemente había recibido; por supuesto que esto no ocurrió. Este movimiento también sostenía que el Espíritu Santo aparecía a través de Montano y sus seguidores. Fue una secta separatista y alcanzó su culminación en el siglo III en Cartago con el apoyo de Tertuliano; en el siglo IV, alcanzó la cima, pero luego desapareció.

Sabelianismo

Este movimiento también se denomina monarquianismo modalístico, de Sabelio (s. III) originario de Libia, quien decía que la divinidad era una mónada que se manifestaba en tres operaciones distintas: el Padre en el Antiguo Testamento (creador), el Hijo en la encarnación (redentor) y el Espíritu Santo en Pentecostés (santificador). El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo eran una sola persona en la concepción de Sabelio. Esta doctrina está en contra de la Trinidad, la cual se evidencia y sustenta en la Biblia.

Arrianismo

El Arrianismo se desarrolló alrededor del 320 d.C., en Alejandría, Egipto, con relación a la persona de Cristo y es llamado así por el presbítero Arrio de Alejandría (¿256?-336), quien fue mandado en exilio a Iliria en el 325 después del Concilio de Nicea el cual condenó su enseñanza como la herejía más grande dentro de la iglesia temprana, que desarrolló un significativo seguimiento que casi la domina.

Arrio enseñó que solo Dios el Padre era eterno y demasiado puro e

infinito para aparecer en la tierra. Por lo tanto, Dios produjo a Cristo el Hijo de la nada como la primera y la más grande creación. El Hijo a su vez creó el universo. Debido a la relación del Padre con el Hijo en cuanto se refiere a la naturaleza, este es adoptado por Dios. En esta falsa doctrina se aseveraba que, aunque Cristo era una creación, tenía una gran posición y autoridad, estaba para ser adorado y aún para ser mirado como a Dios. Algunos Arrianos sostenían aún que el Espíritu Santo era la primera y más grande creación del Hijo.

Esta postura está equivocada porque Cristo no fue creado, Él es Dios eterno, como el Padre y el Espíritu Santo.

Macedonianismo

Toma su nombre del patriarca de Constantinopla Macedonio que murió por el año 370 d.C. Esta concepción errada considera al Espíritu Santo como una criatura del Hijo. Otro nombre que reciben los seguidores de esta idea es pneumatómakhoi (los que combaten contra el Espíritu).

Pelagianismo

Este movimiento fue fundado por Pelagio, monje británico que fundó su doctrina alrededor del año 400 d.C; su fundamento doctrinal era la libertad del hombre, al que consideraba como un ser autónomo, con libertad y capacidad para por sí solo cumplir la ley de Dios; esta tesis niega la necesidad de la gracia y con ello no tiene en cuenta la doctrina del pecado original y sus consecuencias; tampoco la intervención del Espíritu Santo en el milagro de la salvación. Esta doctrina está equivocada, porque la Biblia enseña que ningún ser humano puede por sí solo cumplir la ley; solo Jesús lo hizo y su gracia es la que nos

brinda salvación en la cual el Espíritu Santo cumple una gloriosa tarea de convencernos de justicia, pecado y juicio.

Edad Media. El sacerdote en lugar del Espíritu Santo

Durante la Edad Media, la iglesia negaba que el Espíritu Santo podía enseñarles a todos los creyentes, pues el sacerdote era el único que podía hacerlo, por lo tanto, tomaba el lugar de la Tercera Persona de la Trinidad.

En este mismo período encontramos al nominalista Roscelino que retomó el error del triteísmo.

La Reforma

La Reforma rechazó la visión según la cual el sacerdote tomaba el lugar del Espíritu Santo para explicar la Palabra de Dios. Calvino volvió a plantear la doctrina de la Trinidad, considerando al Padre, al Hijo y al Espíritu como Dios. Los reformadores también hicieron énfasis en la regeneración de la persona por el Espíritu Santo y cómo Él le da testimonio al creyente de que es salvo.

En el período del siglo XVII también encontramos a los socinianos, quienes planteaban que: Dios era una sola persona, que Jesús no existía antes de su nacimiento y que el infierno no era real, pues el alma de la persona incrédula se extinguirá al morir el cuerpo; evidentemente ésta es una falsa doctrina, pues la pre-existencia de Cristo y su deidad se evidencian en toda las Escrituras. En cuanto al infierno, es un lugar real y toda la Palabra de Dios lo confirma. En lo que respecta al alma, la Biblia enseña que la de los inconversos sufrirá un tormento eterno. La doctrina de la aniquilación no es bíblica.

Errores modernos

Dentro de los errores modernos encontramos el unitarismo que plantea una sola persona como Dios. Aquí ubicamos a la Teología Liberal, los Testigos de Jehová quienes consideran que Dios es Jehová, el Espíritu Santo es una fuerza o una energía y que Cristo es un dios, un ser creado; también son unitarios los que se denominan “solo Jesús” y consideran que Padre, Hijo y Espíritu Santo son títulos del único Dios verdadero, el cual es solo Jesús.

CAPÍTULO II

LOS NOMBRES DEL ESPÍRITU SANTO

Yolanda Rodríguez y Gabriel Ferrer

En este capítulo analizaremos los nombres, títulos o designaciones del Espíritu Santo en la Biblia; y sus símbolos y tipos. En cuanto a los nombres, tomaremos las denominaciones específicas así como aquéllas que aquí llamamos metonímicas², es decir, términos que denotan funciones, obras o atributos del Espíritu Santo, los cuales son usados en los diferentes libros del Nuevo y el Antiguo Testamentos. Para ilustrar esto, podemos citar los términos “espíritu de sabiduría” o “espíritu noble”, los cuales se remiten al Espíritu Santo, pero tomando dos de sus atributos: la sabiduría y la bondad en tanto rasgos divinos.

Para el estudio de los nombres del Espíritu Santo seguiremos la investigación y la propuesta de Towns (1994) quien los clasifica según varios criterios, entre otros: el nombre preferido por Jesús, los nombres relacionados con la deidad del Espíritu Santo, los asociados al Padre y al Hijo, los relacionados con la redención, los que apuntan a la madurez del creyente, los asociados al ministerio de enseñanza del Espíritu Santo, los vinculados a su carácter, los relacionados con la autoridad de la Biblia y las designaciones gramaticales.

² La metonimia se define como la sustitución del término propio por otra palabra, sin que la función referencial cambie, es decir que hay una solidaridad de significados, lo cual permite la asociación y el reemplazo de un término por otro. Las sustituciones pueden ser de varios tipos: causa por el efecto, continente por contenido, nombre de lugar por la cosa, signo por la cosa significada; y en nuestro caso, el atributo por quien lo posee.

Antes de iniciar nuestro análisis vale la pena detallar que el nombre “Espíritu” aparece 500 veces en la Biblia para referirse a la Tercera persona de la Trinidad y el de «Espíritu Santo» aparece 100 veces. En el Antiguo Testamento se usa “Espíritu Santo de Dios”, pero se relleva aquí al Padre, por lo tanto no posee toda la connotación que el título tiene en el Nuevo Testamento.

2.1. LOS NOMBRES, TÍTULOS, TÉRMINOS Y DESIGNACIONES

2.1.1. EL NOMBRE PREFERIDO DE JESÚS PARA EL ESPÍRITU SANTO. EL CONSOLADOR. EL AYUDADOR

El nombre preferido por Jesús para designar al Espíritu Santo es “paracletos”, cuya traducción más precisa es ayudador. En la versión Reina Valera 1960, se traduce “consolador”; tomaremos éste para el análisis de esta primera clasificación basándonos en el estudio de Towns (1994, p.13):

Preconversión	Rol
Consolador-abogado	Convencernos de pecado
Consolador-guardián intercesor	Refrenarnos del pecado
Conversión	
Consolador-restaurador	Renueva la vida espiritual
Consolador-administrador de la casa	Morar en el creyente
Consolador-notario público	Garantizar nuestra salvación
Postconversión	
Consolador-administrador	Llenarnos para el servicio. Asistimos.
Consolador-escrutador	Mantenernos apartados para Dios
Consolador-maestro	Explicar la verdad espiritual al creyente
Consolador-legislador	Presentar nuestras oraciones al Padre.

El Consolador

En Juan 14: 26, dice: “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho”. Aunque el nombre “consolador” solo aparece cuatro veces, Towns considera que es el nombre preferido por Cristo debido a que identifica lo que el Espíritu Santo hace. Cada vez que el nombre es usado en las Escrituras, es Jesús quien lo hace (Jn. 14: 16, 26; 15: 26; 16: 7). Una de esas ocasiones es en el discurso del Aposento Alto, el discurso íntimo dirigido a la iglesia. También podemos plantear que Jesús prefiere el nombre Espíritu Santo por su relación con la salvación, pues Él es el que ayuda en el proceso; como se observa en la tabla 1 en las tres etapas, preconversión, conversión y postconversión, el Espíritu Santo actúa como ayudador-consolador.

En la primera etapa, es el consolador-abogado que nos convence de pecado; en Juan 16: 8-11 dice: “Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuando el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado”. El pecador es confrontado con su pecado, por el Espíritu Santo, para que se arrepienta, crea en Cristo, lo reciba y pueda obtener salvación.

En la preconversión, el Espíritu Santo también es el ayudador, pues en el mundo inconverso, es el que refrena el mal para que no se desate a plenitud, como acontecerá durante los siete años de Tribulación al final de los tiempos. El apóstol Pablo dice: “Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio” (2 Ts. 2: 7).

En la etapa de la conversión, el Espíritu Santo como ayudador obra la regeneración: “nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tit. 3: 5). Cuando ocurre la conversión, el Espíritu Santo habilita y prepara al creyente como su morada: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?” (1 Cor. 6: 19). Finalmente, en la conversión, el Espíritu Santo como ayudador, sella al nuevo creyente: “Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención” (Ef. 4: 30).

En la etapa de la postconversión, el Espíritu Santo es ayudador porque da la llenura (Ef. 5: 18), santifica al creyente (2 Cor. 3: 18), da la iluminación (1 Cor. 2: 12) y es intercesor (Ro. 8: 26, 27). Todos estos aspectos se tratarán profundamente en los capítulos sobre la obra del Espíritu Santo. Veamos un resumen de lo planteado:

El Espíritu Santo Ayudador/Consolador/Paracletos en la salvación

Preconversión	Conversión	Postconversión
Reprueba-Convence (Jn. 16: 7-10)	Regeneración (Tit. 3: 5)	Llenura (Ef. 5: 18)
Refrena (2 Ts. 2: 7)	Morada (1 Cor. 6: 19)	Santificación (2 Cor. 3: 18)
	Sello (Ef. 4: 30)	Iluminación (1 Cor. 2: 12)
		Intercesor (Ro. 8: 26, 27)

2.1.2. LOS NOMBRES DEL ESPÍRITU SANTO RELACIONADOS CON SU DEIDAD

2.1.2.1. El Espíritu Santo como Elohim

- El Sello del Dios vivo (Ap. 7: 2).

En Apocalipsis 7: 2 dice: “Vi también a otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo”; el ángel va a sellar a los siervos de Dios, los 144.000 (Ap. 7: 3-4). La relación con el Espíritu Santo la podemos establecer, atendiendo al símbolo del sello que le es asignado en el Nuevo Testamento (Ef. 1: 3). Ahora bien, en Apocalipsis 14: 1 se especifica que los 144.000 tenían el nombre el Cordero y de su Padre en sus frentes, lo cual lo podemos relacionar con el sello de Apocalipsis 7: 2. Teniendo en cuenta esto, los siervos de Dios son sellados con el nombre de la Trinidad en sus frentes: Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espíritu; lo cual implica señal de pertenencia a Dios. De la misma manera, nosotros los creyentes llevamos el sello del Espíritu Santo que indica nuestra pertenencia a Dios, que somos su propiedad.

- Los Siete Espíritus de Dios (Ap. 3: 1). Los Siete Espíritus de Dios enviados por toda la tierra (Ap. 5: 6).
En este título el número 7 indica la perfección y plenitud de Dios; y aplicado al Espíritu Santo, indica su deidad. El hecho de que este término se refiera al Espíritu Santo se elucida en Isaías 11: 2, 4, donde el profeta habla de los atributos y obras de sabiduría, inteligencia, consejo, poder, conocimiento, temor de Jehová, justicia, los cuales le pertenecen al Espíritu Santo.
- El Espíritu de Dios (Gn. 1: 2. 1 Cor. 2: 11). El Espíritu de nuestro Dios (1 Cor. 6: 11). El Espíritu que proviene de Dios (1 Cor. 2: 12). Estos términos señalan la deidad del Espíritu Santo y los encontramos en Génesis 1: 2: “...y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”; en 1 de Corintios 6: 11 y 2: 12: “...ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios”; “Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios”.

2.1.2.2. *El Espíritu Santo como Jehová el Señor*

El Espíritu de Jehová: en Isaías 61: 1, el profeta usa este término aunque es la voz de Jesús anticipada y que tiene cumplimiento en Lucas 4: 16-19. Esta designación la encontramos en otros contextos como Jueces 13: 25, 14: 6, para referirse a cómo el Espíritu Santo venía sobre Sansón para impartirle fuerza; en 1 de Samuel 16: 13 cuando David fue ungido y el Espíritu Santo vino sobre él; en 2 de Samuel 23: 2, para indicar cómo el Espíritu Santo daba palabra profética; en Isaías 11: 2 y 40: 13, para referirse a sus atributos y a lo que imparte en un siervo.

2.1.2.3. *El Espíritu Santo como la gloria o shekinah: Los nombres asociados a la gloria de Dios. El glorioso Espíritu de Dios.*

En la Biblia encontramos también nombres del Espíritu Santo asociados a la gloria de Dios, lo cual implica que Él merece la adoración como Dios; es el sentido que encontramos en 1 de Pedro 4: 14, en la expresión “el glorioso Espíritu de Dios”: “...sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros”. El contexto del versículo 13 justamente es la gloria de Cristo: “...para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría” (v. 13). Se habla aquí de la gloria venidera, cuando Cristo venga por segunda vez; pero al estar el Espíritu Santo en nosotros, ya gustamos de la gloria del Señor. Esto se corrobora en 2 de Corintios 3: 18: “...mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”.

2.1.2.4. *El Espíritu Santo como Shaddai*

En la Biblia también encontramos nombres asignados o referidos al Espíritu Santo que denotan su omnipotencia; veamos:

- El Soplo del Omnipotente: este término metonímico lo encontramos en Job 32: 8: “Ciertamente espíritu hay en el hombre, y el soplo del Omnipotente le hace que entienda”. Aquí el *rûah*, el soplo del Omnipotente es el Espíritu Santo, pues es el que da entendimiento, el que lo otorga al espíritu del hombre. Nótese que aquí se toma un acto divino del Espíritu Santo, el “soplar” entendimiento, como la persona total, por eso hay aquí metonimia.
- La Voz del Omnipotente: esta designación la hallamos en Ezequiel 1: 24: “...Y oí el sonido de sus alas cuando andaban, como sonido de muchas aguas, como la voz del Omnipotente”. Para que podamos interpretar este término como referido al Espíritu Santo es necesario ver el contexto anterior, en los versículos 12, 20, 21, donde se expresa que “el espíritu” dirigía a los seres vivientes; es el Espíritu Santo el que los movía y luego Ezequiel describe que el sonido de las alas de los seres era como la voz del Omnipotente; pasa a describir el varón de apariencia como de bronce, de fuego (1: 27), que le habló (2: 1), e inmediatamente entró el Espíritu en Ezequiel (2: 2). Todo este contexto nos permite interpretar dicha voz del Omnipotente como referido al Espíritu Santo.

2.1.2.5. *El Espíritu Santo como El Elyon: el Altísimo*

El Espíritu Santo también es designado con el término metonímico, “el poder del Altísimo” en Lucas 1: 35: “...El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”. Nótese aquí que el poder del Espíritu Santo es el que cubrirá a María para que ocurra la concepción milagrosa de Jesús; por lo tanto, el término el poder del Elyon, el Altísimo es una designación que se le aplica en este contexto.

2.1.3. LOS NOMBRES DEL ESPÍRITU SANTO EN RELACIÓN CON EL PADRE

Varias designaciones del Espíritu Santo se usan para señalar la relación con el Padre; veamos:

- La promesa del Padre: “He aquí yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros” (Lc. 24: 49). Jesús se refiere a la venida del Espíritu Santo que aconteció en Pentecostés en Hechos capítulo 2.
- El que procede del Padre: (Jn. 15: 26). En este texto, el Señor usa tres designaciones para el Espíritu Santo: el Consolador, el Espíritu de Verdad y el que procede del Padre; con éste último se hace énfasis en la relación entre el Espíritu Santo y el Padre.
- El Espíritu de vuestro Padre: este término lo encontramos en Mateo 10: 20 e implica las tres relaciones: Espíritu Santo, Padre y creyente.

2.1.4. LOS NOMBRES DEL ESPÍRITU SANTO RELACIONADOS CON JESÚS

Además de los nombres del Espíritu Santo asociados al Padre, también encontramos los relacionados con el Hijo.

- El Espíritu de su Hijo: Pablo en Gálatas 4: 6 dice: “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba Padre!”. La relación que este nombre establece entre el Espíritu y el Hijo, se vincula con dos versículos; Juan 1: 12: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” y Juan 4: 24: “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”. Pablo afirma en Gálatas 4: 6 que por ser hijos, han recibido al Espíritu Santo y por ello pueden adorar al Padre diciéndole ¡Abba Padre!

- El Espíritu de Cristo: de manera análoga a Juan 15: 26, en Romanos 8: 9, se usan tres designaciones para el Espíritu Santo, dentro de las cuales está “el Espíritu de Cristo”: “Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él”. Además de resaltar la relación entre el Espíritu Santo y el Hijo, como en los otros términos arriba anotados, en el versículo citado se aprecian las relaciones en la Trinidad: se mencionan “El Espíritu, el Espíritu de Dios y el Espíritu de Cristo”; en el primer caso hay referencia a la Tercera persona, el segundo a la Primera Persona, el Padre; y el tercero a la Segunda Persona, Cristo.
- El Espíritu de Jesucristo: este término aparece en Filipenses 1: 19: “Porque sé que por vuestra oración y la ministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación”. Pablo se refiere aquí, no solamente a la relación entre Jesús, el Hijo, con el Espíritu Santo, sino a la provisión (“ministración”) que éste da mediante su intercesión para la liberación del apóstol. Ahora bien, Pablo estaba preso por causa del evangelio, estaba padeciendo (Fil. 1: 29-30) por llevar el mensaje de salvación; el uso del nombre “Espíritu de Jesucristo” implica entonces, el balance entre el ministerio mesiánico (Cristo, Mesías, Ungido) y de salvación (Jesús, Salvador). Pablo usa este título para enfatizar la provisión plena de Cristo en la vida y el ministerio cristianos.

2.1.5. NOMBRES DEL ESPÍRITU SANTO ASOCIADOS A LA REDENCIÓN

En la Biblia también encontramos nombres del Espíritu Santo que se relacionan con la obra de la redención, en cuanto a la provisión de la salvación y a ésta ya efectuada; veamos (Townes, 1994, p. 21):

Provisión de la salvación	Roles
Espíritu eterno	Su rol intercesor por el no salvo
El don de Dios	Su don (ofrecimiento) de vida eterna para el no salvo
El Espíritu de aquél que levantó a Jesús de los muertos	Su rol en la resurrección
Salvación efectuada	Roles
El Espíritu de gracia	El acepta al pecador para salvación
El mismo Espíritu de fe	El habilita al pecador para creer
Un nuevo Espíritu	El da al pecador arrepentido una nueva naturaleza
El Espíritu de vida	Hace que el convertido viva para Dios
El Espíritu de adopción	El nos hace herederos de Dios

- El Espíritu eterno: este término aparece en Hebreos 9: 13, 14: “Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?”. Este nombre se asocia a la provisión de la salvación porque Jesús se ofreció mediante el Espíritu Santo para salvar a los seres humanos, limpiándolos del pecado. Nótese aquí el término “mediante” que implica mediación, intermediario o intercesor; lo cual nos recuerda cómo el día de la expiación, el sacerdote era el mediador que llevaba u ofrecía el sacrificio por el pecado, la sangre de toros y machos cabríos para la remisión de sus pecados y los del pueblo. El Espíritu Santo cumplió esta función en el sacrificio de Cristo; por ello, en Hebreos 9: 13, el autor recuerda dicho sacrificio del día de la expiación, comparándolo con el de Jesús, haciendo énfasis en que el sacrificio del Señor es el que verdaderamente limpia las conciencias de obras muertas, de pecado.
- El don de Dios: este término aplicable al Espíritu Santo en relación con la salvación, lo podemos elucidar al comparar los textos de Juan 4: 10, Hechos 8: 20, Hechos 2: 38 y Romanos 6: 23. En el primero,

el Señor le dice a la samaritana: “Si conocieras el don de Dios, y quien es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva”; aquí se refiere al Espíritu Santo, pues se usa el símbolo del agua en relación con la sed que se sacia definitivamente (Jn. 4: 14); este mismo sentido se encuentra en Juan 7: 37 donde Jesús vuelve a hablar de la sed y del agua viva que correrá por el interior de los que creen en Jesús, refiriéndose al Espíritu Santo (Jn. 7: 39).

El término “don de Dios” también aparece en el segundo texto: “... Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero”, referido al hecho de recibir al Espíritu Santo por la imposición de las manos (Hch. 8: 17-18); en el tercer texto, Pedro dice que este don es el Espíritu Santo: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”; finalmente, el cuarto texto nos permite relacionar este término, “don de Dios” con la obra de la salvación para vida eterna: “Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”

- El Espíritu de aquél que levantó a Jesús de los muertos: En Romanos 8: 11, Pablo usa esta designación para el Espíritu Santo que mora en el creyente con el fin de explicar la vivificación que operó en la persona cuando fue salvo; así como Cristo fue levantado de los muertos, cuando somos salvos, somos resucitados a una vida nueva, una vida en el espíritu (otro término asociado a la resurrección de Cristo es «Espíritu de Santidad» Ro 1: 4).
- El Espíritu de Gracia: (Zac. 12: 10). Este título hace referencia al favor inmerecido de Dios hacia el pecador arrepentido; porque por gracia somos salvos (Ef. 2: 8-9).
- El mismo Espíritu de fe: (2 Cor. 4: 13). Sabemos que no podríamos ser salvos sin la fe (Ef. 2: 8, 9). Este título sugiere que el Espíritu Santo se involucra en la respuesta de la persona hacia la salvación;

- y también se refiere a cómo podemos crecer en la fe en DIOS. Entre más nos involucremos con el Espíritu de fe, incrementaremos la fe en Dios y viviremos por y en ella.
- Un Nuevo Espíritu: (Ez. 11: 19). Esta designación se refiere a la regeneración; a cómo al ser salvos recibimos el Nuevo Espíritu; Dios hace una nueva creación y nos ayuda a vivir una vida cristiana (Gál. 6: 15).
 - El Espíritu de vida: (Ro. 8: 2). Antes de ser salvos estamos muertos en nuestros delitos y pecados (Ef. 2: 1); pero cuando nos convertimos, vivimos para Dios en Cristo Jesús (Ro. 6: 11). Esta diferencia es causada por el ministerio del Espíritu de Vida en la salvación.
 - El Espíritu de adopción: este título apunta al ministerio del Espíritu Santo quien os designa como herederos dentro de la familia de Dios (Ro. 8: 15). Mientras el trabajo del Espíritu Santo en la regeneración nos hace parte de la familia de Dios, su trabajo en la adopción garantiza nuestra posición como herederos. Por la regeneración, el Espíritu Santo le da al creyente una nueva naturaleza y nuevo anhelo Espiritual hacia Dios. Por la adopción, el Espíritu Santo nos garantiza nuestros derechos y privilegios de pertenecer a la familia de Dios, lo cual implica una responsabilidad de vivir dándole honor y gloria.

2.2. TÉRMINOS RELACIONADOS CON LA OBRA DE MADUREZ QUE HACE EL ESPÍRITU SANTO EN EL CREYENTE

Towns (1994) usa esta tercera clasificación de los términos aplicados al Espíritu Santo, asociados con la obra de madurez que lleva a cabo en el creyente y los divide en: Los nombres y los principios; veamos:

2.1.2. LOS NOMBRES

En las Escrituras se encuentran términos y títulos del Espíritu Santo

que ya se han mencionado en los apartados anteriores, designando contenidos sobre la obra de la redención y al nombre preferido de Jesús; pero Towns (1994) se refiere aquí a los que se asocian a la madurez del creyente o a su proceso de santificación. Entonces los títulos, nombres y términos con que se designa al Espíritu Santo, son polisémicos, poseen varios sentidos, según los contextos en los que aparezcan y las relaciones significativas que puedan contraer en la comparación de textos bíblicos; veamos:

Nombres de residencia del Espíritu Santo	Rol
Un Nuevo Espíritu	Da al creyente una vida llena del Espíritu
El Espíritu de Gracia	Ayuda al creyente a caminar por gracia, no por ley
Espíritu de Oración	Motiva al creyente a orar
Mi testigo	Da testimonio al creyente de que es salvo
Mi ayudador	Ayuda al creyente a crecer en Cristo

- Un Nuevo Espíritu: Ez. 11: 19. En este caso no se enfatiza la regeneración como se vio antes, sino la residencia del Espíritu Santo en el creyente, el cual no habitaba en él antes de la conversión.
- Espíritu de Gracia: He. 10: 29. El Espíritu de gracia es el medio por el cual la gracia de Dios es comunicada al creyente: “¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteara al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciera afrenta al Espíritu de gracia?” (He. 10: 29); aquí se les está hablando a creyentes que pueden apostatar de la fe, abandonar el camino de Jesús y perder su salvación. En Gálatas 3: 3, por ejemplo, el apóstol Pablo no solamente les recuerda a los gálatas que el Espíritu de Gracia les trajo salvación, sino que también es la clave para la madurez que ellos estaban buscando.
- Espíritu de Oración: este nombre del Espíritu Santo le recuerda al

creyente la importancia de la oración en el proceso de madurez en su vida cristiana. Él nos ayuda a crecer en nuestra vida de oración. En ocasiones el Espíritu de oración clama por nosotros de una manera en que nosotros no podemos hacerlo; es decir, con gemidos indecibles, tal como lo describe Pablo en Romanos 8: 26. En Zacarías 12:10 se usa este término Espíritu de oración: “Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito.” El profeta se refiere a cómo el pueblo de Israel, en la segunda de venida de Cristo, lo reconocerán como Mesías y Salvador; y sólo entonces recibirán la gracia para ser salvos y el Espíritu Santo, el Espíritu de oración; el mismo que aparece en Judas 1:20, “orando en el Espíritu Santo”; en Efesios 6: 18 “orando en todo tiempo con toda súplica en el Espíritu”. Sólo el Espíritu Santo nos puede dar este tipo de oración, de clamor en lenguas humanas y angelicales, en gemidos indecibles, el cual redundará en nuestro crecimiento y madurez como creyentes.

- Mi testigo: En Job 16: 19 leemos: “Mas he aquí en los cielos está mi testigo, y mi testimonio en las alturas”; este testigo del que aquí se habla es el Espíritu Santo; esto lo podemos elucidar si analizamos otros textos; en Hebreos 10: 15, dice: “Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo;...”; y en 1ª de Juan 5: 7 encontramos: “ Porque tres son los que dan testimonio en el cielo”; dentro de estos tres podemos decir que está el Espíritu Santo, pues el acto de testificar se le aplica en varias ocasiones en el Nuevo Testamento; justamente en 1ª de Juan 5: 6, dice: “...Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad”; y en el verso 8 leemos: “Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre”. En Juan 15: 26, dice Jesús: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede

del Padre, él dará testimonio acerca de mí”. También en Romanos 8: 16 el apóstol Pablo afirma que “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”. Es pues el Espíritu Santo “Mi Testigo”, pues Él es la verdad (1ª Jn. 5: 6), es el Espíritu de Verdad (Jn. 15: 26) y guía a toda verdad (Jn. 16: 13).

2.2.2. PRINCIPIOS ASOCIADOS AL TRABAJO DE MADUREZ DEL CREYENTE, POR EL ESPÍRITU SANTO

A los nombres y términos analizados anteriormente, se asocian unos principios; veamos (Townes, 1994):

- El principio del árbol que crece (Sal. 92: 12. Mt. 7: 20; Jn. 15: 1-8).
- El principio de gloria en gloria (2 Cor. 3: 18). Se refiere a la madurez gradual del creyente hasta que la atención está en la gloria del Señor (Fil. 1: 6), como la voluntad de Dios (1 Ts. 4: 3).
- El principio de alentar al creyente. El Espíritu Santo anima al creyente a crecer para ser como Cristo, causando que se dé cuenta qué tanto ha cambiado: “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef. 4: 13).
- El principio de la asistencia disponible. Ningún cristiano podrá pelear por sí solo contra el mundo, la carne y Satanás; pero el Espíritu Santo nos ayuda (1 Cor. 10: 13).

2.3. LOS NOMBRES DE ENSEÑANZA DEL ESPÍRITU SANTO

2.3.1. LOS NOMBRES REFERIDOS A LA ENSEÑANZA

Townes (1994) también relaciona los nombres y designaciones del Espíritu Santo con su ministerio de enseñanza y al aprendizaje en el creyente. Analizaremos estos términos aquí y algunos de ellos los retomaremos más adelante en relación con la autoridad de la Biblia.

Término	Rol
La unción	El remueve la ceguera Espiritual
El Espíritu de Revelación	El revela la verdad Espiritual
El Espíritu de Verdad	El comunica el contenido de la verdad
EL Espíritu de conocimiento	El hace que el creyente conozca hechos acerca de Dios.
El Espíritu de dominio propio (sensatez)	El que hace que el creyente actúe racionalmente conforme a la voluntad de Dios.

- La Unción: 1 Jn. 2: 27. Aquí se hace énfasis en el ministerio de enseñanza del Espíritu Santo. Algunos toman este versículo para rechazar la enseñanza de maestros humanos, pero esto no es lo que dice Juan, pues él mismo estaba enseñando cuando escribía esta carta. El apóstol decía que un maestro humano por sí solo, sin el Espíritu Santo, no podría enseñar ni distinguir la verdad del error. Por eso, la Palabra nos enseña que nos guardemos de los falsos maestros quienes enseñan la mentira y quienes son ministrados por espíritus de mentira; mientras que el maestro lleno del Espíritu Santo enseña la verdad, pues la Unción es la que enseña; es el Espíritu Santo el que guía a toda verdad (Jn. 16: 13).

El ministerio de enseñanza del Espíritu Santo también incluye entonces, guardar al creyente de las falsas enseñanzas. También remueve la ceguera Espiritual de aquellos cuyas mentes fueron entenebrecidas por el dios de este siglo, Satanás (2 Cor. 4: 4). Sin la enseñanza del Espíritu Santo nunca podríamos entender los principios de la salvación, pues es Él quien nos enseña a Jesucristo (2 Cor. 4: 4). El principal tópico de la enseñanza del Espíritu Santo es el Señor Jesucristo.

- El Espíritu de revelación: este término se considera metonímico, pues hace referencia a lo que el Espíritu Santo hace en el creyente;

lo encontramos en Efesios 1: 17: “para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él”. Hay aquí un contexto del Espíritu de revelación, el conocimiento de Dios y también hay una acción, alumbrar, iluminar el entendimiento (v.18); y hay unos fines: (1) Saber la esperanza a la que Dios nos ha llamado (v. 18); (2) Conocer las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, referida a la vida eterna, la gloria de Dios (v. 18b); (3) Conocer la supereminente grandeza del poder de Dios para los que creen (v. 19).

El Espíritu de revelación muestra entonces la dimensión del ministerio de enseñanza del Espíritu Santo, mostrándonos cosas que nunca podríamos conocer sin su ministerio. El apóstol Pablo confirma esto cuando dice: “Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aún lo profundo de Dios” (1 Cor. 2: 9-11). El Espíritu Santo es el maestro perfecto, pues enseña todas las cosas y recuerda lo dicho por Jesús (Jn. 14: 26). Un buen maestro no sólo enseña los contenidos de la lección, sino también la habilidad que ayuda al estudiante a entender y apreciar las relaciones que unen dichos contenidos o hechos. El Espíritu Santo le ayuda al creyente a relacionarlos y también lo asiste en tener una idea mejor sobre lo que Dios está haciendo en y a través de su vida.

- El Espíritu de Verdad. Jesús hizo énfasis en este nombre; lo usó dos veces en el capítulo 14 de Juan (17, 26) cuando habló de la venida de la Tercera Persona de la Trinidad, después de su partida; el apóstol en la primera carta afirma que Él es la verdad (1 Jn. 5: 6). Las enseñanzas del Espíritu Santo son entonces exactas, fieles, fidedignas e inerrantes.

2.3.1. LOS NOMBRES Y ROLES DEL ESPÍRITU SANTO REFERIDOS AL APRENDIZAJE

Towns (1994) también nos habla del ministerio educativo del Espíritu Santo, en el que considera que se debe hablar de enseñanza-aprendizaje como una unidad; pues, sus designaciones tienen en cuenta este proceso conjunto; veamos:

- El Espíritu de conocimiento: en Isaías 11: 2 leemos: “...espíritu de conocimiento y de temor de Jehová”. Con esta designación se señala que el Espíritu Santo habilita a los creyentes, -estudiantes-discípulos, a que entiendan los hechos sobre Dios y su Palabra y aumenten su conocimiento experiencial del Señor. Podemos tener conocimiento teórico sobre nuestras acciones hasta que el Espíritu Santo nos revela su naturaleza actualizada. Por ejemplo, sabemos que mentir es pecado, pero podemos decir mentiras minimizándolas; es cuando El Espíritu Santo nos hace conscientes de la gravedad de ese pecado. De esta manera, nos ayuda a tener mayor conocimiento de Jesús y mayor y más profunda comunión con Él, pues nos da iluminación Espiritual, llevándonos a ser cada vez más santos.
- El Espíritu de dominio propio (sensatez): lo encontramos en 2 de Timoteo 1: 7: “Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, amor y de dominio propio”; el Espíritu Santo mediante el dominio propio nos guarda del temor o de otras presiones emocionales que nos llevarían a hacer cosas tontas o tomar decisiones locas. El Espíritu Santo trabaja en nuestros espíritus para darnos confianza y actuar conforme a la voluntad de Dios, rechazando la tentación y por ende, el pecado. Cuando nos convertimos a Cristo, el ministerio del Espíritu Santo da como resultado una habilidad para pensar y actuar racionalmente conforme a las Escrituras.
- El Espíritu de Sabiduría, de entendimiento (Ex. 28: 3. Is. 11: 2): La

sabiduría-entendimiento es la habilidad de discernir las diferencias sutiles entre dos o más opciones y seleccionar la correcta. El Espíritu Santo nos enseña a vivir una vida desde la perspectiva de Dios, pues nos da sabiduría o la habilidad para aplicar correctamente todos los hechos o conocimientos que hemos aprendido.

2.3.2. PRINCIPIOS ASOCIADOS A LOS NOMBRES DE ENSEÑANZA DEL ESPÍRITU SANTO

A los términos referidos a la enseñanza, se asocian una serie de principios; veamos (Towns, 1994):

- El principio de la escritura: se ilustra en cómo Dios nos reveló su voluntad a través de escritores humanos. 40 escritores en un período de 1.500 años para completar los 66 libros de la Biblia. Esto se explica porque el Espíritu Santo nos enseña mejor cuando ya estamos listos para aprender nuevas verdades.
- El principio de variedad: el Espíritu Santo reveló la verdad de modos diversos, sueños, conversaciones verbales, eventos históricos; en ocasiones dictó. En nuestra vida lo experimentamos: Aprendemos con una predicación oral o escrita, mediante un libro, un consejo, un hecho en nuestra vida.
- El principio de respuesta de vida: el Espíritu Santo no nos enseña para expandir nuestro conocimiento, sino que nos comunica una verdad para aplicarla a nuestra vida.
- El principio de revisión, repetición: se aprecia en la Biblia el estilo repetitivo del Espíritu Santo (Is. 28: 13). La repetición y la revisión son claves para el aprendizaje, pues una arma del diablo es el olvido el cual posee el ser humano en la memoria, por el pecado que la deterioró. Santiago nos dice que no seamos oidores olvidadizos. El Señor conoce la fragilidad de la memoria, por eso nos da este principio de la repetición.

- El principio de fronteras nuevas: el ministerio de enseñanza del Espíritu Santo no termina, no tiene fin en nuestra vida. Él nos enseñará siempre algo nuevo si estamos dispuestos a recibirlo.

2.4. NOMBRES RELACIONADOS CON EL CARÁCTER DEL ESPÍRITU SANTO

Analizaremos aquí los nombres y términos asociados a los atributos del carácter de la persona del Espíritu Santo, tanto en su carácter único como en los rasgos que Él forma o reproduce en los creyentes; seguiremos nuevamente el trabajo de Towns (1994).

Carácter único de Dios	Rol
El soplo de Dios	Dar vida a sus criaturas
El Espíritu eterno	Su rol en dar vida eterna
EL Espíritu de juicio	Su rol de discernir
Carácter reproducido en los creyentes	Rol
Su Espíritu noble (generoso)	Su naturaleza dadora
Su buen Espíritu	Su atributo de bondad
Espíritu Santo	Su naturaleza santa
Espíritu de gracia	Su naturaleza para perdonar y dar bendiciones
Espíritu de verdad	Su naturaleza veraz, verdadera
Espíritu de sabiduría	Su omnisciencia
Espíritu	Su inmutabilidad

En cuanto a los nombres y términos que muestran el carácter único de Dios en el Espíritu Santo tenemos:

- El Soplo de Dios: cuando el Espíritu Santo se describe como el soplo de vida (Ap. 11: 11) o el Espíritu de vida (Ro. 8: 2) se está señalando su auto-existencia divina, pues solamente Dios puede dar vida. Cuando la Biblia dice que el Espíritu Santo es poseedor de vida, significa que ésta es sostenida por sí mismo y representa esta cualidad única de la Trinidad que puede transferir al ser humano en tanto vida física (Gn. 2: 7), pero en especial, vida Espiritual: “Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.” (Ro. 8: 2). El trabajo del Espíritu Santo es impartir vida; Juan 6: 63 dice: “El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.”
- El Espíritu Eterno: significa que el Espíritu Santo no tuvo principio ni fin, tiene eternidad como cualidad de la Deidad; y por poseer este atributo es que pudo ser mediador en la ofrenda que Cristo hizo de sí mismo para la redención de los seres humanos, la cual les otorgó vida eterna como herencia (He. 9: 14-15). Vemos aquí que este nombre tiene doble connotación: la atinente a la redención, cuyo énfasis es la mediación, y la atinente a la eternidad como rasgo del carácter del Espíritu Santo quien también actúa para proveer vida eterna al creyente.
- El Espíritu de juicio: este nombre describe el atributo divino del Espíritu Santo como la capacidad para hacer juicios independientes; y ésta es transferida a los creyentes. En Isaías se encuentra este término referido a la limpieza de la inmundicia del pueblo de Israel en la segunda venida de Cristo: “cuando el Señor lave las inmundicias de las hijas de Sion y limpie la sangre de Jerusalén de en medio de ella, con espíritu de juicio y con espíritu de devastación” (Is. 4: 4). Ahora bien, este juicio actúa por la aplicación de la Palabra de Dios sobre los seres humanos, para purificación o condenación; es el Espíritu Santo el que lo opera directamente y también lo otorga a sus siervos.

En Miqueas 3: 8 dice: “Mas yo estoy lleno de poder del Espíritu de Jehová, y de juicio y de fuerza, para denunciar a Jacob su rebelión y a Israel su pecado”. Ahora bien, en cuanto capacidad para hacer juicios, el Espíritu Santo le otorga al creyente este atributo, como lo vemos en 1 de Corintios 2: 14-15: “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio, el Espiritual juzga todas las cosas”.

Analizados las designaciones asociadas al carácter del Espíritu Santo, veamos ahora los que se proyectan o reproducen en el creyente (Townes, 1994):

- El Espíritu noble: este término lo encontramos en el Salmo 51: 12 y se refiere a la generosidad o misericordia que produce el Espíritu Santo en el creyente. En Romanos 12: 8 el apóstol Pablo, refiriéndose a los dones del Espíritu Santo (Ro. 12: 6), considera el hacer misericordia: “...el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría”.
- Su buen Espíritu (Neh. 9: 20): este título apunta a su bondad. Siendo un atributo de Dios, aparece como una parte del fruto del Espíritu Santo (Gál. 5: 21, 22; Ef. 5: 9).
- Espíritu Santo: es el nombre más usado en el Nuevo Testamento y en él se hace énfasis en su santidad como atributo divino, el cual se revela también en el título “Espíritu de Santidad” (Ro. 1: 4). El Espíritu Santo produce santidad en el creyente, lo cual significa mantenerse apartado, separado; separación del pecado y separación para Dios; esto lo vemos en 1 Pedro 1: 2: “elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas”.
- Espíritu de gracia: Dios nos da la gracia, por la cual somos salvos; esto lo analizamos en los nombres del Espíritu Santo asociados a la redención (Zac. 12: 10); pero en este contexto del término, asociado

al carácter del Espíritu Santo reproducido en los creyentes, se destaca el hecho de que Él les concede tener gracia y dar gracia a los otros (Ef. 4. 29).

- Espíritu de Verdad (Jn. 14: 17): en páginas anteriores, veíamos este título en relación con las enseñanzas del Espíritu Santo que son fidedignas y veraces; aquí este título identifica la verdad y la integridad, características que el Espíritu Santo desarrolla en los creyentes; por ello, también aparece como parte del fruto del Espíritu (Ef. 5: 9).
- Espíritu firme, recto (Sal. 51. 10). Apunta a la estabilidad que es una de las características del Espíritu Santo: apunta a la perseverancia (Hch. 2: 42), la cual el Espíritu Santo produce en el creyente.

2.5. NOMBRES DEL ESPÍRITU SANTO ASOCIADOS A LA AUTORIDAD DE LA BIBLIA

Los nombres del Espíritu Santo relacionados con la autoridad de la Biblia, se refieren tanto al proceso de escritura que llevaron los siervos de Dios, como al de comprensión en los creyentes de todas las épocas. En cuanto a éste último, Townes (1994) considera varios títulos y términos que son los mismos analizados en el apartado sobre las designaciones del Espíritu Santo en la enseñanza-aprendizaje; no obstante, los retoma para hacer énfasis en su función con respecto a las Escrituras.

Como se revela el Espíritu Santo en las Escrituras inspiradas	Rol
El Espíritu de Dios Santo	Su revelación en sueños y visiones
El Espíritu de revelación	Su revelación de la verdad
El Espíritu de los profetas	Su fuerza en el proceso de escritura
El Espíritu de profecía	Su seguridad del mensaje
El Espíritu de verdad	Su revelación del contenido de las Escrituras
Cómo el Espíritu Santo nos ayuda a entender las Escrituras	Rol
La Unción	Remueve la ceguera Espiritual
La Plenitud de Dios	El nos ayuda a entender

- El Espíritu del Dios santo: el Espíritu Santo le revela a Daniel el significado de las visiones y sueños, lo cual no podría ser entendido por adivinos o falsos dioses. Este nombre aparece en la boca de Nabucodonosor (Dn. 4: 8), que por ser impío utiliza la pluralización “dioses santos”; pero el referente claramente es el Espíritu del Dios Santo, pues es quien le daba a Daniel la sabiduría y revelación para interpretar los sueños.
- El Espíritu de revelación: aquí se hace énfasis en cómo el Espíritu Santo reveló la verdad a los apóstoles y profetas para la escritura de la Biblia. Cuando Pablo oró por los efesios para que les fuera dado esto (Ef. 1: 17), se refería a que así como le fue dada la revelación para escribir, les fuera dada para que ellos entendieran, “descubrieran”, dicha escritura.
- El Espíritu de Profecía: apunta a que el Espíritu Santo glorifica a Jesús y enseña sobre Él. En Apocalipsis 19: 10 dice: “...Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía”. El Espíritu Santo testifica, enseña y nos muestra a Cristo. Su testimonio es pues el Señor y como toda la profecía apunta al Señor de Gloria, este título se aplica al Espíritu Santo por quien es dada la palabra profética; el apóstol Pedro lo expresa así: “entendiendo primero esto, que ninguna profecía (...) fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 P. 1: 20).
- El Espíritu de Verdad (Jn. 16: 13): En el contexto del versículo citado, este título posee la connotación referida a la inerrancia e integridad de las Escrituras, la cual fue obra del Espíritu Santo.
- La Unción: (1 Jn. 2: 20) ya se trató este término en las designaciones sobre el ministerio de enseñanza del Espíritu Santo; se retoma aquí para hacer énfasis en cómo el Espíritu Santo nos asiste para entender la Biblia.
- La Plenitud de Dios: la referencia aquí es a ser llenos del Espíritu Santo quien nos ayuda a entender la Biblia en un nivel experiencial.

En Efesios 3: 19, Pablo nos dice “para que seáis llenos de la plenitud de Dios”; pero antes, nos ha dicho que seamos fortalecidos en nuestro hombre interior por su Espíritu (3: 16), para ser plenamente capaces de comprender con todos los santos cual sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura (3: 18).

2.6. NOMBRES ASOCIADOS AL MINISTERIO DEL ESPÍRITU SANTO. UN/EL /SU ESPÍRITU; EN EL ESPÍRITU

Hasta el momento se han analizado varios nombres del Espíritu Santo que se refieren a su ministerio; no obstante, son designaciones compuestas, por ejemplo: “Espíritu de revelación, Espíritu de oración”, etc. Towns (1994) agrega otro análisis sobre los casos en los que aparece el nombre “Espíritu” acompañado solamente de un determinante: artículo “El”, posesivo “Su”, preposición y artículo “En El”, artículo y adjetivo “Un Mismo”, pero con una relación significativa cuya comprensión se obtiene en el marco del texto (contexto inmediato; versículos). Se encuentran seis temas asociados al ministerio del Espíritu Santo en los que aparece la combinación del término con las categorías arriba enunciadas; veamos:

1. El Espíritu y el acceso a Dios
2. El Espíritu y la morada de Dios
3. El Espíritu y el poder de Dios
3. El Espíritu y la unidad
4. El Espíritu y el fruto
5. El Espíritu y la victoria

- El Espíritu y el acceso a Dios: “porque por medio de Él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu” (Ef. 2: 18). Por el Espíritu Santo tenemos acceso a la familia de Dios y a Dios.
- El Espíritu y la morada de Dios: “en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Ef. 2: 22) Somos templo de Dios, del Espíritu Santo y Él nos motiva a la santidad.
- El Espíritu y el poder: “para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu” (Ef. 3: 16). El Espíritu Santo nos fortalece en nuestro ser interior.
- El Espíritu y la unidad: “solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef. 4: 3;). El Espíritu Santo nos conduce a la unidad al llevarnos a una vida cristiana que nos unifica y al hacernos parte del cuerpo de Cristo.
- El Espíritu y el fruto: “(porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad)” (Ef. 5: 9;). Apunta al fruto del Espíritu Santo (cf. Gál. 5: 22).
- El Espíritu y la victoria: “Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios, orando en todo tiempo con toda oración en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos” (Ef. 6: 17, 18). Tenemos victoria en la batalla contra las huestes espirituales de maldad (Ef. 6: 11-12).

2.7. LOS TÉRMINOS LINGÜÍSTICOS PARA DESIGNAR EL ESPÍRITU SANTO

Hasta el momento se han analizado títulos, términos con contenido semántico, es decir significaciones claras. Pero en la Biblia se encuentran

designaciones gramaticales, formales, para el Espíritu Santo; se trata de pronombres específicos que señalan su personalidad; veamos.

El pronombre “El”

El griego posee tres pronombres: masculino, femenino y neutro. La palabra para espíritu es *pneuma* y es género neutro. Podemos citar dos veces en que se usa el pronombre neutro griego *auto* (Ro. 8: 16, 26), el cual concuerda con el género del nombre o sustantivo *pneuma*. Pablo utiliza este pronombre para mostrar que estaba hablando acerca del Espíritu Santo, no exactamente designándolo como algo o como menos que una persona; pues la Biblia claramente lo designa y caracteriza como la Tercera Persona de la Trinidad. La traducción más cercana a lo que Pablo quiso dar a entender con este pronombre neutro es: “el mismo Espíritu”.

En Juan 16: 8 se usa el pronombre masculino *ekeinos* cuando se refiere al Espíritu Santo.

⁸ καὶ ἐλθὼν ἐκεῖνος ἐλέγξει τὸν κόσμον περὶ ἁμαρτίας καὶ περὶ δικαιοσύνης καὶ περὶ κρίσεως.

Este mismo pronombre *ekeinos* se usa en Juan 16: 13:

¹³ ὅταν δὲ ἔλθῃ ἐκεῖνος, τὸ πνεῦμα τῆς ἀληθείας, ὁδηγήσει ὑμᾶς ἐν τῇ ἀληθείᾳ πάση· οὐ γὰρ λαλήσει ἑαυτοῦ, ἀλλ’ ὅσα ἀκούσει λαλήσει, καὶ τὰ ἐρχόμενα ἀναγγελεῖ ὑμῖν.

2.7.1. LOS TIPOS Y SÍMBOLOS DEL ESPÍRITU SANTO

Analizados los nombres y títulos del Espíritu Santo, veamos ahora los tipos y símbolos con los cuales se representa:

El Aceite

El aceite era utilizado para sanar, confortar, iluminar y ungir; estas funciones también las cumple el Espíritu Santo. En el Antiguo Testamento, el aceite era utilizado para mezclarlo con la flor de harina (Lv. 2: 4, 5, 7), o derramado sobre ella (Lv. 2: 1, 6, 15); en el primer caso, se simboliza el engendramiento de Cristo; y en el segundo, se simboliza la unción que Cristo recibió en el bautismo; ambos eventos ocurrieron por el Espíritu Santo. El aceite también era utilizado para efectuar la limpieza del leproso (Lv. 14: 10-32), lo que simboliza ser limpiado del pecado para salvación; en el ritual que se describe en Levítico 14: 15-18, se dice que el aceite debía ser puesto sobre la sangre de la expiación por la culpa; se aprecia aquí la unión de la sangre y el aceite, la primera derramada por Jesús, en el Nuevo Pacto; y la segunda, tipifica al Espíritu Santo.

Otra tipificación importante sobre el Espíritu Santo, la encontramos en Éxodo 40: 10, 13, donde se habla de tres ungimientos (Chafer, 1986 vol. VI, pp.882-883): a) El del altar, que se refiere a la muerte de Cristo por el Espíritu eterno; b) el de Aarón, sumo sacerdote, que se refiere al Espíritu Santo reposando sobre Cristo; c) y el de los hijos de Aarón, que representa la presencia del Espíritu Santo en los creyentes en Cristo, de la iglesia.

Otro tipo del Espíritu Santo es el aceite usado como fuente de luz en el tabernáculo (Éx. 25: 6), lo cual significa que el creyente debe andar a la luz de Él, quien ilumina su mente.

El aceite también tipifica el gozo; en el Salmo 45: 7 se habla de óleo y gozo; también en Isaías 61: 3 leemos: “a ordenar que a los afligidos de

Sion se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar de espíritu angustiado”.

El agua

El agua tipifica al Espíritu Santo; Jesús le dice a la samaritana que Él puede darle agua viva para calmar su sed para siempre: “mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Jn. 4: 14); se refiere aquí el Señor al Espíritu Santo. También en Juan 7: 37, el Señor dice: “El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado”.

El fuego

En Apocalipsis 4: 5, Juan dice: “Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios”. Aquí el Espíritu Santo está representado en las lámparas de fuego y de los siete espíritus. Estos siete espíritus son los que aparecen en Isaías 11: 2, 4: de sabiduría, inteligencia, consejo, poder, conocimiento, temor de Jehová y justicia: “Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová... juzgará con justicia a los pobres...”.

Viento

Son varias las alusiones al viento como símbolo del Espíritu Santo; en Génesis 2: 7, dice el Señor: “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente”. El mismo Jesús relaciona el viento con el Espíritu

Santo; en Juan 3: 8, leemos: “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a donde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”. En Pentecostés, el día que los casi 120 discípulos estaban reunidos, el Espíritu Santo se presentó como un viento recio; y todos fueron llenos de Él (Hch. 2: 2).

Paloma

Cuando Jesús fue bautizado, dice la Escritura que el Espíritu Santo se posó sobre Él en forma de paloma: “Y Jesús, después que fue bautizado, subió del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él” (Mt. 3: 16).

Arras

El Espíritu Santo nos ha sido dado como prenda, como garantía de la herencia Espiritual en Cristo (Ef. 1: 13-14). Cuando recibimos a Cristo, obtenemos estas arras y deben permanecer en nosotros para que obtengamos la promesa.

Sello

El mismo pasaje de Efesios 1: 13, citado anteriormente, nos sirve para demostrar que el Espíritu Santo es un sello en el creyente, el cual habla de la propiedad y autoridad que Él ejerce sobre el creyente en Cristo; de igual manera este sello da la seguridad de la herencia Espiritual.

CAPÍTULO III

DEIDAD DEL ESPÍRITU SANTO: ATRIBUTOS Y OBRAS DIVINAS

Yolanda Rodríguez y Gabriel Ferrer

3.1. LA PERSONALIDAD DEL ESPÍRITU SANTO

El concepto de persona es clave para poder sustentar la verdad doctrinal de que el Espíritu Santo no es una energía o un ser etéreo sin identidad, sino que es la Tercera Persona de la Deidad. En primer lugar, es necesario comprender que dicho concepto implica características que en conjunto forman lo que llamamos personalidad. En el caso de nosotros los seres humanos, no somos catalogados como personas por el cuerpo físico, sino por nuestra capacidad de pensar, sentir y actuar; en otras palabras por nuestra personalidad.

Desde épocas apostólicas, muchos han tergiversando la Palabra de Dios desdibujando o negando la personalidad del Espíritu Santo. Han surgido entonces, errores que llevan a pensar en Él como una fuerza ejecutada por Dios en manifestación de su poder. Duffield y Van Cleave (2006, p.119) explica cómo esta tendencia puede derivarse probablemente de la definición de la palabra espíritu, del latín *spiritus* que significa “aliento”, así como de la palabra griega *pneuma*, y la palabra hebrea *ruach*, las cuales tienen el mismo significado de “aliento o viento”³.

³ Aquí nos encontramos ante un caso de polisemia; es decir, un solo término posee varios significados o referentes. Por lo tanto, la interpretación del Espíritu Santo debe depender del referente al que se le asigna dicho nombre, y no a los varios significados a los que apunta el término.

Con base en estos conceptos, se podría entender que el Espíritu Santo corresponde solamente a dicha “fuerza” de Dios, con lo cual se negaría que sea una persona con atributos y obras propias, considerándolo más bien como una cosa, algo impersonal. Pero la Palabra de Dios es clara evidencia de que Dios es Espíritu, y el Espíritu es la Tercera Persona de la deidad. Por lo tanto, veamos como la Biblia nos expone esto de manera contundente.

3.2. ARGUMENTOS SOBRE LA PERSONALIDAD DEL ESPÍRITU SANTO

Son varios los autores que han aportado una serie de argumentos sustentadores de la designación del Espíritu Santo como una persona, que se manifiesta y se relaciona con el hombre de manera íntima y personal, los cuales nos parecen pertinentes y citamos a continuación (Duffield, y Van Cleave 2006, pp.120-121; Freeman, 2004, pp.8-11):

3.2.1. EL USO DE PRONOMBRES PERSONALES REFERIDOS AL ESPÍRITU SANTO

Hay dos ejemplos concretos en relación con este punto: En Juan 16: 13, 14 se hace uso del pronombre *ekeinos* (εκεινος) que significa «el» para denominar al Espíritu Santo: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad... él me glorificará ...”; “οταν δε ελθη εκεινος το πνευμα της αληθειας οδηγησει υμας εις πασαν την αληθειαν ου γαρ λαλησει αφ εαυτου αλλ οσα αν ακουση λαλησει και τα ερχομενα αναγγελει υμιν. Nótese cómo el mismo Jesucristo reconoce la personalidad del Espíritu Santo, pues de ser una influencia o fuerza no tuviéramos el uso aquí de un artículo definido (el o la). Otros ejemplos son los siguientes:

- Juan 14: 26: “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho”; “ο δε παρακλητος το πνευμα το αγιον ο πεμψει ο πατηρ εν τω ονοματι μου εκεινος υμας διδαξει παντα και υπομνησει υμας παντα α ειπον υμιν”.
- Juan 15: 26: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí”; “οταν δε ελθη ο παρακλητος ον εγω πεμψω υμιν παρα του πατρος το πνευμα της αληθειας ο παρα του πατρος εκπορευεται εκεινος μαρτυρησει περι εμου”.
- Efesios 1: 13, 14. Pablo usa un pronombre relativo masculino “que” (hos: ‘ος) para referirse al Espíritu: “13 En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, 14 que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria”: “13 εν ω και υμεις ακουσαντες τον λογον της αληθειας το ευαγγελιον της σωτηριας υμων εν ω και πιστευσαντες εσφραγισθητε τω πνευματι της επαγγελιας τω αγιω 14 ος εστιν αρραβων της κληρονομιας ημων εις απολυτρωσιν της περιποιησεως εις επαινον της δοξης αυτου εν ω και υμεις ακουσαντες τον λογον της αληθειας το ευαγγελιον της σωτηριας υμων εν ω και πιστευσαντες εσφραγισθητε τω πνευματι της επαγγελιας τω αγιω”.

3.2.2. LAS RELACIONES PERSONALES DEL ESPÍRITU SANTO

Las relaciones personales e íntimas las sostiene la Tercera Persona de la Trinidad con el Padre y el Hijo. Con el Padre, se evidencia en la fórmula bautismal, como aparece en Mateo 28: 19 donde se cita al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo; aquí se establece una relación de igualdad en nombre e identidad personal con el Padre y el Hijo.

También se observan las relaciones con el Hijo, Jesús. El Señor

denomina al Espíritu Santo como “otro consolador”, comparándose a sí mismo con la Tercera Persona de la Trinidad. También, en el discurso del Aposento Alto, les habla a sus discípulos sobre lo que el Espíritu hará cuando Él parta. El Señor dice que: (a) Lo glorificará: “Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Jn. 16: 14); (b) Les enseñará todas las cosas (Jn. 14: 26); (c) Convencerá de pecado, justicia y juicio (Jn. 16: 8-11). El autor seguidamente pone en evidencia la estrecha relación que el mismo Jesucristo enuncia con aquel que habría de venir una vez Él partiera, este es el Espíritu Santo.

3.2.3. EL ESPÍRITU SANTO CUMPLE CON LOS REQUISITOS PARA SER UNA PERSONA

En contraste con aquellas afirmaciones que niegan al Espíritu Santo como persona, y sustentan que es una fuerza o poder de Dios, tenemos en la Biblia variedad de citas donde podemos corroborar que las manifestaciones de poder y el Espíritu Santo como persona o agente, se diferencian definitivamente:

Es el caso de Hechos 10: 38 donde cada uno se presenta de manera independiente. Lucas dice: “...como Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret...”.

Así mismo, la Palabra sostiene que el Espíritu Santo como Ser superior y Espiritual, tiene poder: “...y Jesús volvió en el poder del Espíritu Santo...” (Lc. 4: 14); Romanos 15: 13 dice también; “...para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo...”.

Por otro lado, las Escrituras también apuntan al hecho de que el Espíritu Santo presenta marcas de personalidad que lo distinguen; no se trata de rasgos físicos y corpóreos, sino más bien de rasgos tales como voluntad, conocimiento, intelecto y atributos.

Uno de los ejemplos clave lo encontramos en 1 de Corintios 2: 10-11 cuando Pablo señala que gracias al Espíritu Santo se le ha permitido tener el conocimiento de Cristo, pues es éste quien tiene el entendimiento de los propósitos de Dios: “Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios.” (1 Cor. 2: 10-11).

Así mismo, tenemos la actuación del Espíritu Santo en múltiples situaciones donde testifica de su poder. Es el caso cuando se le hace enojar, o se contrista. Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo tenemos evidencia de ello; veamos algunas citas:

Isaías 63: 10: “...más ellos fueron rebeldes, e hicieron enojar su Santo Espíritu por lo cual se le volvió enemigo y él mismo peleó contra ellos.” Efesios 4: 30: “Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.”

El Espíritu Santo también realiza otras acciones tales como: (1) clamar (Gál. 4: 6): “...el cual clama: Abba, Padre!”. (2) Testificar (Jn. 15: 26): “... él dará testimonio acerca de mí.” (3) Enseñar y recordar (Jn. 14: 26): “... él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho.” (4) Guiar (Ro. 8: 14): “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios.” (5) Ejercer voluntad sobre nosotros (Lc. 4: 1): “Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto”. (6) Repartir dones. Pablo en la Primera Carta a los Corintios 12: 11 nos enseña: “Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere.” Y realmente es muy claro, solamente una persona

puede hacer, repartir y elegir (como él quiere). (7) Amar. “Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios” (Ro. 15: 30). (8) Recibir actitudes del creyente y el incrédulo, y reacciona frente a ellas. Es el caso del juicio imputado en la iglesia primitiva a Ananías y Safira por su pecado de mentira: “Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué lleno Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad?” (Hch. 5: 3). Se puede blasfemar contra Él: “... más la blasfemia contra el Espíritu Santo no les será perdonada” (Mt. 12: 31).

Detengámonos en este punto para detallar cómo al Espíritu Santo se le puede contristar, blasfemar, resistir y afrentar; así como las consecuencias que estas acciones producen.

En el caso de los no creyentes

- Resistir al Espíritu Santo: Consiste en no ceder al llamado de Dios a confiar en su poder y gracia a pesar de que Él ha dado muestras de su amor y misericordia. En plena persecución a la iglesia primitiva, cuando se extendía con furor el Evangelio, tenemos al pueblo judío más endurecido y airado frente al testimonio de Cristo dejado a través de los apóstoles. Esteban, joven diácono, activo en la predicación del Evangelio y en el servicio a los hermanos fue una de las víctimas que la Biblia destaca, pues fue instrumento del Espíritu Santo para hablarle al corazón de este pueblo incrédulo sobre todas las promesas de salvación que habían sido preparadas para ellos, pero aun así no las recibieron, pisoteando así el amor de Dios extendido sobre ellos: “¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros” (Hch. 7:51).
- La blasfemia contra el Espíritu Santo: “Más la blasfemia contra el Espíritu...” (*hē de tou pneumatōs blasphēmia*) (Mt. 12: 31).

La expresión “contra el Espíritu Santo” es gramaticalmente un genitivo objetivo. Es decir, que la acción de un sujeto cae radicalmente sobre otro. En el caso del versículo citado, los fariseos habrían blasfemado al atribuir a Satanás las obras del Espíritu Santo, por cuyo poder Jesús obraba sus milagros, (Mt. 12: 28). Este es el pecado imperdonable y sin excusa ni en su era ni en la venidera (Mt. 12: 32). Se ha interpretado que este pecado lo hacen aquellos que ridiculizan la obra manifiesta del Espíritu de Dios en la vida de las personas, pero la interpretación va mucho más allá por cuanto se pone en poco el poder de Dios: “Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; más la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. A cualquiera que dijere una palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni es este siglo ni en el venidero” (Mt. 12: 31, 32).

El hecho de que Cristo hubiera echado al demonio por el poder del Espíritu Santo, era una señal de tantas que había hecho, demostrando que Él era el Hijo de Dios; pero los fariseos rechazaron todas las evidencias. El testimonio del Espíritu Santo es Jesucristo y al rechazar sus obras, se estaba rechazando dicho testimonio. Así pues, los fariseos estaban negándose a aceptar la salvación, por ello cometieron la blasfemia contra el Espíritu Santo y la consecuencia es la perdición eterna en el infierno.

En el caso de los creyentes

- Contristar al Espíritu Santo: “Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.” (Ef. 4: 30)“.

De acuerdo con el Comentario Bíblico al Texto Griego del Nuevo Testamento de A.T Robertson (2003, p. 495), la expresión no contristar (me *lupeite*) es sinónimo de no tener el hábito de entristecerse. Implica como vemos, frecuencia, y se refiere al hecho de permitir que cualquier cosa no inherente al Espíritu Santo de Dios entre al corazón del creyente. Pablo cita en el versículo 31 de Efesios 4, acciones concretas a través de las cuales efectivamente el creyente incurre en este tipo de ofensa al Espíritu Santo, de manera que pueda apercibirse de no practicarlas: “Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia” (Ef. 4: 31).

- Mentir al Espíritu Santo:

“Y dijo Pedro, Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad? Reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti? y vendida, ¿no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios. Al oír Ananías estas palabras, cayó y expiró. Y vino un gran temor sobre todos los que lo oyeron” (Hch. 5: 3-5).

La situación de Ananías y Safira es un ejemplo claro para comprender que es posible para los creyentes mentir al poderoso Espíritu Santo; sin embargo, también se corrobora que Él escudriña y conoce los deseos del corazón (Sal. 139: 1-4), por lo tanto, saca a la luz la verdad de nuestros pensamientos, de allí que le revelara a Pedro las motivaciones de dichos siervos y su poder ejerciera juicio sobre sus vidas.

- Apagar al Espíritu Santo

Es importante mencionar que los dos términos “apagar” y “contristar” no significan lo mismo; en griego el primero es *sbennute* (apaguéis) y significa “extinguir”; y el segundo es *lupeite* (contristeis) que

significa “afligir, causar tristeza”. Partiendo de esto, el sentido de “No apaguéis al Espíritu” en 1 Tesalonicenses 5: 19 apunta a que como creyentes hemos sido sellados con el Espíritu Santo de Dios hasta el día de la redención; de allí que arda como fuego el poder de Dios al interior de nosotros, mientras estemos apartados del mal en santidad. El uso de esta expresión en tiempo presente y modo imperativo, indica una completa persuasión del apóstol a un “detente de hacerlo, deja de apagar el fuego”.

- Insultar o hacer afrenta al Espíritu Santo

“¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al Hijo de Dios, y tuviera por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciera afrenta al Espíritu de gracia?” (He. 10: 29).

El escritor de Hebreos les habla a creyentes regenerados que han retrocedido, han abandonado los caminos del Señor y han llegado a la apostasía; por lo tanto, pisotearon la sangre de Cristo e hicieron afrenta al Espíritu Santo; pues Jesús es quien murió por nosotros y el Espíritu Santo es quien da testimonio del Señor y convence de justicia, pecado y juicio. Por ello, se citan estos dos eventos.

3.3. LOS OFICIOS DEL ESPÍRITU SANTO

La Biblia registra suficiente evidencia de varios oficios del Espíritu Santo que sustentan su personalidad; veamos:

- a. Consolador: El Señor Jesucristo determinó que la labor básica del Espíritu Santo era ser el Consolador, entendiendo por esta función la de guiar, instruir, aconsejar y cuidar la obra que había establecido en la tierra, esto es su Iglesia. “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro consolador, para que esté con vosotros para siempre...” (Jn. 14: 16,

- 17).
- b. Autor de las Escrituras: El apóstol Pedro nos hace saber que gracias al Espíritu Santo, fue posible tener los libros inspirados y divinos que nos permiten hoy conocer la voluntad de Dios en la Biblia (2 P. 1: 21); así como llevarnos a ejercer una labor eficaz al transmitir el mensaje de salvación y vida a otros (2 Tim. 3: 16). Teólogos como Ryrie (1993, p. 45) dan como evidencia el hecho de que el Canon bíblico fuera establecido sin mayores complicaciones por la iglesia primitiva.
 - c. Maestro y guía: El mismo Cristo declaró a sus discípulos, quienes seguirían la comisión de llevar las buenas nuevas, que el Espíritu Santo sería la persona que los llevaría a un conocimiento pleno de los planes divinos, pues Él sería quien les daría entendimiento y denuedo para declarar todo lo que Cristo vino a proclamar. “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.” (Jn. 14: 26). Así mismo, los creyentes ganarían la autoridad de la enseñanza y el testimonio como hijos de Dios. “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos! Abba, Padre!” (Ro. 8: 14).
 - d. Testigo de Cristo: Es el Espíritu Santo quien permite al creyente reconocer al Salvador la verdad revelada y seguirle. Habla al corazón del hombre y le hace consciente de su necesidad de libertad: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí”. (Jn. 15: 26). Esta función es crucial puesto que es la que se manifiesta en dar la convicción de pecado, en la salvación, y

- en el vivir en santidad del cristiano.
- e. El de Creador: David expresa a través del Salmo 104: 30 cómo, en el Consejo divino donde fue concebida la creación de todo cuanto existe, el Padre le dio la orden al Espíritu Santo para ejecutar en tal obra maravillosa: “Envías tu Espíritu, son creados, / Y renuevas la faz de la tierra”. Así pues, es posible afirmar que el universo y el hombre fueron hechos a través de la agencia del Espíritu Santo. Esto también se corrobora en el Salmo 33: 6: “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos; y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca.”

3.3.1 OTROS OFICIOS DEL ESPÍRITU SANTO RELACIONADOS CON LA IGLESIA

Además de las funciones u oficios mencionados, el Espíritu Santo en su labor exclusiva de Ayudador del cuerpo de Cristo, tiene incidencia directa en el nacimiento, desarrollo y el final de los tiempos de la iglesia.

- a. Influye en el crecimiento de la Iglesia: Una vez el Señor Jesucristo establece la Congregación de los santos a través de aquellos hombres y mujeres que le siguieron, y tras su muerte dieron testimonio del Evangelio de poder que les fue predicado, vino el Espíritu Santo a impartir de su poder y gracia para poner en marcha la expansión del Cristianismo. Es clave aquí ver el cumplimiento profético de la promesa del Señor de capacitarles para la obra: “Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.” (Hch. 1: 8).

- b. Continúa la obra de Cristo: La promesa del Espíritu Santo a la iglesia es trascendental, por cuanto Él es el llamado a sustentarla y guardarla. Bien dijo el Señor Jesucristo que habría de venir “otro” que le guiara y fortaleciera (“... Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros; mas si yo me fuere, os lo enviaré” Jn. 16: 7); de esta manera, dio el impulso y la entereza para llevar las Buenas Nuevas de salvación.
- c. Reparte dones para la edificación de la obra de Cristo: “Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.”(Hch. 2: 4) En Pentecostés, no solo podemos ubicar el bautismo en lenguas y la llenura que derramó el Espíritu Santo, sino el propósito de Dios de preparar a su iglesia para la predicación de su Palabra, comisión ya antes dada.
- d. Inspira y guía a la Iglesia: El Espíritu Santo imparte sabiduría, orientación y dirección en todo lo que hacemos como cuerpo de Cristo. El Espíritu fue dispuesto como ya dijimos, para ser nuestro guía, aquel que nos conduce en el camino que debemos ir conforme a los propósitos divinos; “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.” (Ro. 8: 14). Así mismo, Pablo también explica que todo lo bueno, lo admirable, sólo procede del Espíritu de Dios en contraste de todo aquello que se le opone inspirado en los deseos de la carne: “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley.” (Gál. 5: 17-18).
- e. Enseña la verdad para que sea proclamada: Cuando Jesús dijo: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la

verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir.” (Jn. 16: 13); Él estaba recordándoles a sus discípulos que solo hay un Evangelio, aquel que procede del Padre, del Hijo, y es enseñado por el Espíritu Santo.

R. A. Torrey (2009) afirma que el Espíritu Santo es el maestro por excelencia que puede acercarnos al pleno conocimiento de la deidad por cuanto fue Él quien inspiró la escritura de la Palabra de Dios.

“We have a Divine Teacher, the Holy Spirit... We shall never truly know the truth until we are thus taught directly by the Holy Spirit. No amount of mere human teaching, no matter who our teachers may be, will ever give us a correct and exact and full apprehension of the truth⁴” (p.107).

De la misma manera, es el Espíritu Santo quien nos da el entendimiento para meditar, interiorizar y transmitir a otros las verdades de Dios. El apóstol Juan lo enfatiza en su primera carta a las iglesias primitivas cuando escribe: “Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas... Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.” (1 Jn. 2: 27); y es maravilloso cómo esa promesa se ha hecho extensiva a la iglesia de hoy que ama la Palabra.

⁴ “Tenemos un Maestro Divino, el Espíritu Santo... Nosotros nunca sabremos la verdad hasta que no somos enseñados directamente por el Espíritu Santo. No cuenta ninguna enseñanza humana, ni quienes puedan ser los maestros, para ser una correcta, exacta o completa enseñanza de la verdad” (traducido por los autores).

3.4. ATRIBUTOS Y OBRAS DIVINAS DEL ESPÍRITU SANTO

3.4.1. ATRIBUTOS DEL ESPÍRITU SANTO

Dado que el Espíritu Santo no difiere de Dios Padre e Hijo, por ser con estas personas de la Trinidad co-iguales y co-eternos, sus atributos son idénticos. De esta manera, se corrobora en ellos la misma esencia, por lo cual es válido y correcto decir que el Espíritu Santo es Dios.

A continuación haremos una clasificación de los Atributos del Espíritu Santo, partiendo de uno de los métodos más comunes para su presentación y comprensión: Los atributos no comunicables (aquellos atributos que no se transfieren a otros), y los atributos comunicables (son los que se nos comunican como miembros del cuerpo de Cristo).

3.4.1.1. Atributos no comunicables

Las cualidades esenciales que caracterizan a la Tercera persona de la Trinidad según las Escrituras son:

Omnipresente. El Espíritu Santo está en todas partes y en todo momento. David lo describe de manera sublime en el Salmo 139: 7-10: “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; Y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba Y habitaré en el extremo del mar, Aun allí me guiará tu mano, Y me asirá tu diestra.” Él inicia su residencia en el creyente el día de Pentecostés y continuará aun después del arrebatamiento de la iglesia.

Omnipotente. El Espíritu Santo es todopoderoso; obras grandes y sobrenaturales fueron y son hechas por su poder: “Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lc. 1: 35).

Omnisciente. El Espíritu Santo tiene conocimiento pleno de todo cuanto existe o sucede: “Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1 Cor. 2: 10-11). Es así, como nada se esconde del discernimiento escudriñador del Espíritu Santo, ni aun lo profundo de Dios; todo es conocido por Él, pues es capaz de conocer los pensamientos y las intenciones del corazón del hombre; y es observador de cada propósito sincero haya o no la habilidad para ejecutarlo. En conclusión, los que son tentados a pecar en lo secreto bien podrían recordar que nada está oculto al Espíritu de Dios.

Eterno. El Espíritu Santo no tiene principio ni fin: “¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (He. 9: 14). Nótese que por ser Dios, existe desde siempre y para siempre.

3.4.1.2. Atributos comunicables

Amor (Gál. 5: 22). Este atributo le pertenece en grado de infinidad, pues ejecuta las cosas de Dios. De allí que Chafer (1986, vol. IV, p.858)

afirme que el Espíritu Santo es la fuente de amor de la deidad, pues Él “ama con divina compasión a través de aquel en quien Él habita”.

Fe (Gál 5: 22). Este atributo no hace referencia a la actitud de fe, sino que se relaciona más bien con que el Espíritu reproduce en el creyente la convicción de su divina fidelidad. “... Él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo” (2 Tim. 2: 13).

Veracidad (1 Jn. 5: 6). Cristo lo llamó el Espíritu de verdad “al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros” y estará en vosotros.” (Jn. 14: 17); pues, nos es testigo y testimonio de las obras divinas, por ende es autor (inspirador) de las Escrituras.

Santidad. Este atributo resalta en el título o nombre de esta Tercera Persona de la Trinidad, y hace énfasis en su pureza y carácter sagrado; así como en su labor de tratar directamente con el creyente en un proceso de santificación. Bien afirma Pearlman que su obra principal es la santificación y agrega el autor que los hombres necesitamos un Salvador “para hacer algo por nosotros y para hacer algo dentro de nosotros. Jesús hizo lo primero al morir por nosotros, y mediante el Espíritu Santo vive dentro de nosotros, transmitiendo a nuestra alma su divina vida. El Espíritu Santo ha venido a reorganizar la naturaleza del hombre y para oponerse abiertamente a todas las malas tendencias.” (1990, p. 86).

La bondad de Dios: Dios es bueno. “Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo Dios” (Mt. 19: 17). Basados en esta afirmación del Señor, es posible comprender cómo se puede

concebir la bondad, la cual Berkhof (1999, p. 69) asume como la capacidad divina de mantenerse lejos del mal; permitiendo a la vez que la creación misma, y en especial los creyentes, sean tratados con sumo cuidado. “Los ojos de todos esperan en ti, y tú les das su comida en su tiempo: Abres tu mano, y colmas de bendición a todo ser viviente”. (Sal. 145: 15 y 16).

La sabiduría de Dios: Dios es sabio. “Al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén. (Ro. 16: 27; Is. 11: 2). La sabiduría de Dios empieza con el conocimiento pleno de todo, por lo cual va más allá de tener toda la información, pues se relaciona con la certeza de las decisiones perfectas de Dios. En términos de Pearlman (1990, p.20) la sabiduría de Dios, y manifiesta por el Espíritu Santo, es una combinación de su omnisciencia y omnipotencia. Por ello, su poderío permite que todo lo que hace sea bueno, sin posibilidad de mejorarlo, “Porque todo lo creado por Dios es bueno” (1 Tim. 4: 4).

La paz de Dios: Dios es un Dios de orden. “Pues Dios no es Dios de confusión, sino de paz...” (1 Cor. 14: 33). La Palabra de Dios da cuenta de que toda la obra de Dios es hecha en orden y en paz, no solo la ejercida por su mano como la creación, sino también la que hace a través de sus hijos en la congregación de los santos. De este modo, la paz vista como atributo del Espíritu Santo, provee armonía, reposo, esperanza y dominio propio; de tal manera que el servicio de los creyentes en la obra sea eficaz.

3.4.2. OBRAS DIVINAS DEL ESPÍRITU SANTO

Una evidencia contundente en las Escrituras para aseverar la deidad del

Espíritu Santo, es justamente que éste comparte las obras del Padre y del Hijo; en la mayoría de los casos son tan cercanas que no podemos diferenciarlas. A continuación veremos cómo Dios actúa a través del poder del Espíritu Santo.

3.4.2.1. El Espíritu Santo en la creación

En las Escrituras es concreta la participación de cada persona de la deidad en este acto creativo:

El Padre	• "Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo" (He 1: 1-2)
El Hijo	• "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Jn 1: 3) • "Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él" (Col. 1: 16)
El Espíritu Santo	• "Envías tu Espíritu, son creados, Y renuevas la faz de la tierra" (Sal. 104: 30) • "El espíritu de Dios me hizo, Y el soplo del Omnipotente me dio vida" (Job 33:4)

Nótese cómo es posible apreciar a las tres personas de la Trinidad trabajando juntas. Como evidencia está la declaración "En el principio creó Dios los cielos y la tierra" (Gn. 1: 1), la cual indica la actividad trinitaria porque la palabra "Dios", *Elohim* en hebreo, es una palabra uní-plural que hace referencia a más de una persona.

Sin embargo, atendiendo a nuestro estudio del Espíritu Santo veamos

detalles de su participación específica en la creación (Ryrie, 1993, p.36).

- El Espíritu imparte vida a la creación (Sal. 104: 30; Job 33: 4).
- El Espíritu da orden a la creación, esto se deja ver en las aguas, los cielos, y la Tierra (Is. 40: 12).
- El Espíritu Santo tuvo como tarea especial adornar la creación para la gloria de Dios (Sal. 33: 6; Job 26: 13).
- El Espíritu Santo participó en la preservación del universo y aún desempeñó un papel destacado en su obra de renovación (Sal. 104: 29-30).

3.4.2.2. El Espíritu Santo y su relación con la humanidad

Se pueden establecer varias relaciones del Espíritu Santo con la humanidad; Duffield y Van Cleave (2006, pp.289-290), plantean dos relaciones; veamos:

- a. El Espíritu Santo da testimonio de la obra redentora de Cristo a los hombres mostrando su Omnisciencia: "El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándolo de un madero. A éste Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen" (Hch. 5: 30-32).
- b. El Espíritu Santo convence al mundo de pecado, justicia y juicio: "Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia, y de juicio" (Jn. 16: 8). Se trata de llevar al hombre a reconocer sus actos y a asumir las respectivas consecuencias, de tal manera que pueda estar apercibido del pecado y la oportunidad que tiene en Cristo Jesús de arrepentirse y ser justificado y no juzgado y condenado.

Además de estas relaciones, Chafer (1986) plantea dos más; veamos:

- c. El Espíritu Santo actúa llevando a cabo la obra de contención de toda la maldad del mundo, la cual ha relacionado Chafer (1986, p. 862) con la obra de redargüir que lleva a cabo el Espíritu Santo al confrontar el pecado difundido entre los hombres; el autor explica esta obra interpretando los eventos de Génesis 6: 3 (“Dijo Jehová: No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años”) cuando dice que la perversidad de los días anti diluvianos y la renuencia para aceptar la predicación de Noé aceleró esta predicción de parte de Dios, así pues se aprecia su cumplimiento en el futuro cuando las ofertas de su misericordia, y su gracia sean quitados de la tierra y el Señor juzgue a los impíos para enviarlos al lago de fuego.
- d. El Espíritu Santo restringe el mal y convence de pecado: estas obras son hechas por el Espíritu Santo a favor de los inconversos. Chafer (1986, p.868) expone cómo el ministerio de convicción conduce a los individuos a la esperanza de salvación en Cristo; y el de restricción lo orienta hacia la necesidad de impedir el mal cuanto sea posible en el mundo, de tal manera que se puedan cumplir los tiempos del plan de Dios: “Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene (restringe), hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida” (2 Ts. 2: 6-8). Hacemos claridad aquí que no es la presencia del Espíritu Santo como persona la que será quitada de en medio, sino su acción de restricción que terminará con el arrebatamiento de la iglesia, cuando deje de impedir que el mal se manifieste a plenitud con la aparición del anticristo en la escena, como líder con

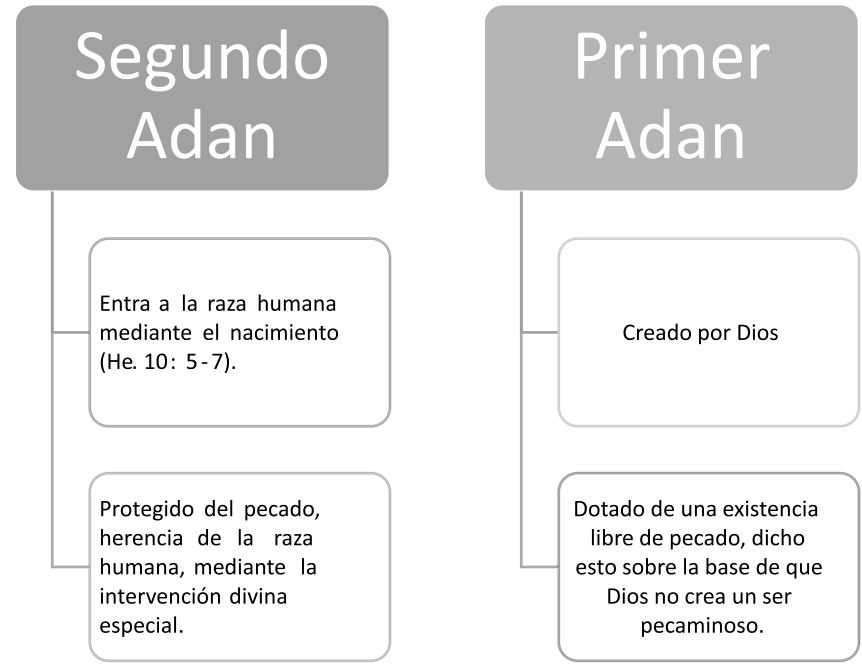
sus obras perversas. Esto se refiere a que el Espíritu Santo dejará de estar en medio, deteniendo o llevando a cabo la restricción para que no se manifieste el hombre de pecado, el anticristo; pero cumplido el tiempo que el Padre puso en su sola potestad, dejará de estar en medio. Durante la Tribulación, el Espíritu Santo seguirá su obra de convicción con respecto al pecado; es necesario que siga en los tiempos postreros convenciendo sobre el pecado y la necesidad de arrepentimiento.

3.4.2.3. La obra del Espíritu Santo en el ministerio de Cristo

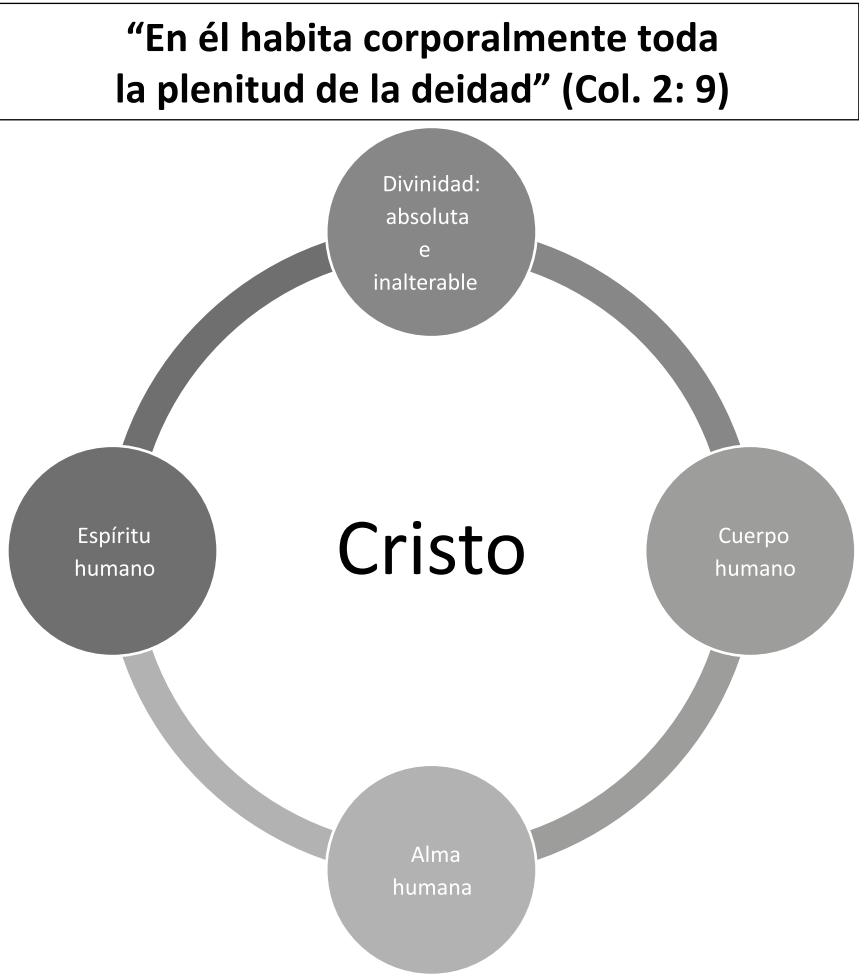
Cristo como hombre vivió y obró en la dependencia del Espíritu Santo de Dios; sin embargo, este hecho no debe dejarnos dudar de la deidad absoluta del Salvador (Jn. 16: 7. Mt. 12: 28; Mr. 1: 12; Lc. 4: 14; Jn. 3:34).

En cuanto a la persona de Cristo el Espíritu Santo participó de las siguientes obras (Duffield y Van Cleave 2006, pp.292-295):

- Fue enviado al mundo por el Espíritu Santo; dejó su estancia junto con el Padre para venir a cumplir el plan de salvación, lo cual indica que sus inicios no fueron en Belén: “... Y ahora me envió Jehová el Señor, y su Espíritu. Así ha dicho Jehová, Redentor tuyo, el Santo de Israel...” (Is. 48: 16, 17).
- Fue concebido o engendrado por el Espíritu Santo.
“Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios”. (Lc. 1: 35). “Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo” (Mt. 1: 18). “... Un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es” (Mt. 1: 20).



QUIEN LO ENGENDRÓ ES MIEMBRO DE LA TRINIDAD		
fuelle libre de pecado	Se asegura su humanidad	Su madre reconoció la necesidad de un Salvador. Lc 1:47
• Le comunicó o impartió mediante el engendramiento. • Fue una obra del Espíritu Santo engendrar la humanidad de Cristo.	• El acto creador del Espíritu Santo tenía este propósito. • Por tanto debía estar tan limpio de pecado como el creador.	• Él nunca fue engendrado en su aspecto divino. • Naturaleza libre de pecado (He. 4: 15). • En la declaratoria de Lucas 1: 35 la naturaleza caída de la madre es excluida.



- Su presentación en el templo fue preparada por el Espíritu Santo. “Y he aquí había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. Y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al ungido del Señor. Y movido por el Espíritu, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al

rito de la ley, él le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación...” (Lc. 2: 25–30).

- El Espíritu Santo participa en el crecimiento físico, intelectual, y Espiritual del Señor Jesucristo: “Y el niño crecía y se fortalecía [en el Espíritu], y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él” (Lc. 2: 40). Lucas 2: 52 también dice: “Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres.” La profecía de Isaías también es clave en este punto: “Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces. Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová” (Is. 11: 1, 2).
- El Espíritu Santo guió al Señor al desierto para ser tentado por el Diablo.
“Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo” (Mt. 4:1). “Y luego el Espíritu le impulsó al desierto. Y estuvo allí en el desierto cuarenta días, y era tentado por Satanás...”

Duffield y Van Cleave (2006) explican que Lucas hizo uso de un tiempo verbal específico, el imperfecto, que indica no un acto momentáneo, sino un período de tiempo durante el cual estuvo allí el Espíritu Santo guiándolo y ayudándole a vencer las tentaciones. “volvió en el poder del Espíritu” (Lc. 4: 14).

En cuanto al ministerio terrenal de Cristo como Maestro y portador del Evangelio, Él se sujetó de tal manera al Padre que su obra fue hecha a través de la guía del Espíritu Santo (He. 10: 5-7).

- El Espíritu Santo ungió a Jesús el día de su bautismo con el fin de equiparlo para el ministerio.
“Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mt. 3: 16, 17).

Se hace evidente la obra mencionada en las siguientes actividades que emprendió el Señor:

- La predicación: “El Espíritu de Dios está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres...” (Lc. 4: 18).
- Los milagros y sanidades: “Cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret y cómo éste anduvo... sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hch. 10:38).
- La liberación de endemoniados: “Pero si yo por el Espíritu Santo echo fuera los demonios...” (Mt. 12: 28). “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos...” (Lc. 4: 18).

En cuanto a la muerte y resurrección de Cristo, el Espíritu Santo lo preparó para ofrecer el sacrificio por los pecados de toda la humanidad de la forma requerida para cumplir con las demandas de justicia de Dios: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (He. 9:14).

Ryrie explica que este pasaje sustenta directamente la participación del

Espíritu Santo en esta etapa de la misión del Señor; plantea al respecto, dos argumentos que determinan cómo es el Espíritu Santo el que actúa; veamos (Ryrie, 1993, p. 45):

- La supresión del artículo (literalmente dice: mediante espíritu eterno) indica que se trata del Espíritu Santo. Si no apuntara a una referencia al Espíritu Santo, se entendería entonces de que la naturaleza divina ofrece en sacrificio a la naturaleza humana, cuando la verdad es que la persona toda de Cristo se ofreció a sí misma.
- Teológicamente es razonable suponer que el Espíritu haya tenido alguna parte en la muerte de Cristo como la tuvo en su vida.

Finalmente, con respecto a la resurrección, vemos citas concretas que respaldan la presencia del Espíritu Santo en este evento:

- El Espíritu Santo levantó a Jesús de los muertos: "...el Espíritu de aquel que le levantó de los muertos a Jesús." (Ro. 8: 11).

En cuanto al ministerio de Cristo como cabeza de la iglesia, se evidencia en la Biblia que la consolidación y desarrollo se llevó a cabo por obra del Espíritu Santo.

Hechos 1: 1, 2 dice: "... todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido"

Entre las actividades de Cristo en relación con su iglesia, y siendo el Espíritu Santo el dador de poder, podemos mencionar las siguientes:

- Jesucristo manifestó su autoridad por la Palabra: "Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís" (Hch. 2: 33).

- Jesucristo es el que provee el ayudador: "Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre..." (Jn. 15: 26).

Es de valorar cómo el Espíritu era trascendental en todo el ministerio del Salvador; por lo cual, no era extraño que Él estuviera interesado en que aquellos que iban a continuar su obra, tuvieran igualmente el mismo poder del Espíritu Santo.

- El Espíritu Santo guía el ministerio de ENSEÑANZA de Cristo y por ende, también el de la Iglesia: "El os enseñará todas las cosas" (Jn. 14: 26); "El os guiará a toda la verdad" (Jn. 16: 13). Cuando es el Espíritu Santo quien guía la predicación de la verdad que es la Palabra de Dios, éste revela y guía a comprender ese mensaje de edificación y confrontación cuyo único fin es la salvación de las almas.
- El poder del Espíritu Santo en la enseñanza tiene una voz también de exhortación cuando quebranta la ignorancia y resplandece la verdad. Como ejemplo tenemos a los discípulos antes de que fueran llenos con el Espíritu Santo. Ellos no podían entender lo que Jesús quería decir cuando se refirió a "la levadura de los fariseos y de los saduceos" (Mt. 16: 6-11); no podían entender el significado de sus parábolas (Mr. 4: 10); fracasaron en percibir a qué se refería cuando habló de la muerte de Lázaro como un sueño (Jn. 11: 11-14); e ignoraron completamente la verdad concerniente a su resurrección (Jn. 20: 9). El Espíritu Santo actúa como boca de Dios para revelar su palabra y deseos: "Hablará todo lo que oyere" (Jn. 16: 12, 13).
- El Espíritu Santo se manifiesta en REVELACIONES personales a los creyentes, de tal manera que ellos reciban lo que Dios quiere hacer en cada uno para el servicio en su obra. Fue el Espíritu quien guió a Felipe a unirse con el eunuco etíope, para que lo llevara a Cristo (Hch. 8: 26-29). También se puede citar al Espíritu Santo

guiando a Pablo respecto a dónde debería ministrar (Hch. 16: 6-10).

- El Espíritu Santo MUESTRA el futuro de la iglesia. “Os hará saber las cosas que habrán de venir” (Jn. 16: 13). Esto lo hace con el propósito de dar testimonio de la plenitud de la obra de Cristo en eventos venideros. “Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu...” (1 Cor. 2: 10).
- El Espíritu Santo da DISCERNIMIENTO para filtrar la doctrina que se enseña en los púlpitos; por eso el ministerio profético de la congregación de los santos tiene como fuente al Espíritu: “Pero ante todo sabed esto, que ninguna profecía de la Escritura es asunto de interpretación personal, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 P. 1: 20-21).
- Cabe decir aquí sobre la necesidad de estar apercebidos frente a cualquier “nuevo” movimiento del Espíritu Santo, donde se enseña que las enseñanzas de Cristo están fuera de época o regidas por nuevas revelaciones. Ninguna enseñanza que tergiversa, minimiza o agrega a la Palabra de Dios, procede del Espíritu Santo; y sobre todo si se niega algún atributo u obra de nuestro Salvador: “y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo” (1 Jn. 4: 3).
- El Espíritu Santo es quien nos hace RECORDAR nuestra condición de creyentes, para no dejarnos engañar de Satanás que viene contra nosotros para quebrantar nuestra fe y lo que Dios ha hecho. Esta obra de reminiscencia la hace de la siguiente manera: (a) Nos recuerda que somos hijos de Dios. “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Ro. 8: 16). (b) Nos recuerda nuestra nueva vida. Frente a este tema Duffield y Van

Cleave (2006, pp.312-313) asumen otros aspectos que el Espíritu Santo nos recuerda: (c) La Palabra de Dios. “...Él... os recordará todo lo que yo os he dicho” (Jn. 14: 26). (d) Las promesas de Dios “... se le presentó el Señor y le dijo: Tened ánimo, Pablo, pues como has testificado de mí en Jerusalén, así es necesario que testifiques también en Roma” (Hch. 23: 11). (e) Lo que debemos hacer durante una ministración; interceder y declarar la Palabra como está en escrita.

- El Espíritu es quien SANTIFICA, ya que como ayudador favorece al creyente en la necesidad de permanecer en la obediencia a la Palabra de Dios.
- El Espíritu Santo DOTA o capacita al creyente con dones para la edificación de la iglesia, los cuales distribuye como quiere.
- “Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere.” (1 Cor. 12: 11).

En términos de Ryrie (1993, p.99) el don Espiritual se puede definir “como la capacidad para servir dada por Dios. Su origen está en Dios; se trata de una habilidad especial, ya sea natural o sobrenatural; y su fin es que rinda frutos en el servicio”.

Más adelante analizaremos estos dones que el Espíritu Santo les da los creyentes, para la edificación de la iglesia, el cuerpo de Cristo.

CAPÍTULO IV

LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO: REGENERACIÓN, SANTIFICACIÓN, MORADA Y BAUTISMO

Yolanda Rodríguez y Gabriel Ferrer

4.1. LA REGENERACIÓN

El nacimiento y el renacimiento son el resultado de la operación del Espíritu Santo. Ninguno puede tener vida biológica sin su poder, pues Él da el aliento de vida; y ningún hombre puede nacer de nuevo sin la obra del Espíritu Santo.

El verbo griego *geniauo* que se traduce como “regenerar”, significa realmente “ser”, “volverse”, “convertirse en”, “acontecer, ocurrir”. La regeneración por el Espíritu Santo es un cambio radical en una nueva clase de ser.

Ser regenerado no significa que somos cambiados de seres humanos a seres divinos; significa que somos cambiados de seres humanos muertos en seres humanos vivos espiritualmente. El que está muerto espiritualmente no puede ver el reino de Dios, porque está ciego (Jn. 3: 3).

Decir que una persona es un cristiano regenerado es una redundancia, pues no se puede ser cristiano sin estar regenerado. Sin la regeneración es imposible que un ser humano entre al reino de Dios (Jn. 3: 5).

4.1.1. ¿QUIÉN OPERA LA REGENERACIÓN?

La obra de la regeneración sólo la puede realizar Dios, la gloriosa Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y en la Biblia hay evidencia suficiente de que la realizan estas tres personas, lo cual sustenta su deidad veamos:

El Padre: Santiago 1: 17-18 dice: “Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación. El de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas”.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: en Tito 3: 4-6 vemos la obra de la regeneración que la Trinidad realiza: “Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó no por obras de justicia que nosotros habíamos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro salvador”.

4.1.2. ¿POR QUÉ ES NECESARIA LA REGENERACIÓN?

La regeneración es necesaria por el estado universal del hombre caído. Dios creó al ser humano perfecto, sin pecado y con vida espiritual. Esto se corrobora en tres hechos. (1) Fue creado a imagen y semejanza de Dios (Gn. 1: 26, 27). (2) Dios los bendijo (Gn. 1: 28). (3) Toda la creación, incluyendo la del ser humano, era buena en gran manera (Gn. 1: 31). Por el hecho de poseer vida espiritual, el ser humano se podía comunicar con Dios, la voz del Señor se paseaba por el huerto de Edén y cuando le dio el mandamiento de no comer del árbol de la

ciencia del bien y del mal, le advirtió sobre las consecuencias de la desobediencia: “porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Gn. 2: 17). Dios se refería a la muerte física, espiritual y eterna. Al morir espiritualmente por la desobediencia, el ser humano rompió la relación con Dios, perdió toda comunicación y comunión; el pecado causó esto y además contaminó toda la creación.

El pecado de Adán se transmite a toda la humanidad, su descendencia: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Ro. 5: 12). En consecuencia, todo individuo nace en pecado, separado de Dios, y por ello necesita regenerarse; esto significa que necesita la vida procedente de Dios. La generación del ser humano engendra una vida ‘según su naturaleza humana’, pero la regeneración divina implica que Dios le imparte vida y se realiza conforme a la naturaleza divina.

4.1.3. ¿CUÁLES SON LAS CONDICIONES DE LA REGENERACIÓN?

Anteriormente estudiamos que la obra de la regeneración la realiza la Trinidad, aunque es el Espíritu Santo quien la opera. Es menester recordar las condiciones que deben darse para que dicha obra sea posible. El hecho necesario para la regeneración es la muerte de Cristo, por la cual acontecieron los siguientes eventos que se constituyen en requisitos para dicho proceso:

La redención: rescate del pecado

En primer lugar, es necesario analizar los términos referidos al rescate, los cuales son:

- *Agoradzo* (ἀγοράζω): Significa “comprar en el mercado”; este término lo encontramos en 1 de Corintios 6: 20 ηγορασθητε (egorasdzete) γαρ τιμης δοξασατε δη τον θεον εν τω σωματι υμων και εν τω πνευματι υμων ατινα εστιν του θεου, “Porque habéis sido comprados (ηγορασθητε, *egorasdzete*) por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (otra cita: 1 Cor. 7: 23). Los no salvos o no regenerados, son esclavos, vendidos al pecado (Ro. 7: 14), dominados por Satanás (Ef. 2: 2; 1 Cor. 12: 2), condenados (Jn. 3: 18; Ro. 3: 19). El que quiera redimirlos (comprarlos) debe ponerse en el lugar del esclavo, ser hecho maldición por el pecado y derramar su sangre como rescate de redención, lo cual hizo Cristo (Mt. 20: 28). Algunas citas en las que *Agoradzo* se traduce como redimir son: Apocalipsis 5: 9: “και ηγορασας τω θεω ημας εν τω αιματι σου εκ πασης φυλης και γλωσσης και λαου και εθνους”, “y con tu sangre nos has redimido (ηγορασας: *egorasas*) para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación”.
- *Eksagoradzo* (ἐξαγοράζω): significa “comprar del mercado”; implica “sacar de”; el que ha sido sacado de la esclavitud. Este término lo encontramos en versículos como Gálatas 4: 5: “ινα τους υπο νομον εξαγοραση (*eksagorase*) ινα την υιοθεσιαν απολαβωμεν”, “para que redimiese (εξαγοραση: *eksagorase*) a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos”; como vemos, aquí se traduce como “redimir”; y el sentido es que Cristo nos liberó de la esclavitud del pecado y de la muerte (Ro. 8: 2).
- *Lutroo* (λυτρόω): También se traduce como “redimir”, “rescatar”; indica que la persona redimida queda suelta y hecha libre. Este término lo hallamos en Tito 2: 14: “ος εδωκεν εαυτον υπερ ημων ινα λυτρωσεται (*lutrosetai*) ημας απο πασης ανομιας και καθαριση εαυτω λαον περιουσιον ζηλωτην καλων εργων”, “quien se dio a

sí mismo por nosotros para redimirnos (λυτρωσεται, *lutrosetai*) de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras”; otra cita es 1 Pedro 1: 18 (ελυτρωθητε, *elutrodsete*).

La Reconciliación

Si el Dios no hubiese reconciliado a los seres humanos con Él, la regeneración no fuera posible. El término reconciliación en griego es *katallasso* (de: καταλλαγή: *katallagé*) que significa “cambiar completamente”; Romanos 5: 10, vemos un ejemplo del uso de este término: ει γαρ εχθροι οντες κατηλλαγημεν (*katellagemen*) τω θεω δια του θανατου του υιου αυτου πολλω μαλλον καταλλαγεντες σωθησομεθα εν τη ζωη αυτου” “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida (otras citas son: Ro. 11: 15; Ef. 2: 16; Col 1: 20-21). En 2 de Corintios 5: 19-20, el apóstol Pablo afirma que Dios estaba cambiando la posición del mundo hacia Él y les ruega a los hombres que se reconcilien con Dios (2 Cor. 5: 20). Reconciliación no es lo mismo que salvación, sino que implica que al ya haber un cambio que Dios operó en el mundo hacia Él, está abierta la posibilidad de que los seres humanos por fe se reconcilien con Él. El valor reconciliatorio de la muerte de Cristo no se aplica al pecador al tiempo de la muerte de Jesús, sino cuando dicho pecador cree. Hay pues una doble reconciliación, la del mundo y la del individuo cuando cree personalmente (Ro. 5: 10-11).

La Propiciación

El término propiciación expresa el valor que para Dios tiene la muerte de Cristo como vindicación de su justicia y de su ley. La palabra aparece en: 1 Juan 2: 2 y 4: 10 como *hilasmós* definida como “lo que

propicia”; en Romanos 3: 25, como *hilasterión* cuyo significado es “el lugar de propiciación”; y Hebreos 9: 5, como *hilasterión* que alude al propiciatorio del Antiguo Testamento (AT), sobre el cual era derramada la sangre de animales para “cubrir” durante un año los pecados del pueblo. Este hecho pretendía cumplir las demandas de justicia y santidad de Dios, a las que se refiere la ley o los mandamientos grabados en las tablas de piedra que se encontraban dentro del arca que testificaban en contra del pueblo. El propiciatorio mostraba un camino por el cual podían satisfacerse las exigencias de la ley y el pecador podría ser salvo de la muerte, el castigo decretado por la ley. Este propiciatorio es Cristo, pues solamente con la ley, Dios y el hombre no pueden estar reconciliados, ya que el pecado hizo división entre los dos (Is. 59: 1, 2); y por las obras de la ley nadie puede ser justificado (Ro. 3: 20). Cristo es el perfecto mediador que satisfizo las exigencias de la ley, y cumplió las demandas de justicia y santidad de Dios (He. 7: 25).

Jesús es entonces el *hilasmós*, el que propicia (1 Jn. 2: 2 y 4: 10); el *hilasterión*, el lugar de la propiciación (Ro. 3: 25); y el *hilasterión* el propiciatorio, porque Él es el *hilasós*, el propiciador, que se presentó una vez y para siempre (He. 9: 5, 11, 12).

En la propiciación ya está abierta la posibilidad de salvación para todos los seres humanos a través de Cristo; ya está disponible la propiciación por los pecados, hecho que en el Antiguo Pacto no había ocurrido. Al estar esta posibilidad abierta, los no salvos pueden acercarse por fe a Dios, arrepentirse, recibir a Cristo y creer en Él, con lo cual obtendrán perdón de pecados, salvación y regeneración.

El juicio del pecado

En la Biblia claramente se establecen dos tipos de pecado: el pecado original y los pecados personales. El primero es por naturaleza y el

segundo se refiere a los pecados como fallos personales o transgresiones. En 1 de Juan 1: 8-10 vemos esta diferencia:

- 1 Juan de 1: 8: el pecado como naturaleza.
- 1 Juan de 1: 10: el pecado como transgresión.

El método divino de tratar el pecado natural es primero traerlo a juicio, como ocurrió con Cristo: “al pecado murió una vez por todas” (Ro. 6: 10); es decir, el Señor que es santo, que nunca pecó, mató al pecado con su muerte; prueba de ellos es que nos da salvación y nos justifica ante el Padre. Pero la naturaleza del pecado no queda destruida o su poder esencial disminuido. Así como Satanás fue juzgado en la cruz, pero sigue activo, el pecado natural está juzgado, pero su poder no se ha eliminado totalmente.

Del capítulo 1 al 5 de Romanos se revelan el camino de salvación para vida eterna, gracias a la obra de Cristo: Redención (Ro. 3: 24), reconciliación (Ro. 5: 10) y propiciación (Ro. 3: 25).

Romanos 6: 1-8: 13 revela el camino hacia una forma de vida que glorifique a Dios en el nacido de nuevo, a base de la obra consumada de Cristo para el Cristiano, pues mediante un juicio perfecto y completo del pecado natural, el caminar bajo la influencia de un nuevo principio de vida es ya posible, gracias al poder eficaz del Espíritu Santo (8: 4), para el creyente que por fe se considera muerto al pecado y vivo para Dios.

El arrepentimiento del pecador

El arrepentimiento es la otra condición para que el Espíritu Santo obre la regeneración. El pecador debe arrepentirse de sus pecados, lo cual implica tres elementos (Berkhof, 1999, p. 580):

- Un elemento intelectual: Porque hay un cambio de opinión, un reconocimiento del pecado con la culpa personal, la corrupción y la incapacidad que envuelve (Ro. 3: 20, 1: 32).
- Un elemento emocional: Porque hay un cambio de sentimiento que se manifiesta en tristeza por el pecado cometido en contra de un Dios santo y justo (Sal. 51: 2, 10, 14).
- Un elemento volitivo: Porque hay un cambio de propósito, un íntimo volverse del pecado, y una disposición a buscar el perdón y la pureza (Sal. 51: 5, 7, 10. Jer. 25: 5).

4.1.4. TIPOS DE REGENERACIÓN

Como analizábamos antes, el pecado entró al hombre y al mundo, lo cual afectó a toda la creación, por cuanto él fue designado por Dios para señorear sobre dicha creación. Este hecho crea la necesidad de la regeneración la cual opera en el ser humano cuando se arrepiente de sus pecados y cree en Cristo; pero también debe actuar en la creación misma. Veamos estos dos tipos de regeneración:

4.1.4.1. La regeneración en el ser humano

Como anotábamos antes, la regeneración se refiere al principio de la vida nueva en el creyente. En la Palabra se nos habla del nuevo nacimiento, nueva criatura (2 Cor. 5: 17; Gál. 6: 15), nueva creación (Gál. 6: 15), nuevo hombre (Ef. 2: 5). También planteamos que la regeneración es una obra de la autoría total de Dios. Veamos sus características (Lacueva, 1975, p.74-76):

- Es instantánea. La implantación del principio de vida es automática. Puede haber un proceso previo, preparatorio, pero la regeneración ocurre instantáneamente.

- Es radical. Hay un cambio total en el estado del hombre, pues su dinámica moral y espiritual se ve afectada por la vida nueva. Cuando ocurre la conversión, acontece la regeneración mediante la cual se crea una nueva criatura, por lo tanto, dicho proceso es necesario para la salvación. El cambio no implica que el regenerado quede inmune al pecado, no obstante, Dios nos manda a vivir no en la carne, sino en el Espíritu (Ro. 8: 4).
- Se produce en el corazón donde emerge la conducta (Mt. 15: 18-19; Mr. 7: 21-22; Lc. 6: 45; Jn. 7: 17).
- Es un cambio moral-espiritual, no físico. Se define como una participación moral en el modo divino de comportarse, huyendo del pecado (Fil. 1: 27).

Ahora bien, la Biblia enseña que habrá regeneración del cuerpo, la cual completará la obra. Los términos asociados son: vivificación del cuerpo mortal (Ro. 8: 11), glorificación del cuerpo (Ro. 8: 18; 1 Cor. 15: 43; Fil. 3: 21; Col. 3: 4), redención del cuerpo (Ro. 8: 23): “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” (Ro. 8: 11). Nótese que Pablo habla aquí de cómo el Espíritu Santo vivificará los cuerpos mortales; ahora bien, en el versículo 10 se habla de cómo el Espíritu Santo vivifica el espíritu: “Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia” (Ro. 8: 10); se refiere aquí a la justicia de Cristo quien ha sido hecho por nosotros sabiduría, justificación, santificación y redención (1 Cor. 1: 30). Pablo nuevamente en Romanos 8: 23 reitera la regeneración del cuerpo: “...y no solo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros

también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (Ro. 8: 23).

4.1.4.2. La regeneración de la creación

En el mismo pasaje de Romanos 8, el apóstol Pablo habla de la regeneración de la creación, por cuanto el pecado también la afectó: “Porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Ro. 8: 21-22). A este mismo hecho se refiere Pedro en su discurso en el pórtico de Salomón: “A quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo” (Hch. 3: 21). Esta restauración o regeneración de la creación son los cielos nuevos y la tierra nueva (Is. 65: 17; 66: 22; 2 P. 3: 13; Ap. 21: 1).

4.1.4.3. Regeneración y salvación

Una pregunta que surge de lo expuesto hasta el momento es si la regeneración implica salvación; lo cual en principio se puede responder afirmativamente. Sin embargo, nos podemos preguntar si una persona que ha nacido de nuevo puede perder su salvación si se aparta de los caminos del Señor. Algunos plantean que todos los nacidos de nuevo serán salvos y que el que se aparta realmente nunca nació de nuevo. No obstante, si analizamos Hebreos 10: 26-39, este planteamiento tiene problemas. En primer lugar, el escritor les habla a personas regeneradas: “Porque si pecáremos voluntariamente después de haber

recibido el conocimiento de la verdad...” (He. 10: 26), “El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?” (He. 10: 28-29). Nótese que el escritor habla de personas que han sido santificadas en la sangre del pacto, del Nuevo Pacto; se usan aquí dos expresiones fuertes: “pisotear la sangre de Cristo” y “hacer afrenta (insultar) al Espíritu de gracia”. Esto reafirma que se habla de personas regeneradas, pues el nuevo nacimiento sólo es posible por la obra de Cristo, el derramamiento de su sangre en su muerte que limpia el pecado; y por la obra del Espíritu Santo quien ministra la gracia de la salvación al producir en el pecador la conciencia de pecado, justicia y juicio. En el griego se lee: *ton uion tou Theou katapatésas* (pisotear al Hijo de Dios), *to aima tes diathekes koinón jegesámenos* (tener por inmunda la sangre del pacto) y *to neuma tes jaritos enubrísas* (hacer afrenta al Espíritu de gracia). Este verbo referido al Espíritu Santo es *enubrizo* que significa “tratar vejatoriamente, con injuria”; está formado por “*en*” que es un intensivo y “*jubrizo*” que significa “insultar” (Vine, 1999, p.413). Esto significa que un regenerado, es decir, aquél que ha recibido la salvación y la gracia, puede apartarse y al hacerlo, pisotea la sangre de Cristo y afrenta al Espíritu Santo. El inconverso, el incrédulo, el no salvo, al rechazar el testimonio del Espíritu Santo que es el testimonio de Cristo como Salvador, incurre en la blasfemia contra la Espíritu Santo; mientras que el creyente, el salvo, al desechar definitivamente la obra de Cristo y la del Espíritu Santo incurre en la afrenta contra el Espíritu Santo. Las consecuencias de estos dos actos es la perdición eterna en el infierno; por ello, en la lista de los que irán al lago de fuego están los cobardes y los incrédulos: “Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y

hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Ap. 21: 8). La versión de la Reina Valera 1960 hace pares en la traducción de los términos “cobardes e incrédulos, abominables y homicidas” como si estuvieran relacionados o ligados entre ellos; pero en la versión en griego realmente se encuentra una lista de tipos de personas, unidas por la preposición “y” (*και: kai*) de manera independiente: “δειλοις δε και απιστοις και εβδελυγμενοις και φονευσιν και πορνοις και φαρμακευσιν και ειδωλολατραις και πασιν τοις ψευδεσιν το μερος αυτων εν τη λιμνη τη καιομενη πυρι και θειω ο εστιν δευτερος θανατος” (Ap. 21: 8); la traducción siguiendo el griego sería: “los cobardes y los incrédulos y los abominables y los homicidas y los fornicarios y los hechiceros y los idólatras y todos los mentirosos...”.

Esta aclaración sobre la traducción es importante porque los cobardes y los incrédulos de la lista de Apocalipsis 21: 8, son dos tipos de personas; los primeros se refieren a los regenerados que retrocedieron para perdición (He. 10: 38, 39) y los segundos a los que nunca creyeron para ser salvos (2 Ts. 2: 10); los primeros son los que cometieron la afrenta contra el Espíritu Santo y los segundos los que cometieron la blasfemia contra el Espíritu Santo. Los cobardes son los que en una batalla retroceden. Es de notar que los que encabezan la lista de los que van al lago de fuego, son éstos.

Cobarde (gr. *deilos*): regenerados que retrocedieron definitivamente y cometieron afrenta contra el Espíritu Santo. Pisotearon la sangre de Jesús.

Incrédulo (gr. *apistois*): inconverso que nunca recibió y cometió la blasfemia contra el Espíritu Santo. No recibió a Jesús.

Los cobardes, los que retroceden, los que apostatan de la fe, se extravían desechando el evangelio, irán entonces en primer lugar al infierno final, el lago de fuego, pues pisotean a Cristo, tienen por inmundicia la sangre del pacto y afrentan al Espíritu Santo. Por ello, el escritor de la epístola a los Hebreos dice que el que hiciere esto merecerá mayor castigo que el que violare la ley de Moisés el cual moría irremisiblemente (He. 10: 28). Este “mayor castigo” que se interpreta como algo mayor que la muerte física, es la segunda muerte, el lago de fuego (Ap. 21: 8), la exclusión definitiva de la presencia de Dios y de su gloria; pero también se refiere a un castigo mayor en el infierno.

Por esto es que debemos obedecer el evangelio, permanecer en Cristo y en su Palabra. Nótese que el escritor de Hebreos reitera la lucha que debe sostener el creyente después de haber sido iluminado: “Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos...” (He. 10: 32); y reitera que no se debe perder la confianza, que tiene grande galardón y que con paciencia podemos obtener la promesa (He. 10: 35); esta promesa de la que se habla aquí es la salvación; y la confianza se refiere a la fe, pues el autor cita al profeta Habacuc: “Mas el justo vivirá por fe; / Y si retrocediere, no agrada a mi alma” (He. 10: 38); el capítulo 10 termina de manera contundente: “Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma” (He. 10: 39). En este versículo se aprecia que la confianza y la fe de la que habla el escritor es la fe para salvación; y afirma que hay creyentes regenerados que retroceden cuyo fin es la perdición, la no preservación del alma. En griego, el término usado para “perdición” es *apóleian* (ἀπολειαν); veamos un análisis léxico de esta palabra con sus declinaciones:

- *Apollymi* significa “pérdida” o “ruina”, lo que ha llegado a perderse o a arruinarse. Hodge (citado por Benware, 2010, p. 332) define perdición de la siguiente manera: “Perdición es ruina... una cosa está arruinada cuando deja de ser apta para el uso, y está en tal estado que ya no puede satisfacer el propósito por el que fue creada. Un barco en el mar, desmantelado, sin timón, con sus lados estropeados, está arruinado pero no aniquilado. Sigue siendo un barco... Un alma está perdida totalmente y para siempre cuando es reprobada y separada de Dios, sólo apta para la compañía del diablo y sus ángeles”.
- Según el Diccionario Vine (1999, p. 649), *Apollymi*, *apóleian*, *apolosen* se definen como ruina, pérdida, pero no del ser, sino del bienestar.
- Packer, (citado por Blanchard, 2002, p.314), dice que *Apollumi* es la palabra griega habitual para referirse al acto de estropear o destrozar algo, lo cual le quita la validez al propósito que se le pretende dar.
- En el Lexicón griego-inglés del Nuevo Testamento de Thayer se dice que esta palabra *apollumi* significa ser entregado a la aflicción eterna (Blanchard, 2002, p.314).

Este término “destrucción, perdición”, bajo las diferentes formas declinadas del griego, es usado en numerosos contextos en el Nuevo Testamento, siempre aludiendo a la separación total de Dios que sufrirán los pecadores; por ejemplo, Filipenses 3: 18-19 dice: “...son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición (*apóleia*), cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal”.

La misma palabra “perdición” también se usa en 2 de Tesalonicenses 1: 7-9, pero ya no con el verbo *apóleia*, *apollumy*, *apolosen*, sino con un sinónimo, *olethron* (también *olothreuo*. Vine, 1999, p. 270): “y a

vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición (*olethron*), excluidos de la presencia de Señor y de la gloria de su poder”. Esta traducción de la Reina Valera no aclara que el apóstol Pablo está hablando de dos grupos: los que no conocieron a Dios (esto es, los inconversos, incrédulos, no salvos) y los que no obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo (los que después de haber recibido el conocimiento de la verdad, se apartaron, retrocedieron al no obedecer el evangelio); este sentido sí lo aporta la versión en griego que dice: “τοῖς μὴ εἰδόνιν θεὸν καὶ τοῖς μὴ ὑπακούουσιν τῷ εὐαγγελίῳ: τοῖς μὴ ὑπακούουσιν τῷ εὐαγγελίῳ: (y los que no obedecen al evangelio)”:

⁹ οἵτινες δίκην τίσουσιν ὄλεθρον αἰώνιον ἀπὸ προσώπου τοῦ κυρίου καὶ ἀπὸ τῆς δόξης τῆς ἰσχύος αὐτοῦ,

Otro texto que nos confirma la argumentación que estamos realizando es 1ª de Timoteo 6: 8-10, en el cual Pablo usa las dos palabras juntas, “destrucción y perdición” (*olethron y apoleian*): “Así que teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores”. El apóstol Pablo advierte sobre las consecuencias de la codicia del dinero y otras cosas, que son la destrucción y la perdición; y es interesante ver que la amonestación es para creyentes, lo cual se observa en los

enunciados “estemos contentos” y “se extraviaron de la fe”; Pablo les dice a los tesalonicenses que estén contentos con lo que Dios les ha dado y que no sigan el ejemplo de creyentes que estuvieron en la fe, pero se extraviaron por el amor al dinero.

Otro texto que vale la pena analizar para demostrar que los regenerados pueden perder su salvación si retroceden, apostatan de la fe, se extravían de la fe, es 2 de Pedro 2: 1-22. Desde el principio, Pedro habla de personas que fueron rescatadas por Cristo pero se han convertido en falsos maestros: “Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina”. Pedro se refiere a las enseñanzas falsas que traen destrucción; la expresión, “herejías destructoras”, es en griego “*airéseis apoleías*” (literalmente, “herejías de destrucción”); nótese el uso de la forma “de destrucción (destructoras)” declinación del mismo término que hemos venido estudiando referido a “destrucción, perdición”: ¡las falsas doctrinas enseñadas por falsos maestros causan perdición en ellos mismos y en los creyentes! Lo más triste de esto es que Pedro profetiza que “muchos seguirán sus disoluciones” (2 P. 2: 2); agrega el apóstol que dichos falsos maestros harán mercadería de los creyentes con palabras fingidas por avaricia (2 P. 2: 3). Estos individuos fueron personas regeneradas pero que se extraviaron; nótese que Pedro los caracteriza como “aquellos que, siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia, y desprecian el señorío” (2 P. 2: 10), son los que comen con los creyentes pero se recrean en sus errores (2 P. 2: 13), seducen a las almas inconstantes y tienen el corazón habituado a la codicia; el apóstol reitera que dichos maestros eran personas regeneradas cuando afirma: “Han dejado el

camino recto, y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam” (2 P. 2: 15). Ahora bien, Pedro también describe a las personas que se dejan llevar por las falsas doctrinas o enseñanzas de estos maestros: son almas inconstantes, terminan siendo esclavos porque se dejan vencer por dichos maestros quienes también son esclavos de corrupción (2 P. 2: 18-19); las personas que siguen a estos falsos maestros eran personas regeneradas, pues dice Pedro que: “Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado” (2 P. 2: 20-21).

Otra evidencia de que un regenerado puede perder su salvación es la realidad de la apostasía, la cual se profetiza en 1 de Timoteo 4: 1: “Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios”. En 2 de Tesalonicenses 2: 15 dice: “Así que, hermanos, estad firmes, y retened la doctrina que habéis aprendido...”. Chafer, teólogo calvinista que defiende la salvación incondicional eterna, afirma con respecto a este versículo que Pablo se refiere a “que, en los postreros tiempos, hombres de autoridad en la iglesia apostatarán del sistema doctrinal que es llamado la fe, y lo reemplazarán por doctrinas de demonios... estas importantes personas, después de tenido un entendimiento de la ‘fe’ (comp. Jud. 3) la rechazarán hasta el punto de apostatar de ella” (1986, vol III, p. 1116). La interpretación que hace aquí Chafer es totalmente subjetiva y equivocada, pues dice que Pablo se está refiriendo a un sistema doctrinal llamado “fe”, lo cual el texto

bíblico no plantea, por cuanto claramente se habla de los que se han apartado de la fe, no de un sistema o filosofía; tampoco habla el apóstol de un “entendimiento de la fe”, el texto bíblico no dice esto; es pues, una interpretación subjetiva de Chafer.

La apostasía (gr. *apostasía*) como sustantivo lo encontramos dos veces en el Nuevo Testamento: en Hechos 21: 21 y 2 de Tesalonicenses 2: 3; como verbo aparece en Hebreos 3: 12 (gr. *afitemi*) y en 1 de Timoteo 4: 1 (*apostésontai*); Stamps (1993, p.1774) la define como “rebelión, deserción, abandono, retirada o separación de aquello a lo que se ha acercado antes...significa cortar la relación salvadora de uno con Cristo o apartarse de la unión vital con Él y la verdadera fe”; este autor plantea las siguientes características y manifestaciones de la apostasía (Stamps, 1993, p.1774-5):

- Acontece en los que primero han tenido la experiencia de salvación, regeneración y renovación por medio del Espíritu Santo.
- Abarca dos aspectos: (1) La apostasía teológica, esto es, el rechazo de todas o algunas enseñanzas originales de Cristo y de los apóstoles; (2) Apostasía moral, es decir, el antiguo creyente deja de permanecer en Cristo y vuelve a hacerse esclavo del pecado y de la inmoralidad (Ro. 6: 15-23; 8: 6-13).
- El proceso que sigue una persona para llegar a la apostasía es el siguiente: (1) Los creyentes por incredulidad ya no toman en serio las enseñanzas verdades, exhortaciones, advertencias y promesas de la Biblia (Mr. 1: 15; Lc. 8: 13; Jn. 5: 44); (2) El mundo empieza a mostrarse atractivo a sus ojos y llega a ser más importante que el Reino de Dios; entonces, los creyentes poco a poco dejan de acercarse a Dios por medio de Cristo (He. 4: 16; 7: 19, 25; 11: 6); (3) Los creyentes se vuelven cada vez más tolerantes al pecado en su vida, pues sucumben al engaño del diablo (1 Cor. 6: 9-10; Ef. 5:

5; He. 3: 13), dejan de amar la justicia y la verdad, se deleitan con los pecadores y con las prácticas pecaminosas; (4) El corazón de los creyentes se endurece cada día más; entonces empiezan a rechazar el plan de Dios en sus vidas, haciendo caso omiso a la advertencia continua y la reprensión del Espíritu Santo (He. 3: 8, 13; Ef. 4: 30; 1 Ts. 5: 19); (5) Se entristece el Espíritu Santo (Ef. 4: 30), se apaga su fuego (1 Ts. 5: 19) y se viola su templo (1 Cor. 3: 16); el resultado es que la persona se aparta de los creyentes con los que tenía comunión antes (Ro. 8: 13; 1 Cor. 3: 16-17; He. 3: 14).

- Si la apostasía sigue su curso sin freno, las personas pueden llegar finalmente a un punto en el que ya no es posible regresar al Señor, pues ya no desea arrepentirse y no le interesa volver a Dios (He. 3:7-19; 6: 4-6). Es el antiguo creyente quien desecha a Cristo, rechaza su Palabra y desprecia la salvación.
- Puede ocurrir que la persona crea que todavía es salvo, a pesar de que no sigue la santidad, no obedece el evangelio, practica el pecado y peca deliberadamente; pero Cristo conoce a sus ovejas, quienes oyen su voz y le siguen (Jn. 10: 27); Él escudriña la mente y el corazón, conoce los frutos. Por ello, la Biblia nos dice “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos” (2 Cor. 13: 5).

Otra evidencia de que los regenerados pueden perder su salvación si se apartan definitivamente del evangelio, es que en el libro de la vida sólo están inscritos los que justamente tienen vida, es decir, los regenerados; y Jesús mismo dice en Apocalipsis 3: 5: “El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de los ángeles”. Los que no estén inscritos en el libro de la vida serán lanzados al lago de fuego, la muerte segunda: “Y el que no se halló inscrito en el libro

de la vida fue lanzado al lago de fuego” (Ap. 20: 15). El Señor no haría una advertencia tan seria como la que aparece en Apocalipsis 3: 5, si no fuera posible borrar el nombre de una persona regenerada del libro de la vida; si lo dijo es porque así acontecerá para los apóstatas.

Con base en la argumentación dada, podemos afirmar que la Biblia plantea claramente que una persona nacida de nuevo pierde su salvación si no se mantiene en la doctrina del Señor, si no permanece en la Palabra de Jesús, lo cual equivale a desechar el evangelio. Ahora bien, si una persona se extravía siguiendo falsas doctrinas, todavía puede arrepentirse y regresar a Cristo en obediencia; su gracia está disponible; pero si de manera deliberada y terca persiste en su error, lamentablemente perderá su alma.

Lo planteado hasta el momento contradice la doctrina de la salvación eterna incondicional y la seguridad de la salvación independientemente de que el creyente siga una vida de pecado. Justamente, uno de los pasajes que demuestra la equivocación de esta doctrina calvinista, es 1ª de Juan 5: 13-18: “Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios. Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye en cualquier cosa que le pidamos, sabemos que él nos oye en cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho. Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte. Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca”.

Tres hechos se destacan en el pasaje citado: (1) El que cree en Cristo tiene vida eterna; (2) El nacido de Dios, el regenerado, no practica el pecado, por cuanto el que practica el pecado es del diablo (1 Jn. 3: 8-9); (3) Cristo guarda al que ha nacido de Dios, es decir, al regenerado. Es interesante ver que Juan habla del hermano que puede cometer dos tipos de pecado: de muerte y no de muerte; y agrega que el verdadero regenerado no practica el pecado. Podemos plantear que el que lo practica puede dejar de ser regenerado e incurrir en la afrenta contra el Espíritu Santo, pecado que es de muerte como demostramos anteriormente con el análisis del capítulo 10 de Hebreos. Esto implica que el hecho de haber nacido de nuevo algún día, no garantiza la seguridad de la salvación, pues si se practica el pecado, esta se puede perder; como lo plantea Stamps (1993, p.1836): “Obsérvese que en ninguna parte de la carta Juan afirma que una pasada experiencia de conversión constituye una seguridad o garantía de salvación. Es un grave error suponer que se tiene vida eterna con la única base de una experiencia pasada o una fe muerta”; este autor también plantea nueve maneras de saber si existe la relación salvadora con Jesucristo; veamos (1993, p.1836):

- Se tiene la seguridad de la vida eterna si se cree en el nombre del Hijo de Dios (1 Jn. 5: 13; cf. 4: 15; 5: 1, 5). La vida eterna depende de que tengamos una ferviente fe en Jesucristo, que creamos en Él y le confesemos como nuestro Señor y Salvador; como Señor por cuanto Él rige toda nuestra vida, estamos bajo su voluntad en obediencia a su Palabra; y como Salvador, por cuanto Él nos da vida eterna y por ello debemos permanecer en Él, pegados a Él, como las ramas a la vid (Jn. 15: 5).
- Se tiene la seguridad de la vida eterna si se honra a Cristo como Señor y Salvador de la vida y se trata sinceramente de obedecer sus mandamientos: (1 Jn. 2: 3-5; cf. 3: 24; 5: 2; Jn. 8: 31, 51; 14: 21-24; 15: 9-14; He. 5: 9).

- Se tiene la seguridad de la vida eterna si habitual y persistentemente se practica la justicia y no el pecado: (1 Jn 2: 29; 3: 7-10).
- Se tiene la seguridad de la vida eterna cuando se ama al Padre y al Hijo y no al mundo, y se vence la influencia del mundo: (1 Jn 2: 15-16; cf. 4: 4-6; 5: 4).
- Se tiene la seguridad de la vida eterna si se ama a los hermanos: (Jn. 3: 14, 19; 2: 9-11; 3: 23; 4: 8, 11-12, 16, 20; 5: 1; Jn. 13: 34-35).
- Se tiene la seguridad de la vida eterna si hay conciencia de que el Espíritu Santo vive en todo el que cree: (1 Jn. 3: 24; 4: 13).
- Se tiene la seguridad de la vida eterna si se hace el esfuerzo por seguir el ejemplo de Cristo y vivir como Él vivió: (1 Jn. 2: 6; Jn. 8: 12; 13: 15).
- Se tiene la seguridad de la vida eterna si se cree en el “Verbo de vida”, en el Cristo vivo (1 Jn. 1: 1), se le acepta y se permanece en Él; al igual que si se cree en su mensaje original y en de sus apóstoles: (1 Jn. 2: 24; 1: 1-5; 4: 6).
- Se tiene la seguridad de la vida eterna si existe el anhelo ferviente y la esperanza incommovible de la venida de Cristo para llevarse a su iglesia: (1 Jn. 3: 2-3, Jn. 14: 1-3).

¿Cómo es la persona no regenerada?

El apóstol Pablo nos da una descripción de un individuo no regenerado en Efesios 2: 1-5: “Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia”. De este texto, y en relación con otros, podemos extraer las siguientes características de la persona no regenerada; veamos:

- Está muerta en sus pecados (Col. 2: 13, Ef. 2: 1, 5).
- Anda en sus pecados (Ef. 2: 2).
- Sigue la voluntad de Satanás (Ef. 2: 2).
- Anda en los deseos de la carne (Ef. 2: 3).
- Está sin esperanza y sin Dios en el mundo (Ef. 2: 12).
- Tiene el entendimiento entenebrecido, cegado (Ef. 4: 18. 2 Cor. 4: 4).
- Es ajeno a la vida de Dios (Ef. 4: 18).
- Está en ignorancia (Ef. 4: 18).
- Tiene el corazón endurecido (Ef. 4: 18).
- Es enemigo de Dios (Col. 1: 21).
- La ira de Dios está sobre él (Jn. 3: 36. Ef. 2: 3).
- Está en esclavitud (Ro. 6: 16).
- Pierde la sensibilidad y se entrega a impureza (Ef. 4: 19).
- Anda en la vanidad de la mente (Ef. 4: 17).

El regenerado puede regresar a este estado y perder su salvación si practica el pecado, se aparta del evangelio y no se arrepiente; la Biblia es clara cuando nos dice que las características anteriormente descritas pueden regresar en los que se apartan definitivamente de la fe en Cristo; veamos:

- Pueden llegar a ser otra vez esclavo: (Ro. 8: 15-17).
- Pueden llegar a ser incrédulos: en la Biblia se amonesta a los creyentes sobre no dejar que haya en ellos corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo. Si se plantea como advertencia, quiere decir que es una posibilidad, un peligro (He 3: 12; en He 3: 19, 4: 1-3, 11-13). Se compara la desobediencia del pueblo de Israel con los creyentes que pueden caer en desobediencia y se reitera: “Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado” (He. 4: 1); se aclara que los que han creído son los que entran en dicho reposo; también se dice: “Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para

que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia” (He. 4: 11). El escritor describe el poder y atributos de la Palabra de Dios, la cual hace un examen completo y profundo del ser humano (parte el alma y el espíritu) para discernir sus pensamientos e intenciones del corazón; se trata aquí del juicio al final de los tiempos: “Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (He. 4: 13); Jesús hará este juicio porque él es el que escudriña la mente y el corazón (Ap. 2: 23).

- Se puede llegar a ser otra vez enemigo de Dios: (Stg. 4: 4).
- Se puede tener nuevamente un corazón endurecido: (He. 3: 8, 15; 4: 7; 3: 13).

¿Cómo son los regenerados?

Los que fueron regenerados y mantienen este estado, tienen los siguientes rasgos:

- Son reconciliados (Ro. 5: 10, Ef. 2: 16, Col. 1: 20-21).
- Son iluminados (He. 6: 4, 5).
- Son bendecidos (Ef. 1: 3-14): escogidos para ser santos, adoptados como hijos suyos, somos aceptos en Jesús para su alabanza, tienen abundante sabiduría e inteligencia Espiritual, conocen el misterio de su voluntad, tienen herencia, somos sellados con el Espíritu Santo, tienen arras de la herencia.
- Son linaje (descendencia de Dios), nación santa (separados, grupo aparte entre todas las gentes de la tierra), pueblo adquirido (nacido de Dios, no somos de este mundo) (1 P. 1:9, 11).
- Son ciudadanos del cielo (Ef. 2: 12, Fil. 3: 20).
- Son de la familia y de la casa de Dios (Ef. 2: 19. Gal. 6: 10).
- Tienen parentesco con Dios (2 Tim. 2: 19-21).

4.2. SANTIFICACIÓN

En el Antiguo Testamento, el concepto de santificación se expresa en el término ‘*qadash*’, que apunta a las ideas de “brillar” y “cortar”, asociadas a los conceptos de pureza y separación, respectivamente. La santidad se le atribuía a Dios y establecía una imposibilidad para acercarse a Él, pues posee pureza majestuosa; en el Señor se muestra como la luz de la gloria divina que se vuelve fuego devorador (Is. 5: 24; 10: 17). Ante tal santidad, el hombre asume su naturaleza pecadora y su insignificancia ante el Dios omnipotente; es lo que experimentó Isaías cuando tuvo la visión del Señor sentado sobre un trono alto y sublime, “Entonces dije: ¡Ay de mí! Que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Is. 6: 5). En el Antiguo Testamento, la santidad también podía referirse a las cosas y a las personas que se ponían en relación especial con Dios; por ejemplo: la ciudad de Jerusalén, el tabernáculo, el templo, las fiestas solemnes; a estos se les llamaba ‘santos’, porque estaban consagrados a Dios.

En el Nuevo Testamento, se usa el verbo ‘*hagiazó*’ para designar la santidad, y su significado apunta a “separar de los usos ordinarios para fines sagrados”, o “poner aparte para un determinado oficio”. Se habla de la santidad del Espíritu de Dios quien santifica a los creyentes. Una definición clara sobre este término la ofrece Berkhof (1999, p.637), quien afirma que “la santificación es la operación bondadosa y continua del Espíritu Santo, mediante la cual, Él liberta al pecador justificado de la corrupción del pecado, renueva toda su naturaleza a la imagen de Dios y lo capacita para hacer buenas obras”. El autor se refiere a todo

el proceso que se inicia cuando nacemos de nuevo, continúa en nuestra vida de creyentes fieles a Cristo y se complementa cuando seamos transformados a la semejanza de su gloria.

El Espíritu Santo obra la santificación del creyente en tres sentidos:

- a) Cuando recibimos a Cristo, somos apartados, esto es, santificados con respecto a nuestra vida pasada de pecado; la Palabra nos enseña, “porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados. Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo;..” (He. 10: 14-15).
- b) El Espíritu Santo santifica al creyente a lo largo de su vida en Cristo; es una santificación progresiva; la Palabra nos enseña que la voluntad de Dios es nuestra santificación (1 Ts. 4: 3) y que alcancemos la madurez espiritual.
- c) La santificación según la cual seremos presentados sin falta ante la presencia de Dios; Efesios 1: 4, dice “según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él”. Este es el propósito de Dios para nuestras vidas; por ello dice: “sed santos porque yo soy santo” (1 P. 2: 15-16). Los creyentes son escogidos para santificación; esto quiere decir que la naturaleza de un verdadero creyente debe ser la santidad; en este sentido, un creyente no santo es una contradicción; ya deja de ser creyente.

Veamos algunos aspectos claves de la santificación (Berkhof, 1999, pp. 639-640):

- Es una obra sobrenatural de Dios; es una operación divina en el alma (1 Ts. 5: 23; He. 13: 20, 21).
- Consiste en la crucifixión del viejo hombre, la vieja naturaleza humana que está controlada por el pecado (Ro. 6: 6); y la vivificación

del nuevo hombre, creado en Cristo Jesús para buenas obras; la vieja estructura de pecado va destruyéndose poco a poco (Ro. 6: 4, 5; Col. 2: 12).

- La santificación afecta al hombre completo: cuerpo, alma, intelecto, afectos y voluntad (1 Ts. 5: 23; 2 Cor. 5: 17; Ro. 6: 12).
- La santificación es una obra de Dios, en la que cooperan los creyentes. Esto significa que el creyente debe tener disposición para ser santificado, obedeciendo la Palabra de Dios, según la cual, debe hacer oración, ayunar, vigilar y cooperar con el Espíritu Santo. (Ro. 12: 9, 16, 17; 1 Cor. 6: 9, 10; Gál. 5: 16-23).
- El autor de la santificación es Dios y no el hombre; pero este debe disponerse a ser santificado.
- La santificación tiene lugar en forma parcial en la vida subconsciente y también en la vida consciente, porque el creyente tiene que activar los medios dispuestos por Dios: el ejercicio constante de la fe, el estudio de la Palabra de Dios, la oración y la asociación con otros creyentes.
- La santificación es un proceso lento y nunca alcanza a perfeccionarse en esta vida. La tendremos plenamente cuando tengamos nuestro cuerpo glorificado.

Varios teólogos plantean diferencias entre justificación y santificación; veamos (Grudem, 2005, p. 326):

Justificación	Santificación
Posición legal	Condición interna
Una vez por todas	Continúa durante toda la vida
Obra de Dios por entero	Nosotros cooperamos
Perfecta en esta vida	No es perfecta en esta vida
La misma en todos los creyentes	Mayor en unos que en otros

En la propuesta de Grudem, es necesario aclarar que en lo que respecta a la justificación, Dios nos declara justos porque la justicia de Cristo nos reviste; por ello, es una posición legal. Pero este revestimiento lo tenemos al recibir a Jesús, creer en Él y PERMANECER en Él. Por cuanto es SU justicia en nosotros, si nos desligamos de Él, perdemos esta posición legal; esto ocurre cuando la salvación se pierde. Cuando Grudem dice que la justificación es de una vez por todas, pareciera que afirmara que no se puede perder esta posición legal; pero entendemos que es la justicia de Cristo en nosotros; y si nos desligamos de Él, si nos apartamos, apostatando definitivamente de la fe, ya no poseemos dicha justicia. Esto es lo que el Señor enseñó en Juan 15, cuando habló de la necesidad de permanecer en Él: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden” (Jn. 15: 4-6).

El apóstol Pablo en el capítulo 2 de Efesios describe el proceso por el cual un inconverso, incrédulo y pecador, llega a ser santo y obtiene las bendiciones espirituales; veamos:

ESTADO ANTERIOR A RECIBIR A CRISTO

- a) Estaba muerto en sus delitos y pecados (Ef. 2: 1, 5).
- b) Andaba en sus pecados (Ef. 2: 2).
- c) Seguía la corriente de este mundo (Ef. 2: 2b).
- d) Seguía la voluntad de Satanás (Ef. 2: 2b).
- e) Andaba en los deseos de la carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos (Ef. 2: 3).
- f) Era hijo de ira (Ef. 2: 3).

ESTADO POSTERIOR A RECIBIR A CRISTO: primero le es anunciado el evangelio (Ef. 2: 17).

- g) Cristo le da vida (Ef. 2: 5).
- h) Es salvo por gracia, por medio de la fe, no por obras (Ef. 2: 5, 8, 9).
- i) Es resucitado, regenerado (Ef. 2: 6).
- j) Recibe la promesa de la vida eterna, de sentarse en los lugares celestiales con Cristo Jesús (Ef. 2: 6).
- k) Es hechura de Dios, creados en Cristo para buenas obras preparadas por Dios para andar en ellas (Ef. 2: 10).
- l) Tiene entrada al Padre por el Espíritu Santo (Ef. 2: 18).
- m) Es conciudadano de los santos y miembro de la familia de Dios (Ef. 2: 19).
- n) Es edificado en Cristo, piedra del ángulo y sobre el fundamento de los apóstoles y profetas (Ef. 2: 20).
- o) Es santificado en un proceso de crecimiento que es la santificación (Ef. 2: 21).
- p) Es edificado para morada de Dios en el Espíritu (Ef. 2: 22).

Hemos analizado este capítulo 2 de Efesios para que se observe el proceso de regeneración y santificación. Esta misma relación la encontramos en Colosenses 3: 1-12; veamos el análisis detallado:

Inicialmente, Pablo hace un resumen del creyente en los siguientes estados y procesos: regeneración-santificación-manifestación del creyente en gloria con Cristo:

- Regeneración: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” (Col. 3: 1).
- Santificación: “Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col. 3: 2).

- Glorificación: “Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Col. 3: 4).

Luego, el apóstol hace énfasis en el proceso de santificación mediante dos medios: (a) Haciendo morir lo terrenal y despojándose del viejo hombre (Col. 3: 5); (b) Revistiéndose del hombre nuevo (Col. 3: 10). Es interesante ver que se habla de este hombre nuevo que fue creado conforme a la imagen de Cristo: “revestíos del nuevo, el cual conforme a la imagen de lo creó...” (Col. 3: 10), lo que apunta a la regeneración; pero también se habla de que ese hombre nuevo se va renovando hasta el conocimiento pleno (Col. 3: 10b). Nótese la reiteración “renovar lo nuevo”. Esta renovación apunta a la santificación. Por eso, Pablo habla de comportamientos y actitudes que deben tenerse: dejar ira, enojo, malicia, palabras deshonestas; no mentir, tener misericordia, benignidad, humildad, mansedumbre, paciencia; soportarse y perdonarse unos a otros, vestirse de amor, ser gobernados por la paz de Dios (Col. 3: 8, 9, 12-15). Es evidente la referencia aquí al fruto del Espíritu Santo (Gal. 5: 22-23). Por lo tanto, este fruto forma parte del proceso de santificación.

Es importante anotar que estos dos hechos, regeneración y santificación, son necesarios e indispensables en la salvación, sólo posible por la obra de Cristo en la cruz del Calvario. Por ello, Pablo en el capítulo 2 de Colosenses, trata este tema: “Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz”; por este sacrificio de Cristo en la cruz es que somos sepultados en el bautismo de su muerte y somos resucitados a una vida nueva (Col. 2: 12).

El apóstol Pablo agrega más aspectos sobre la santificación en Romanos capítulo 8. En el versículo 1, afirma que no hay condenación para el que está⁵ en Cristo Jesús y define a estas personas como “los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Ro. 8: 1), esta idea se reitera en 8: 4: “para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”. La santificación es también entonces, andar en el Espíritu, ser guiados por Él.

En los tres textos analizados, Efesios 2, Colosenses 3 y Romanos 8, podemos reconstruir el proceso; veamos todo lo que ocurre:

- Cristo realizó la obra completa en la cruz del Calvario.
- Nos arrepentimos de nuestros pecados, recibimos a Cristo y creemos en Él.
- Somos santificados en lo que al perdón de nuestros pecados se refiere.
- Opera en nosotros la REGENERACIÓN.
- Recibimos la JUSTIFICACIÓN en Cristo.
- Somos sellados con el Espíritu Santo.
- Somos morada/templo del Espíritu Santo.
- Estamos en el proceso de SANTIFICACIÓN.

Ahora bien, toda esta obra la hace el Espíritu Santo en el ser humano; pero éste no es totalmente pasivo, pues hay dos acciones que él debe llevar a cabo: (a) Arrepentirse-recibir-creer en y a Cristo; (b) Estar dispuesto a ser santificado por el Espíritu Santo. La Biblia enseña que la voluntad de Dios es nuestra santificación y que Él nos ha llamado a dicha santificación; así lo declara Pablo en 1 de Tesalonicenses 4: 3, 7:

⁵ Nótese que el apóstol aclara que la no condenación es para el que está en Cristo; el que ya deja de estar en Él, se aparta definitivamente, sí tendrá condenación.

“...pues la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor...Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación”. Nótese que Dios nos llama a santificarnos, pero nosotros debemos aceptar este llamado; pero algunos pueden rechazarlo: “Así que, el que desecha esto, no desecha a hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo” (1 Ts. 4: 8). Ahora bien, en la versión Reina Valera se traduce “cada uno sepa tener su propia esposa en santidad y honor”, pero la palabra en griego también se puede traducir como “vaso” (*skeuos*)⁶, refiriéndose al cuerpo; es decir, que nosotros debemos tener nuestro cuerpo en santidad. Esto mismo lo reitera Pablo en Romanos 12: 1: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional”. Nótese los verbos en subjuntivo referidos a las acciones que debe realizar el creyente: “sepa tener” y “presentéis”. Esto apunta a la parte activa del creyente en la santificación.

4.3. SELLO Y MORADA

El Espíritu Santo nos sella para que seamos identificados como pertenecientes a Dios; el creyente es templo del Espíritu Santo, es su morada y lleva su marca; esto implica bendición y garantía de la herencia Espiritual en Cristo Jesús.

El apóstol Pablo usa el término griego *arrabona* (αρραβωνα) que se traduce como “sello, sellar”, en 2 de Corintios 1: 22: “...el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones” (ο και σφραγισαμενος ημας και δους τον αρραβωνα του

⁶ Este mismo término lo usa el apóstol Pablo en Romanos 9: 21 refiriéndose a la persona.

πνευματος εν ταις καρδιαις ημων); en Efesios 1: 13-14 usa el término griego *arrabon* (αρραβων): “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es la arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria”, (εν ω και υμεις ακουσαντες τον λογον της αληθειας το ευαγγελιον της σωτηριας υμων εν ω και πιστευσαντες εσφραγισθητε τω πνευματι της επαγγελιας τω αγιω / ος εστιν αρραβων της κληρονομιας ημων εις απολυτρωσιν της περιποιησεως εις επαινον της δοξης αυτου).

La morada del Espíritu es el templo santo en el creyente. Veamos los textos donde se especifica que en el creyente mora el Espíritu Santo:

- “Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora (οικει: *oikei*) en vosotros” (Ro. 8: 9; resaltados y agregados nuestros): “υμεις δε ουκ εστε εν σαρκι αλλ εν πνευματι ειπερ πνευμα θεου οικει εν υμιν ει δε τις πνευμα χριστου ουκ εχει ουτος ουκ εστιν αυτου”.
- “Es edificado para morada (κατοικητηριον: *katoiketesion*) de Dios en el Espíritu” (Ef. 2: 22): “εν ω και υμεις συνοικοδομεισθε εις κατοικητηριον του θεου εν πνευματι”.
- “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora (οικει: *oikei*) en vosotros?” (1 Cor. 3: 16; resaltados nuestros): “ουκ οιδατε οτι ναος θεου εστε και το πνευμα του θεου οικει εν υμιν”.
- ¿O pensáis que la escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar (κατωκησεν: *katokesen*) en nosotros nos anhela celosamente?” (Stg. 4: 5; resaltados y agregados nuestros): “η δοκειτε οτι κενως η γραφη λεγει προς φθονον επιποθει το πνευμα ο κατωκησεν εν ημιν” (En cuanto a la expresión “celosamente” ver: Ex. 20: 5: 34: 14; Zac 8: 2).
- “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús, mora

(οικει: *oikei*) en vosotros, el que levantó de los muertos a Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora (ενοικουν: *enoikun*) en vosotros” (Ro. 8: 11): “εἰ δὲ τὸ πνεῦμα τοῦ ἐγχειραντος ἡσούν ἐκ νεκρῶν οἰκεῖ ἐν ὑμῖν ὁ ἐγχειρᾶς τὸν χριστὸν ἐκ νεκρῶν ζῶοποιήσει καὶ τὰ θνητὰ σώματα ὑμῶν διὰ τὸ ἐνοικουν αὐτοῦ πνεῦμα ἐν ὑμῖν”.

Varios contenidos se pueden extraer de las citas anteriores y de sus contextos; veamos:

Ser morada del Espíritu Santo nos permite vivir en Él y no en la carne (Ro. 8: 9).

La morada del Espíritu acontece cuando creemos en Jesús y le recibimos como Señor y Salvador, pero también se relaciona con el crecimiento del creyente (Ef. 2: 22), (1 Cor. 3: 16), lo cual implica santificación. Pablo habla de crecer para ser un templo santo en el Señor y de ser edificados para morada de Dios en el Espíritu (Ef. 2: 21-22). Esta misma idea la desarrolla el apóstol en 1 de Corintios 3: 6-15, quien habla del fundamento que es Cristo, del que riega o edifica encima que son los colaboradores de Dios (ministros, pastores, evangelistas, predicadores, maestros de la Palabra) y del edificio o labranza de Dios, los cuales son los creyentes que sobreedifican y reciben el crecimiento que sólo da Dios. Ahora bien, se debe tener en cuenta que Pablo hace énfasis en el proceso de crecimiento, considerándolo como lo que debe acontecer en el creyente, por ser la voluntad de Dios; pero en 1 de Corintios 3: 13-15 advierte de aquél cuya obra se quemare quien sufrirá pérdida, aunque será salvo; esto quiere decir, que si la sobreedificación no es de alta calidad (oro, plata, piedras preciosas), o si las obras son de baja calidad

(heno, hojarasca, madera) (ver 2 Cor. 5: 10)⁷, aún el creyente será salvo.

Ahora bien, Pablo en 1 de Corintios 3: 16-17, sigue amonestando a la iglesia de Corinto recordándole que son templo del Espíritu Santo y advirtiéndole sobre el peligro de destruir el templo del Señor: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere (φθειρει: *ftheirei*) el templo de Dios, Dios le destruirá (φθερει) a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (εἰ τις τὸν ναὸν τοῦ θεοῦ φθειρεῖ φθερεῖ τούτον ὁ θεὸς ὁ γὰρ ναὸς τοῦ θεοῦ ἅγιος ἐστὶν οἳτινες ἐστε ὑμεῖς). El verbo en griego usado aquí es *ftheiro* (conj. φθειρει: *ftheirei*) que significa “destruir corrompiendo llevando así a un estado peor” (Vine, 1984, p. 212). Esto demuestra que se trata de un proceso; así como la santificación es un proceso, así mismo lo es la pérdida gradual de la santidad que destruye el templo santo, hasta llegar a un estado de corrupción que desemboca en la destrucción de la persona, su perdición en el infierno. Ahora bien, ¿cómo se va perdiendo la santidad?, cuando el creyente se resiste a la obra de santificación del Espíritu Santo; y ¿Cómo empieza el creyente a resistir la obra de santificación del Espíritu Santo? Así como la santidad se produce por andar en el Espíritu, la pérdida de ésta se produce por dos razones, entre las principales: (a) Andar en la carne (Ro. 8: 1-9); (b) Seguir falsas doctrinas, dejándose guiar por espíritus engañosos y no por el Espíritu Santo. El primer caso lo describe Pablo en el libro de los Gálatas: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gál. 5: 16), porque el que tal hace, no podrá

⁷ Una explicación más amplia se encuentra en Rodríguez Y. Ferrer G. y Segrera W. *Escatología Bíblica: Doctrina de los últimos tiempos*, Universidad del Atlántico, 2011, pp. 172-173. Pero es necesario recordar aquí que cuando Pablo habla del tribunal de Cristo en 2 de Corintios 5: 10 y del juicio sobre lo que ha hecho el creyente (“sea bueno o sea malo”), se refiere a obras de buena y mala calidad; no se refiere a pecado, porque a dicho tribunal sólo irán los salvos, santos.

engañar o burlar a Dios (Gál. 6: 7) y siembra para su carne segando corrupción (*fthorán*: φθοράν); y dicha corrupción implica exclusión del Reino de Dios, de la vida eterna: “Porque el que siembra para su carne segará corrupción (*fthorán*: φθοράν); mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (Gál. 6: 8) “ὅτι ὁ σπείρων εἰς τὴν σάρκα αὐτοῦ ἐκ τῆς σαρκὸς θερίσει φθοράν ὁ δὲ σπείρων εἰς τὸ πνεῦμα ἐκ τοῦ πνεύματος θερίσει ζωὴν αἰώνιον”. Podemos decir entonces que santificarse es sembrar para el Espíritu.

En lo que respecta al segundo caso (seguir falsas doctrinas), podemos notar que el apóstol Pedro usa un término derivado de *ftheiro* (destruir corrompiendo) refiriéndose al fin de los falsos maestros que habían sido rescatados por Cristo, es decir, que habían sido salvos (2 P. 2: 1), habían recibido el señorío, pero lo despreciaron después por seguir la carne y andar en concupiscencia e inmundicia (2 P. 2: 10); el destino de estas personas es destrucción: “...nacidos para presa y destrucción (*fthorán*): “Pero éstos, hablando mal de cosas que no entienden, como animales irracionales, nacidos para presa y destrucción (φθοράν: *fthorán*), perecerán en su propia perdición...” (2 P. 2: 12); veamos la versión en griego:

¹² οὗτοι δέ, ὡς ἄλογα ζῶα γεγεννημένα φυσικὰ εἰς ἄλωσιν καὶ φθοράν, ἐν οἷς ἀγνοοῦσιν βλασφημοῦντες, ἐν τῇ φθορᾷ αὐτῶν καὶ φθαρήσονται,

Nótese cómo se relacionan aquí las dos causas de la pérdida de la santidad, seguir o andar en la carne y las falsas enseñanzas o doctrinas.

Es interesante ver que las formas relacionadas con el término “corrupción-destrucción” se usan en contextos asociados a las falsas doctrinas; este

es el contexto de 2 de Pedro 2: 10 y también de Judas 10 (*ftheirontai*) cuyo tema es análogo al del apóstol, y Apocalipsis 19: 2 que trata sobre la gran ramera, es decir, el falso sistema religioso que engañará al mundo entero y corromperá a los seres humanos con sus doctrinas demoníacas durante la Tribulación: “porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido (εφθείρεν: *eftheiren*) a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella” (Ap. 19: 2; resaltados y agregados nuestros): “ὅτι ἀληθινὰ καὶ δίκαια αἱ κρίσεις αὐτοῦ ὅτι ἐκρίνεν τὴν πόρνην τὴν μεγάλην ἣτις ἐφθείρεν τὴν γῆν ἐν τῇ πόρνειᾳ αὐτῆς καὶ ἐξέδικησεν τὸ αἷμα τῶν δούλων αὐτοῦ ἐκ τῆς χειρὸς αὐτῆς”.

En conclusión, cuando el creyente se arrepiente y cree en Cristo, es salvo en esperanza, es sellado con el Espíritu Santo, es morada de Él y es llamado a santificación, la cual es la voluntad de Dios; en este proceso, nosotros los creyentes somos edificados y nos sobreedificamos, creciendo para salvación, es decir, para alcanzarla finalmente (1 P. 1: 5); se trata de pelear la buena batalla de la fe, ocuparnos de la salvación con temor y temblor (Fil. 2: 12), no despreciar el señorío (2 P. 2: 10), atender con más diligencia a la Palabra que hemos oído para no deslizarnos (He. 2: 1), disponernos a que el Espíritu Santo nos santifique; por lo cual, nos debemos dejar guiar por su voz, debemos obedecerle, andando en el Espíritu, no satisfaciendo los deseos de la carne (Gál. 5: 16), no sembrando para esta. Por ello, en la Biblia hay varios mandatos: despojarnos del viejo hombre y renovarnos, no andar en la carne, vestirse del hombre nuevo (Ef. 4: 22-24); el mandato es a no contristar al Espíritu Santo (Ef. 4: 30) ni apagarlo (1 Ts. 5: 19).

Si el regenerado que ha sido salvo, sellado y convertido en morada del Espíritu Santo, se descuida y anda en la carne, practica el pecado

y termina apartándose definitivamente del evangelio, rechazando el llamado al arrepentimiento, apagará al Espíritu Santo en su vida y destruirá su templo o morada, por lo que Dios lo destruirá a él y perderá su salvación (1 Cor. 3: 17).

Cuando el Espíritu Santo se apaga definitivamente, deja de morar en la persona. Como expresamos en el capítulo “Deidad del Espíritu Santo”, el verbo usado para “apagar” en griego, es “*sbennute*”, el cual se utiliza también en la parábola de las diez vírgenes (*sbennutai*), con respecto a las insensatas cuyas lámparas se apagaron por falta de aceite y no pudieron entrar con el novio a las bodas; éstas, cuando regresaron y llamaron al Señor, recibieron como respuesta: “De cierto os digo, no os conozco” (Mt. 25: 11-12). Se usa aquí un símbolo que apunta al Espíritu Santo: el aceite, el cual causaba que las lámparas estuviesen encendidas; y el evento de acabarse en las vírgenes insensatas implicaba el hecho de que se apagara el Espíritu Santo en ellas, con la consecuencia de su exclusión de la presencia de Dios. Ellas no velaron debidamente esperando al novio, a Cristo, lo cual señala a los que han nacido de nuevo pero pierden su santidad por la práctica del pecado, se van entibando, contristan continuamente al Espíritu Santo hasta extinguirlo en sus vidas.

Las cinco vírgenes insensatas se quedaron con las lámparas pero sin aceite. En la Biblia, la lámpara también representa la Palabra de Dios y si esta se convierte en un conocimiento académico, intelectual, o un saber, pero sin el fuego del Espíritu Santo, sin su revelación y sin la obediencia respectiva que es dejarse guiar por Él como hijos de Dios, entonces la Palabra se vuelve vacía, sin aceite. Las vírgenes tenían un conocimiento de la venida del Señor, del Arrebatamiento de la iglesia, porque estaban esperando al esposo; pero a su manera, sin aceite, sin el Espíritu Santo, por lo cual había un engaño en ellas, debido a que

creyeron que con una profesión de fe, con confesar el nombre del Señor sin someterse a Él, era suficiente. Cuántas iglesias hoy en día están así como las vírgenes insensatas, pues saben que Jesús viene por su iglesia, pero no están en santidad, preparadas, llenas de santidad, del Espíritu y de la Palabra viva.

Esta misma imagen de las lámparas encendidas se usa en Lucas 12: 35 acerca del siervo vigilante a quien se le dice que debe tener ceñidos los lomos y las lámparas encendidas; esto significa: retener la Palabra de Dios, la verdad, tal como se nos expresa en Efesios 6: 14: “Estad pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad”; y ser morada del Espíritu Santo. Lucas usa la misma imagen de la parábola de las diez vírgenes velando, en las del siervo vigilante y el siervo infiel, referidas a la espera del regreso del Señor. Se comparan los fieles y los infieles, los cuales son personas regeneradas, salvas, pues se caracterizan como “siervos” y se habla de “su señor” (Lc. 12: 45, 46), se dice que “conociendo la voluntad de su señor” (Lc. 12: 47), los infieles no se prepararon ni cumplieron dicha voluntad.

Consideramos que estas parábolas se refieren a la iglesia de Cristo, porque justamente en Apocalipsis 3: 3, se le dice a la iglesia de Sardis: “Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete, Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti”.

4.4. BAUTISMO Y LLENURA DEL ESPÍRITU SANTO

En Hechos 1: 5, se afirma “Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días”. Este bautismo lo recibieron todos los casi 120 que

estaban reunidos en el Aposento Alto (Hch. 2: 1-4). Estos hablaron en lenguas diferentes, “según el Espíritu les daba que hablasen”. A este mismo bautismo se refiere Juan el Bautista, cuando dice, “Yo a la verdad os bautizo en agua; pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Lc. 3: 16; Mt. 3: 11). Consideramos que el bautismo del Espíritu Santo lo da Jesús, como se confirma en estos pasajes y la evidencia es hablar en lenguas, como Lucas relata en el pasaje citado de Hechos. Algunos consideran que no existe tal evidencia porque hay unas citas bíblicas donde no se menciona este hecho, después de que algunos recibieron el bautismo. Veamos esto:

En primer lugar, es necesario aclarar que el bautismo es una investidura de poder, “pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo” (Hch. 1: 8); también es llamado “don del Espíritu” por el apóstol Pedro en su primer discurso: “...y recibiréis el don del Espíritu Santo”; es para todos los creyentes “Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (Hch. 2: 39); esto se corrobora en el hecho de que fue dado a los judíos y a los gentiles, los cuales son un solo cuerpo en la iglesia: “Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso. Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo. Porque los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios” (Hch. 10: 44-46). Nótese que se da aquí la razón por la cual los fieles de la circuncisión se convencieron de que los gentiles habían recibido el bautismo del Espíritu Santo, y fue justamente que éstos hablaban en lenguas; debido a esto se utiliza la conjunción “porque”, en griego *gar*, partícula que asigna una razón y es usada en discusión, argumentación o explicación.

Hay tres pasajes en los que se habla de recibir el bautismo sin hacer explícito el hablar en lenguas como señal, los cuales analizaremos aquí, pues veremos que las personas que se referencian, sí hablaron en lenguas al recibir el bautismo en el Espíritu; veamos: en Hechos 4: 31, los creyentes piden confianza y valor; dice la Escritura “Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios”. En primer lugar, es necesario recordar que esta manifestación del Espíritu Santo fue consecuencia de la oración que los creyentes hicieron, en la cual le piden al Señor denuedo, valentía para predicar la Palabra. Lucas focaliza entonces en su narración este evento cuando relata que ellos fueron llenos del Espíritu Santo; pero en Hechos 4: 23, se dice que Pedro y Juan, al ser puesto en libertad, “vinieron a los suyos”; ciertamente, estos o muchos de ellos (sino todos), formaron parte de la reunión de los casi 120 del Aposento Alto que recibió el bautismo del Espíritu Santo con la evidencia de hablar en lenguas; y aquí los encontramos siendo llenos nuevamente de Él.

El otro pasaje corresponde a cuando Pablo recibe el Espíritu Santo; en Hechos 9: 17: “...Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció por el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo”; Lucas no narra que Pablo habló en lenguas; pero así tuvo que haber acontecido, pues en 1 de Corintios 14: 18, el apóstol afirma: “Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros”.

El tercer pasaje que queremos analizar es el concerniente a la llegada de Pedro y Juan a Samaria: “Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá

a Pedro y a Juan; los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos...entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo. Cuando vio Simón que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba, el Espíritu Santo les ofreció dinero” (Hch. 8: 14-18). En primer lugar, Lucas narra de manera general el evento en el que los samaritanos recibieron el bautismo del Espíritu Santo, sin especificar detalles; sin embargo, sí debió haber alguna evidencia de que dichos creyentes recibieron el bautismo en el Espíritu y ésta es que hablaron en lenguas como señal, porque se dice claramente que Simón “vio” que por la imposición de manos se daba este don. El verbo usado aquí es *idón* que significa visión física y/o percepción mental.

Hay algunos autores como Chafer que consideran el bautismo en el Espíritu santo como: “la unión del creyente a Cristo y la colocación dentro del cuerpo de Cristo, en otras palabras, la formación de esa relación orgánica entre Cristo y el creyente que se expresa por la palabra en Cristo, y que constituye la base de todas las posiciones y posesiones del cristiano” (1987, vol. VI, p. 975). Dice el autor citado que este bautismo del Espíritu Santo se recibe inmediatamente cuando se cree en Cristo y se nace de nuevo. Este teólogo está equivocado y su interpretación no es bíblica. Él define así el bautismo en el Espíritu para afirmar que una vez que se cree en Jesús, la persona ya queda unida para siempre a Él, por lo tanto, la salvación nunca se perderá; nótese que en la cita de Chafer se dice que hay una relación orgánica entre el Señor y el creyente y que esta unión es la base segura de todas las posesiones. El autor define de esta manera el bautismo en el Espíritu Santo para justificar su doctrina calvinista de la salvación eterna incondicional, la cual está errada. Él está confundiendo el sello del Espíritu con su bautismo.

Hay evidencia bíblica de personas que creyeron en Cristo, por lo que fueron regeneradas, pero no recibieron el bautismo en el Espíritu Santo sino después; veamos: en Hechos 19: 2-6, el apóstol Pablo les dijo a doce creyentes de Éfeso: “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Y ellos le dijeron: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo...Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Y habiéndoles impuesto las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban”. Nótese cuatro hechos interesantes: los doce hombres eran creyentes en Cristo, luego eran salvos; fueron bautizados en agua en el nombre del Señor Jesús; y recibieron el bautismo por imposición de manos; y hablaron en lenguas como señal. Esto indica que cuando se cree en Jesús y se es salvo, no necesariamente se recibe el bautismo en el Espíritu Santo; esta experiencia puede ser inmediata como con Cornelio y sus amigos, o posterior como en estos doce hombres, o como los creyentes de Samaria quienes habían recibido la Palabra de Dios y luego fueron bautizados en el Espíritu por imposición de manos de Pedro y Juan: “Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan; los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo” (Hch. 8: 14-17).

Además del bautismo en Espíritu Santo, la Biblia nos habla de su llenura; estos dos términos se usan como equivalentes en algunos contextos como en Hechos 2: 4 y 9: 17. Pero la Biblia también nos dice que un creyente que ha recibido el bautismo en el Espíritu, puede y debe llenarse constantemente de Él; o más bien, debe permanecer lleno de Él. Esto se corrobora en Hechos 4: 31 y vemos ejemplos de

varones que estaban constantemente llenos del Espíritu: Pedro (Hch. 4: 8), Esteban (Hch. 6: 3, 8; 7: 55), Bernabé (Hch. 11: 24), Pablo (Hch. 13: 9), los discípulos (Hch. 13: 52). Justamente, la Biblia nos manda a tener esta llenura permanente: “No os embriaguéis con vino; antes bien sed llenos del Espíritu Santo” (Ef. 5: 18). Es importante aclarar aquí que Pablo no está comparando la embriaguez con la llenura del Espíritu Santo, como equivocadamente plantea Chafer (1987) quien dice que el vino da fortaleza al ser humano y de la misma manera lo hace la llenura. Nunca la Biblia podrá comparar una experiencia santa con un pecado y una inmundicia; la Palabra de Dios condena la embriaguez, el tomar o probar cualquier bebida embriagante como el vino y otros licores. Lo que Pablo está diciendo es censurar el pecado de embriagarse y les dice a los creyentes que deben más bien ser llenos del Espíritu Santo; en otras palabras, lo que dice el apóstol es: no toques ese pecado de embriagarse, en lugar de esto, llénate del Espíritu Santo de Dios.

¿Cuál es la evidencia de esta permanente llenura?: la alabanza, adoración y acción de gracias hacia el Señor (Ef. 5: 19-20), el fruto del Espíritu (Ef. 5: 9; Gál. 5: 22-23), denuedo y poder en la predicación de la Palabra de Dios (Hch. 4: 31), poder para hacer prodigios y señales de parte de Dios (Hch. 6: 8), fortaleza y poder para testificar, para ser testigo (mártir; del griego *martur*), es decir, dar testimonio hasta la muerte.

La experiencia en la iglesia es que el creyente puede recibir el bautismo en fuego; pero, como lo hicieron los discípulos en Hechos 4: 31, puede ser lleno nuevamente del Espíritu Santo. La voluntad de Dios es que seamos llenos constantemente de Él para poder manifestar su fruto y poder desarrollar sus dones para la edificación de la iglesia. Tanto el bautismo como la llenura permanente del Espíritu Santo son imprescindibles en el servicio a Dios, en el ministerio.

Finalmente, es necesario aclarar que la voluntad de Dios es que sus hijos reciban el bautismo en fuego, pero éste no es condición para ser salvo, por cuanto la salvación es por fe en Cristo; pero también es menester decir que no se puede pensar que por haber tenido la experiencia del bautismo del Espíritu Santo en el pasado, ya nunca podremos apartarnos del Señor Jesucristo y por lo tanto hay garantía total y absoluta de que seamos salvos; pues si nos apartamos del camino del Señor, si ya no obedecemos su Palabra y si no vivimos una vida de santidad, al morir, no podremos ser salvos. Tanto la llenura como el bautismo en el Espíritu se mantienen en el creyente mediante la oración (Hch. 4: 31), el testimonio (Hch. 4: 31, 33), la adoración en el Espíritu (Ef. 5: 18-19) y la vida santificada (Ef. 5: 18); si nos apartamos del Señor Jesucristo y dejamos de practicar lo mencionado anteriormente, el bautismo en el Espíritu Santo y la llenura pueden convertirse en una gloria pasada y decadente (Stamps, 1993, p.1507).

CAPÍTULO V

RELACIÓN DEL CREYENTE CON EL ESPÍRITU SANTO PARA LA EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA

Yolanda Rodríguez y Gabriel Ferrer

En los capítulos anteriores hemos analizado la obra del Espíritu Santo en la creación, en relación con Jesús y con el creyente en cuanto a los actos de regeneración, santificación, sello, morada y bautismo. Hemos hecho énfasis en que el hijo de Dios debe mantenerse en santidad para que pueda alcanzar la promesa de salvación en el tiempo postrero. También hemos sostenido que Dios ha hecho la obra completa: ha dado salvación en Cristo Jesús, él nos llama, su Espíritu Santo nos convence de justicia, pecado y juicio cuando recibimos el llamado de Dios, abrimos nuestro corazón para recibir el amor de la verdad; somos regenerados, sellados con el Espíritu Santo, nos convertimos en su morada, en su templo, somos bautizados en Él y tenemos una herencia preparada en el cielo, la cual recibiremos después de que nuestros cuerpos sean glorificados, transformados en un cuerpo a la semejanza del de Cristo.

Una vez convertidos y habiendo recibido las bendiciones arriba descritas, iniciamos una carrera, nos hallamos en una batalla que el apóstol Pablo llama “la buena batalla de la fe” (1 Tim. 6: 12). Ésta acontece porque el creyente, la nueva criatura, aún no tiene la glorificación de su cuerpo, aún vive en el mundo - aunque no forma parte de él - el cual está corrompido por el pecado; y tiene un enemigo que es Satanás, cuyo objetivo es procurar que las almas se vayan al infierno. Tres enemigos tiene entonces el creyente regenerado: la carne, el mundo y Satanás. Estos pueden hacer que se extinga la nueva vida que Dios ha impartido,

se apague el Espíritu Santo y se pierda la salvación, si el creyente se lo permite. No obstante, Dios nos ha dejado armas para defendernos de dichos enemigos, no nos ha dejado solos, sino que nos ha dado su Espíritu Santo, para que podamos vivir en victoria y guardar la fe para obtener las coronas de justicia, de vida, de gloria, de gozo eterno en el Señor Jesús. Veamos estos tres enemigos y la manera como el glorioso Espíritu de Dios nos ayuda a vencerlos.

5.1. PODER PARA VENCER LA CARNE

Cuando hablamos de la carne, no nos referimos al cuerpo físico, (gr. *soma*), del ser humano, sino a la vieja naturaleza pecaminosa que está en el creyente, (gr. *sarks*); esta definición es la que da el apóstol Pablo en Romanos: “Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte” (Ro. 7: 5):

⁵ ὅτε γὰρ ἡμεν ἐν τῇ σαρκί, τὰ παθήματα τῶν ἁμαρτιῶν τὰ διὰ τοῦ νόμου ἐνηργεῖτο ἐν τοῖς μέλεσιν ἡμῶν εἰς τὸ καρποφορῆσαι τῷ θανάτῳ.

Aquí se diferencian claramente, la carne (gr. *σαρκί*; *sarkí*) caracterizada por las pasiones pecaminosas (gr. *παθηματα των αμαρτιων*: *pathemata ton jamartion*), de los miembros referidos al cuerpo. La carne también se caracteriza porque en ella no mora el bien (Ro. 7: 18), es el cuerpo de muerte (gr. *σωματος του θανατου*: *somatos tou thanatou*).

Pablo agrega: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Ro. 8: 1-2). En el versículo

4 se agrega: “para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”. Estos versículos se podrían interpretar así: Todos los que reciben a Cristo, son regenerados y por lo tanto no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu, debido a que Jesús nos ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Y ciertamente esto es así en el sentido de que el regenerado debe andar siempre en el Espíritu, pues es el mandato bíblico; no obstante, no todos los regenerados hacen esto; por ello, Pablo les dice a los hermanos (creyentes) en los versículos 12 al 13: “Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis”.

En la cita anterior se explica que son los creyentes los que hacen morir las obras de la carne por el Espíritu Santo. Aquí se elucida su poder sobre la carne en el creyente. La Tercera Persona de la Trinidad es el único que puede otorgarle esta capacidad; pero éste debe disponerse a ser guiado por el Espíritu, a andar en Él. Nótese que Pablo usa antonimias para oponer las expresiones que describen esta dependencia que el creyente debe tener hacia el Espíritu Santo, contra las expresiones referidas a los que no la tienen:

Carne	Espíritu
Andar conforme a la carne (Ro. 8: 4): <i>Kata sárka peripatousin</i>	Andar conforme al Espíritu (Ro. 8: 4): <i>Kata pneuma</i>
Ser de la carne (Ro. 8: 5): <i>Kata sárka ontes</i>	Ser del Espíritu (Ro. 8: 5): <i>Kata pneuma</i>
Ocuparse (la manera de pensar) de la carne (Ro. 8: 6): <i>Fronema tes sarkos</i>	Ocuparse (la manera de pensar) del Espíritu (Ro. 8: 6): <i>Fronema tou pneumatos</i>
Estar según la carne (Ro. 8: 8, 9): <i>Sarki ontes</i>	Estar según el Espíritu (Ro. 8: 9): <i>En pneumati</i>
Deudores a la carne (Ro. 8: 12): <i>Ofeiletai te sarki</i>	Guiados por el Espíritu (Ro. 8: 14) <i>Pneumati Theou agontai</i>
Poner la mente en las cosas de la carne (Ro. 8: 5): <i>Ta ates sarkos fronusin</i>	Poner la mente en las cosas del Espíritu (Ro. 8: 5): <i>Ta tou pneumatos</i>
Vivir según la carne: (Ro. 8: 13): <i>Kata sárka dzete</i>	Vivir según el Espíritu: (Ro. 8: 13): <i>Pneumati (dzete).</i>

La responsabilidad del creyente en cuanto a él mismo someterse a la guía, control y dominio del Espíritu Santo, se evidencia aún más cuando Pablo les dice a los gálatas: “¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?” (Gál. 3: 3). Reitera más adelante el apóstol: “Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gál. 5: 16). Nótese que Pablo hace explícito el hecho de que es el creyente el que decide andar en la carne y satisfacer sus deseos, lo cual es contra el Espíritu: “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne” (Gál. 5: 17). En el versículo 16 de Gálatas 5 se usa *pneumati peripateite* (πνευματι περιπατετε: andar en el Espíritu): “λεγω δε πνευματι περιπατετε και επιθυμιαν σαρκος ου μη τελεσητε”, que es la misma expresión usada en Romanos 8: 4: “ινα το δικαιωμα του νομου πληρωθη εν ημιν τοις μη κατα σαρκα περιπατουςιν (peripatousin) αλλα κατα πνευμα (pneuma)”.

En Gálatas 5: 18 Pablo usa la expresión “ser guiados por el Espíritu” (*pneumati agueste*): “ει δε πνευματι αγεσθε ουκ εστε υπο νομον”; con el mismo verbo de Romanos 8: 14 (*pneumati agontai*: “οσοι γαρ πνευματι (*pneumati*) θεου αγονται (*agontai*) ουτοι εισιν υιοι θεου”.

Pablo les habla a creyentes, nacidos de nuevo, regenerados, y les exhorta a que no anden en la carne, porque los que practican las obras de la carne “no heredarán el reino de Dios” (Gál. 5: 21); es la misma amonestación que en Romanos les hace a los creyentes: “Porque el ocuparse de la carne es muerte” (Ro. 8: 6), “porque si vivís conforme a la carne, moriréis.” (Ro. 8: 13). Evidentemente Pablo estaba pensando en la muerte segunda (cf. Ap. 20: 14), en el infierno, en la exclusión del Reino de Dios. Reitera en Gálatas 6: 7-8: “No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas

el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna”. Los creyentes son los que siembran, son los agentes de tal acción; he allí su responsabilidad con respecto al Espíritu Santo. Somos nosotros los que decidimos andar en la carne y desechar la provisión de poder del Espíritu Santo para vencerla; pero también somos los que decidimos andar en el Espíritu, agradando a Dios en todo, permaneciendo en Cristo, oyendo su voz, siguiéndole; ésta es su voluntad.

Otras formas o expresiones asociadas a la carne son: “vivir en los deseos de la carne” (Ef. 2: 3. *Epithumiais tes sarkos*), “la voluntad (tendencias) de la carne” (Ef. 2: 3. *Thelémata tes sarkos*), “apetitos (satisfacción) de la carne” (Col. 2: 23. *Plesmonen tes sarkos*), “concupiscencias de la carne” (2 P. 2: 18. *Epithumiais sarkos*) (traducido “los deseos de la carne” en 1 Jn. 2: 16).

Solo por el poder del Espíritu Santo podemos crucificar la carne con sus pasiones y deseos (cf. Gál. 5: 24). Por ello, hay un mandato explícito en la Biblia al respecto: “Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Cor. 7: 1). Ahora bien, dicho mandato es dado por dos razones: (1) porque el recién nacido de nuevo es carnal, pues es un niño en Cristo; pero debe crecer, madurar; y (2) porque hay creyentes con tiempo en el evangelio que no crecen y son carnales: “De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía.” (1 Cor. 3: 1). Pablo se refiere a creyentes que, pese a que ya han recorrido camino en el Señor, aún son carnales; pero se refiere a obras como: celos, contiendas y disensiones (1 Cor. 3: 3), no a obras como fornicación, inmundicia o pasiones desordenadas. Estos dos tipos

de obras de la carne las divide Pablo en Colosenses 3: 5, 7, haciendo diferencia entre el pasado y el presente: “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría;...en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivías en ellas. Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca”.

Es importante señalar que toda obra de la carne es pecado y que el creyente que es carnal puede llegar en arrepentimiento al Señor, para restaurarse y vivir una vida en el Espíritu. Pero si decide insistir en practicar las obras de la carne, terminará apartado del evangelio, estará sembrando para corrupción y muerte.

El que es niño en el evangelio sólo puede beber leche; la palabra dice “os di a beber leche y no vianda” (1 Cor. 3: 1); y esta leche significa los primeros rudimentos de la Palabra de Dios; En Hebreos 5: 12 dice: “Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido”. Y esos rudimentos son: El arrepentimiento de obras muertas, la fe en Dios, la doctrina de bautismos, la imposición de manos, la resurrección de los muertos, del juicio eterno. En Hebreos 6: 1-2 el Señor dice: “Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno”.

Vemos la relación entre los rudimentos y la leche Espiritual mencionada en Hebreos 5: 13: “Y todo aquel que participa de la leche es inexperto

en la palabra de justicia, porque es niño”. El que es niño en el evangelio es inexperto en la palabra, puede ser llevado por cualquier viento de doctrina y puede volverse tardo para oír; dice Hebreos 5: 11: “Acerca de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar, por cuanto os habéis hecho tardos para oír”.

El creyente está llamado a ser maduro; en Hebreos 5: 14 dice: “Pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal”. Esta madurez implica crecimiento Espiritual en el camino del Señor, para lo cual el creyente debe obedecer la Palabra de Dios y confiar en que Él perfecciona la obra hasta el día de Cristo (Fil. 1: 6). Pablo dice: “no que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Fil. 3: 12-14). El apóstol estaba consciente de la importancia del crecimiento en el evangelio y por ello habla aquí de avanzar. Nótese que usa verbos en primera persona, señalando así su participación en el proceso en lo que respecta a su decisión, disposición y búsqueda: “prosigo” (διωκω: *dioko*), “logro” (καταλαβω: *katalabo*), “extendiéndome” (επεκτεινομενος: *epekteinomenos*). Pablo tenía claridad sobre la meta que debía alcanzar, la cual se refiere a la salvación final, la vida eterna al lado de Cristo.

5.2. PODER PARA VENCER EL MUNDO

El mundo se define, no como la tierra ni la creación (*kosmos*), sino

como el estado de cosas regido por Satanás; en griego es *aión* el cual posee características morales o espirituales que podemos extraer de la Biblia donde se nos habla de: sus ansiedades (Mt. 13: 22), sus hijos (Lc. 16: 8), sus príncipes (1 Cor. 2: 6, 8); su sabiduría (1 Cor. 1: 20; 2: 6; 3: 18); sus formas (Ro. 12: 2); su carácter (Gal. 1: 4); su dios (2 Cor. 4: 4). Para tener claro cómo funciona el mundo, veamos una lista de sus rasgos:

Características y modo de actuar del mundo

- Con filosofías y huecas sutilezas (Col. 2: 8).
- Tradiciones de hombres (Col. 2: 8).
- Mandamientos y doctrinas de hombres (Col. 2: 22).
- Hay corrupción (2 P. 1: 4).
- Hay concupiscencia (1 P. 1: 4).
- Hay contaminación (2 P. 2: 20).
- Su contenido: los deseos de la carne, los deseos de los ojos, la vanagloria de la vida (1 Jn. 2: 16).
- Es efímero (1 Jn. 2: 17).
- Es apariencia (1 Jn. 2: 17).
- NO conoce a Cristo ni a los creyentes (1 Jn. 3: 1).
- Aborrece a los creyentes y a Cristo (1 Jn. 3: 13).
- Está bajo el dominio de Satanás, del maligno (1 Jn. 5: 19).
- Su tristeza produce muerte (2 Cor. 7: 10).
- Su sabiduría es insensata, diabólica (1 Cor. 3: 19).
- Produce esclavitud (Gál. 4: 3).

La estructura del mundo

El mundo se opone a Dios, a su Espíritu y a su Palabra; por lo tanto, podemos hacer un análisis de su estructura y bases espirituales,

ideológicas o conceptuales, para determinar lo que pertenece a él y por ende, es rechazado y censurado por el Señor.

Todo lo que se opone al conocimiento de Dios es del mundo: (a) la filosofía que niega a Dios, se opone a Cristo y a la Biblia; se trata de los sistemas filosóficos como el hedonismo, el escepticismo, el existencialismo (Sartre, Camus), el nihilismo (Nietzsche); (b) la psicología que niega la existencia del alma en el ser humano y justifica el pecado (Freud y el psicoanálisis, por ejemplo); (c) la medicina basada en sistemas orientales que sustenta sus prácticas en doctrinas satánicas (medicina energética, acupuntura); el uso de la medicina para el pecado (práctica de aborto, eutanasia); (d) la música mundana que le hace apología a los deseos carnales y a toda clase de pecado: fornicación, inmoralidades, adulterio, inmundicias, celos, contiendas, odios, etc.; (e) el arte: pinturas y esculturas obscenas o que le hacen apología a prácticas carnales, culturales y tradiciones religiosas idolátricas; (f) la literatura y el cine que toman como tema el pecado y lo exaltan; (g) la cultura: el carnaval, formas de habla corrompida, rituales de todo tipo que celebran la idolatría y la inmundicia; (h) la ciencia y la tecnología en general, usada indebidamente: la química usada para producir licores y drogas alucinógenas y destructoras; el internet y la televisión usados para promover la pornografía y toda clase de inmundicia; (i) la educación utilizada como medio para promover y arraigar todo el sistema mundano; (j) lo que el ser humano considera diversión: festividades a lo largo del año, desde las religiosas hasta las nacionales y familiares, en lugares públicos y privados; (k) los sistemas de gobierno que proponen, impulsan y aprueban leyes que van en contra de la Palabra de Dios: matrimonios entre homosexuales y lesbianas, adopción de niños por estas uniones condenadas por la Biblia; legalizaciones de pecados como el aborto, la drogadicción, etc.

De la misma manera que el Espíritu Santo se opone a la carne, también se opone al mundo; Jesús lo establece así: “el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros” (Jn. 14: 17). Aquí se usa el término “*kosmos*” no para referirse exactamente a las cosas del mundo (deseos de los ojos, de la carne y vanagloria de la vida), sino a las personas que comparten sus estructuras, prácticas y manifestaciones. Esto se evidencia en la oposición entre el mundo y los discípulos (vosotros), en otras palabras, entre los mundanos y los creyentes en Cristo.

Así como la Biblia describe a las personas carnales, también lo hace con las mundanas; veamos:

- Tienen su porción en esta tierra: “De los hombres mundanos, cuya porción la tienen en esta vida” (Sal. 17: 14).
- No puede conocer ni ver al Espíritu Santo (Jn. 14: 17).
- No conocen al Hijo ni al Padre (Jn. 17: 25).
- Pierden su alma, se destruyen a sí mismos (Mr. 8: 36; Lc. 9: 25).
- Buscan con ansiedad e inquietud, la comida, la bebida, el vestido (Mt. 6: 25-32).
- Aman su vida por encima de todo (Jn. 12: 25).
- Son engañados por Satanás (Ap. 12: 9).
- Serán juzgados y condenados (Hch. 17: 31. Ro. 3: 6, 19).

De la misma manera como hay “creyentes” carnales por su propia decisión, también los hay mundanos. Les llamamos “creyentes” porque ellos se autodenominan así, pero en realidad no lo son, pues corresponden a las personas a las que Jesús les dice: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en

aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.” (Mt. 7: 21-23).

La Biblia hace una exhortación clara y permanente a que el creyente no se relacione con el mundo, a “guardarse sin mancha del mundo” (Stg. 1: 27b), por cuanto “la amistad con el mundo es enemistad contra Dios” (Stg. 4: 4) y el que se vuelve amigo del mundo es “enemigo de Dios” (Stg. 4: 4); nótese que Santiago se dirige a creyentes, pues usa los términos “amistad con el mundo” y “amigo del mundo”, y es de notar que en griego corresponde a “*filía tou kosmou*: φίλια του κοσμου” y “*filos einai tou kosmou*: φίλος είναι του κοσμου”; la palabra “amigo” aquí es “filos” que denota ser amado, querido; no se usa el término *etairos* que denota un compañero, socio y que expresa camaradería. De la misma manera, Juan dice: “No améis el mundo” (1 Jn. 2: 15), en el que usa el verbo “*agapo*”: “*me agapate ton kosmon*: μη αγαπατε τον κοσμον”, el cual posee un significado más intensivo que “*fileo*” (querer o tener afecto). El Señor nos dice que no tengamos ninguna relación con el mundo, ni de amistad (*filía*), ni de amor (*agapo*). Los términos griegos citados también nos señalan que la trampa en la que puede caer un creyente, si descuida su relación con Dios, es que empieza con una camaradería (*etairos*) con el mundo, es decir, tiene una relación inicial con el mundo que, siendo aceptada, se convierte en un portillo por el cual Satanás empieza a actuar hasta conducirlo a una relación mayor, con más atracción y participación en las cosas del mundo; así, hace que el creyente cree una filiación incrementada (*filos*), para finalmente arrastrarlo hacia una relación profunda (*agapo*) que termina por atraparlo totalmente, haciéndolo caer en la apostasía como Demas (2 Tim. 4: 10) y llevándolo a la pérdida de la salvación.



Veamos cómo se caracterizan “los creyentes” mundanos o que han sucumbido ante el mundo:

- Son enemigos de Dios (Stg. 4: 4).
- El amor del Padre no está en ellos (1 Jn. 2: 15).
- No permanecen (1 Jn. 2: 17).
- Algunos se convierten en falsos profetas que son guiados por el espíritu del anticristo, el espíritu de error; no tienen al Espíritu Santo; enseñan falsas doctrinas, hablan del mundo y el mundo los oye (1 Jn. 4: 1-6).
- Son vencidos del mundo (1 Jn. 5: 4-5).
- Aman la vida en este mundo (1 Jn. 4: 5).
- Se vuelven esclavos del mundo (Gál. 4: 3).
- Abandonan a los creyentes, y se alejan de todo lo relacionado con Dios, con su Palabra, con su iglesia (2 Tim. 4: 10).

¿Cómo sabemos si algo, una práctica, una costumbre o acción tiene el rasgo mundano? Lo sabemos si se opone a la Palabra de Dios, si no lo glorifica, si niega a Dios, si lleva a comportamientos carnales, si conduce a que pongamos la mirada en las cosas terrenales y la quitemos de Cristo y sus promesas; si nos lleva a anhelar más lo terrenal que lo celestial; si nos lleva a apartarnos de la relación con el Señor y dejamos de orar, de leer la Biblia, de congregarnos; una práctica o costumbre es mundana si nos lleva a dudar de la Biblia o a que la acomodemos a nuestras circunstancias y formas de vida; cuando nos

lleva a comportamientos semejantes o idénticos a los de las personas inconversas o no regeneradas y ya no hay ninguna diferencia entre nosotros y ellas.

El creyente sólo puede vencer al mundo mediante el poder del Espíritu Santo en su vida; por ello debe llenarse permanentemente de Él: Sed llenos del Espíritu Santo dice el Señor (Ef. 5: 18); porque Él nos permite crucificar al mundo en nosotros y nosotros al mundo (Gál. 6: 14), de la misma manera que crucificamos la carne (Gál. 5: 24).

5.3. PODER PARA VENCER AL DIABLO

Hemos analizado dos de los enemigos del creyente, la carne y el mundo; también hemos demostrado bíblicamente que si el hijo de Dios no permanece firme en Cristo, en el evangelio, puede sucumbir, apartarse, apostatar de la fe y perder su salvación. Ahora es necesario analizar al tercer enemigo: El diablo; con respecto al cual la Biblia nos enseña que estemos apercebidos, no ignorando sus maquinaciones (2 Cor. 2: 11), pues está como león rugiente buscando a quien devorar (1 P. 5: 8).

La Biblia habla de una guerra orquestada por el diablo (Ef. 6: 12) y nos ordena resistir para luego estar firmes. Antes de analizar cómo tenemos la victoria sobre él por el Espíritu Santo, veamos brevemente sus características y acciones:

¿Quién es el diablo?

Jesús dice que Satanás no permaneció en la verdad, que fue dominado por un deseo impío y que es homicida desde el principio (Jn. 8: 44). Pero antes de pecar, cuando era Lucero, tenía las siguientes características:

- Lleno de hermosura (Ez. 28: 11, 12).
- Estuvo en Edén con vestido precioso y tamboriles y flautas. Su nombre en hebreo *nahash* que es traducido “serpiente”, significa reluciente. Fue creado (Ez. 28: 13).
- Era un querubín, de la clase de seres asociados al trono de Dios como protectores y defensores de su santidad (Ez. 28: 14).
- Era perfecto hasta que se halló en él maldad; hacía contrataciones, lo que en hebreo significa “dar rodeos” o “pasear”; esto puede referirse a que se paseaba entre los ángeles para calumniar a Dios y hacer que se rebelaran (Ez. 28: 15, 16).
- Su corazón se enaltecó (Ez 28: 17).

¿Cuál fue el pecado del diablo?

El pecado de Satanás se describe en Isaías 14: 12-17; veamos:

- “Subiré al cielo”: quería hacer del Tercer Cielo su morada.
- “Junto a las estrellas de Dios levantaré mi trono”: Satanás aspiraba posesionarse de un trono suyo propio y reinar sobre las estrellas, lo cual se refiere a los seres angélicos (Job. 38: 7; Jud. 1: 13; Ap. 12: 3-4; 22: 16).
- “En el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte: “el monte” se refiere al asiento del gobierno de Dios en la tierra (Is. 2: 1-4), y la mención del testimonio parece referirse a Israel, pues otra traducción es “congregación”; entonces la ambición de Satanás era participar en el gobierno mesiánico en la tierra.
- “Sobre las alturas de las nubes subiré”: “nube” se refiere en la Biblia a la presencia y gloria divina. Satanás buscaba la gloria de Dios.
- “Seré semejante al altísimo”: Su propósito era ser como Dios. Quería tener autoridad sobre el cielo y la tierra; por eso imita a Dios y hace copias fraudulentas de sus obras.

¿Cuáles son las obras del diablo?

Satanás realiza una serie de obras en contra de los hijos de Dios; veamos:

- Es el tentador: tentó a Eva y a Jesús (Gn. 3: 4. Mt. 4: 3-10).
- Es padre de mentira (Jn. 8: 44).
- Es engañador (Ap. 12: 9, 20: 10).
- Es acusador (Ap. 12: 10).
- Se viste de ángel de luz (2 Cor 11: 14).
- Cuestiona la Palabra de Dios (Gn. 3: 1).
- Arrebata la Palabra (Lc. 8: 12).
- Corrompe la Palabra: la tergiversa, la cambia (Gn 3: 4-5. Mt. 4: 6. 1 Tim. 4: 1).
- Busca devorar, matar (1 P 5: 8).
- Ciega el entendimiento (2 Cor. 4: 4).

Analizadas brevemente las características, pecado y obras del diablo, veamos con más detenimiento su guerra contra los hijos de Dios.

El creyente y la iglesia no pueden ignorar que está en una batalla permanente ante la cual tiene la victoria, pues Dios le ha dado armas poderosas en Él para la destrucción de fortalezas (2 Cor. 10: 4). El Espíritu Santo es el que nos ayuda en esta guerra, pues la Palabra de Dios nos enseña que mayor es Él, que está en nosotros, que el que está en el mundo (1 Jn. 4: 4). Esta lucha se describe en Efesios 6: 10-18: “Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo” (Ef. 6: 11). De esta armadura forman parte dos armas: la espada del espíritu (Ef. 6: 17) que es la Palabra de Dios y la oración en el Espíritu (Ef. 6: 18).

El Espíritu Santo nos da la victoria contra Satanás a través de la Palabra, porque:

- Él nos da discernimiento para entenderla y memorizarla.
- Nos la recuerda para poder aplicarla cuando el diablo envía pensamientos a la mente contra Dios y su Palabra.
- Nos da la fortaleza para aplicarla y destruir los argumentos que se levantan contra el conocimiento de Dios y así vivir una vida de santidad de manera que resistimos al diablo y él huye (Stg. 4: 7).
- Nos permite discernir las enseñanzas de la Palabra de Dios y diferenciarlas de las enseñadas por espíritus de mentira, de error.
- Nos permite distinguir entre las falsas doctrinas y la sana doctrina.

Además de la Palabra de Dios, el Espíritu Santo nos da la victoria contra el diablo a través de la oración en el Espíritu: “orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu”, “προσευχομενοι εν παντι καιρω εν πνευματι (*proseujómenoi en panti kairo en pneumatí*)” (Ef. 6: 18), que se manifiesta a través de dos formas de intercesión:

(1) La oración en lenguas que Pablo explica en 1 de Corintios 14: 14: “Porque si yo oro en lengua desconocida, mi espíritu ora”; en griego dice: “προσευχωμαι γλωσση το πνευμα μου προσευχεται (*proseujomai glosse, ton pneuma mou proseíjetai*)”; aquí se traduce “προσευχωμαι γλωσση”, como “oro en lengua” y “πνευμα μου προσευχεται”, como “mi espíritu ora”.

En el versículo 15 de 1 de Corintios 14, leemos: “¿Qué, pues? Oraré con el espíritu...”, lo cual en griego es: “τι ουν εστιν προσευξομαι τω πνευματι (*proseudzomai to pneumatí*)...”. Nuevamente se usa “προσευξομαι” que significa “oraré” y “τω πνευματι” que significa “con el espíritu”.

Nótese la relación entre las dos expresiones de Efesios 6: 8 “en *pneumatí*” y de 1 de Corintios 14: 15 “to *pneumatí*”; cuando oramos en lenguas, nuestro espíritu ora mediante el Espíritu Santo; no comprendemos lo que estamos diciendo, por lo que Pablo dice que nuestro entendimiento queda sin fruto, pero Dios recibe y comprende la oración, la cual, al ser en lenguas mediada por el Espíritu Santo, es conforme a su voluntad.

(2) La segunda forma de intercesión es la oración del Espíritu con gemidos inexpressables que describe Pablo en Romanos 8: 26: “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (“αυτο το πνευμα υπερεντυγγανει υπερ ημων στεναγμοις αλαλητοις *auto: to pneuma juperentugjanei juper jemon stenagmois alalétois*”). Es interesante notar que Pablo menciona este tipo de intercesión casi al final del capítulo 8 donde ha desarrollado la temática de andar en o conforme al Espíritu (*kata pneuma*) opuesta a andar/vivir en y según la carne, la cual analizamos en páginas anteriores. Con respecto a esto, consideramos lo siguiente:

El creyente tiene una guerra contra la carne, el mundo y el diablo; éste usa los dos primeros para atacarlo constantemente, con el fin de vencerlo, volverlo a esclavizar y hacer que pierda su salvación; Satanás pretende lograr por estos medios, la carne y el mundo, que el creyente pierda su herencia, la promesa, la gloria venidera, la redención de su cuerpo y la esperanza de la salvación (Ro. 8: 18, 23, 24). Pero en esta guerra no estamos solos, tenemos el glorioso Espíritu Santo de Dios, quien nos ayuda, - pues por sí solos somos débiles en esta lucha -, intercediendo por nosotros con gemidos indecibles (Ro. 8: 26). Cuando Pablo dice “qué hemos de pedir” no se está refiriendo a cosas materiales, sino a la petición de ser guardados y obtener la victoria en esta guerra

contra el diablo, la carne y el mundo; se refiere a la petición de alcanzar la esperanza de la salvación finalmente, de obtener la redención de nuestro cuerpo (Ro. 8: 23, 24). Este gemido del Espíritu Santo se une con el nuestro: “y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (Ro. 8: 23).

En la segunda carta a los Corintios, nuevamente el apóstol Pablo habla de la oración del creyente con gemidos, por la obtención de la vida eterna, la entrada al cielo y la redención de su cuerpo: “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial...Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sin revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu” (2 Cor. 5: 2-4).

Pablo usa la forma en griego “στεναζομεν” (*stenádzomen*: gemimos) en Romanos 8: 23 y en 2ª de Corintios 5: 2 y 4; y “στεναγμοις” (*stenagmois*: gemidos) en Romanos 8: 26, provenientes de la misma raíz (*stenadzo*) que significa gemir por un sentimiento interno, inexpresado, de dolor⁸ (Vine, 1999, p. 390).

⁸ Esta oración de gemido la encontramos en otras partes del Nuevo Testamento; veamos: Jesús oró con gemido antes de hacer el milagro de sanidad del sordomudo: “Y levantando los ojos al cielo, gimió (*sténaksen*), y le dijo: Efata, es decir: Sé abierto. Al momento fueron abiertos sus oídos, y se desató la ligadura de su lengua, y hablaba bien” (Mr. 7: 34-35); y cuando los fariseos pidieron señal del cielo para tentarle: “Y gimiendo en su espíritu (*anastenáksas to pneumati autou*), dijo: ¿Por qué pide señal esta generación? De cierto os digo que no dará señal a esta generación” (Mr. 8: 12) (los resaltados y agregados en griego son nuestros); Jesús gimió en su espíritu al ver la dureza de corazón de los fariseos, pese a todas las señales que Él había hecho.

De la misma manera que se relacionan las expresiones sobre la oración en el Espíritu, “*en pneumati*” (Ef. 6: 8) y con el espíritu, “*to pneumati*” (1 de Cor. 14: 4), - la primera referida al Espíritu Santo y la segunda referida al creyente que ora en lenguas por el Espíritu Santo -, se vinculan la oración de gemidos indecibles del Espíritu y la oración de gemidos de los creyentes. En ambos casos se trata en realidad de una misma oración en la que el creyente se une al Espíritu Santo en la intercesión que le habla directamente a Dios conforme a su voluntad; y que también usamos para ir contra las potestades, principados y huestes Espirituales de maldad.

La creación gime, los creyentes gemimos, el Espíritu Santo gime. ¡El Señor quiere una iglesia que gima por la bendición Espiritual de la salvación eterna, uniéndose al gemido del Espíritu!; no desea una iglesia que ore y clame por las cosas terrenales, corruptibles, perecederas, efímeras, vanidades ilusorias, la comida que perece.

El objetivo principal del diablo no es robarnos las cosas materiales o arruinarnos económicamente, es hurtarnos la salvación; por eso Jesús dijo que: “El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Jn. 10: 10); esto se aplica para toda la humanidad perdida, pero también para el creyente, pues el Señor dice: “He aquí, yo vengo pronto; reten lo que tienes, para que ninguno tome tu corona” (Ap. 3: 11); este es el mensaje a la iglesia de Filadelfia, la cual retenía, cuidaba y ponía por obra la Palabra de Cristo, y a la que se le prometió ser guardada de la hora de la prueba que vendrá sobre el mundo (la Tribulación). Cuando el Señor dice “reten lo que tienes”, se refiere a la salvación que esta iglesia poseía por ser fiel y obediente a la Palabra de Dios; pero el Espíritu Santo le hace una advertencia: “que ninguno tome tu corona”; el verbo “tomar” aquí es en griego, “λαβη” (*lábe*), cuyo sentido en el

contexto es “robar, quitar, arrebatarse, llevarse”. La iglesia de Cristo debe retener, aferrarse, mantener con firmeza la salvación que recibió por gracia, para que Satanás, que es el ladrón, homicida y destructor, no se la arrebatase.

La manera como la iglesia puede retener lo que le fue dado, la salvación, es viviendo en el Espíritu, en santidad, en obediencia a la Biblia, sometándose a Dios y resistiendo al diablo para que huya, no cediendo a sus tentaciones de la carne y del mundo; buscando el rostro de Dios, orando en su idioma materno, pero también usando la poderosa arma de la oración en el Espíritu, en lenguas y con gemidos.

Para concluir este apartado de la victoria del creyente sobre la carne, el mundo y el diablo, podemos decir que vivir una vida en el Espíritu nos permite desechar las obras de la carne y mantenernos apartados del mundo; por lo tanto, podemos vencer los ataques de Satanás para que no nos robe la salvación. Debemos dar gracias a Dios porque nos ha dado todo para ser salvos y alcanzar la promesa: nos ha dado a Cristo cuyo sacrificio perfecto nos limpia del pecado, nos justifica y redime; nos ha otorgado su Santo Espíritu que mora en nosotros, es el sello y las arras de la herencia eterna; nos ha dejado su Palabra; nos ha dado la oración, en los idiomas humanos, en el Espíritu y con gemidos indecibles; nos ha dejado la iglesia en la que nos exhortamos, enseñamos, fortalecemos y edificamos unos a otros; además de todo esto, el mismo Señor Jesús intercede como nuestro sacerdote delante del Padre y el Espíritu Santo también clama por nosotros. ¡Demos gloria a Dios por todas estas bendiciones Espirituales! ¡Aleluya!

Por lo tanto, no hay excusa para apartarnos del Dios vivo, no hay justificación para alejarnos de su gloriosa presencia; no hay motivo para desechar el galardón de la salvación, la perla de gran precio, el tesoro

escondido; no hay argumento que nos lleve a despreciar el llamado a la ciudad celestial, la Nueva Jerusalén, a la congregación de los primogénitos inscritos en el cielo, a la compañía de miríadas de ángeles y del Dios vivo que nos amó y nos rescató. No hay ninguna razón para dejar este glorioso evangelio, para separarnos de la vida verdadera, para cambiar el Reino eterno incorruptible y glorioso, por el reino de este mundo, efímero, corruptible, lleno de inmundicia, de dolor, de maldad, de sufrimiento y muerte.

5.4. PODER DEL ESPÍRITU SANTO EN EL CREYENTE: EL FRUTO DEL ESPÍRITU

Hemos analizado en páginas anteriores que la Biblia nos manda a vivir, a andar en el Espíritu y a no satisfacer los deseos de la carne (Gál. 5: 16), por cuanto los designios de la carne son enemistad para con Dios. Pablo describe las obras de la carne que se oponen al fruto del Espíritu; veamos (Gál. 5: 19-22) (Stamps, 1993, pp.1678-1679):

- Adulterio (gr. *Moiyeia*): relaciones sexuales de una persona casada con otra diferente a su cónyuge.
- Fornicación (gr. *Porneia*): se refiere a todo comportamiento y relaciones sexuales inmorales; también se refiere a la pornografía y prácticas asociadas.
- Inmundicia (gr. *Akatarsia*): pecados sexuales; se refiere también a obras, pensamientos y deseos malvados del corazón.
- Lascivia (gr. *Aselgeia*): tener deseos y malas pasiones que llevan a la pérdida de la vergüenza y la decencia.
- Idolatría (gr. *Eidololatría*): se remite tanto a la adoración de imágenes, o cualquier objeto tallado; como a considerar algo o alguien con igual o mayor importancia que Dios.
- Hechicerías (gr. *Farmakeia*): brujería, toda clase de práctica de espiritismo, las llamadas magia negra, blanca, vudú; en general,

- todo tipo de brujería; adoración a Satanás y sus demonios; también se refiere al uso de drogas para producir “experiencias espirituales”.
- Enemistades (gr. *Ectra*): odio, aversión, antipatía e intenciones y acciones hostiles.
 - Pleitos (gr. *Eris*): antagonismos, peleas; lucha por la superioridad.
 - Celos (gr. *Zelos*): resentimiento, envidia del éxito de otro.
 - Iras (gr. *Tumos*): enojo explosivo que aumenta hasta que llegar a agresiones verbales y físicas.
 - Contendas (gr. *Eriteia*): búsqueda de poder.
 - Disensiones (gr. *Dicostasia*): introducción de enseñanzas divisorias no respaldadas por la Palabra de Dios.
 - Herejías (gr. *Jairesis*): división de la congregación en grupos egoístas o engrupamientos que destruyen la unidad de la iglesia.
 - Envidias (gr. *Ftonos*): antipatía de alguien que desea lo que otro tiene.
 - Homicidios (gr. *Fonos*): dar muerte a alguien con malicia.
 - Borracheras (gr. *Mete*): embriaguez y deterioro del control físico y mental por la acción de las bebidas alcohólicas.
 - Orgías (gr. *Kromos*): fiestas, reuniones desenfrenadas en las que hay licor, sexo, drogas y toda clase de inmundicia.

De la lista anterior se puede extraer una clasificación:

Pecados sexuales	Idolatrías	Pecados referidos a la exaltación del Yo	Desenfrenos De falso gozo
Adulterio	Idolatría	Enemistades	Borracheras
Fornicación	Hechicerías	Pleitos	Orgías
Inmundicia		Celos	
Lascivia		Iras	
		Contiendas	
		Disensiones	
		Herejías	
		Envidias	
		Homicidios	

La amonestación del Señor a través del apóstol Pablo, es que quienes practican estas obras de la carne no heredarán el Reino de Dios (Gál. 5: 21); por lo cual se nos dice: “Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu” (Gál. 5: 25); “vivir por el Espíritu” apunta a la regeneración y “andar por el Espíritu” se remite a la santificación.

Pablo trata nuevamente el tema de las obras de la carne en Colosenses 3: 5-9: “Haced morir, pues lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría... Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros”. Como se observa, se sigue manteniendo la clasificación que organizamos en el cuadro de arriba.

Opuesto a las obras de la carne está el fruto del Espíritu: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, fe (fidelidad), mansedumbre y templanza; veamos cada parte de este fruto:

Amor (gr. *Ágape*):

Es la principal parte del fruto, por lo cual encabeza la lista; en Colosenses 3: 14 Pablo lo reitera: “Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto”. En 1 de Corintios 13: 1-3, nuevamente destaca la preeminencia del amor por encima de los dones Espirituales: “Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy”. También aquí el apóstol da la definición de amor: “es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace

nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1 Cor. 13: 4-7); termina el apóstol diciendo “Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor (1 Cor. 13: 13). Nótese que en el amor se resume el fruto del Espíritu Santo: benignidad, (es benigno), bondad (no hace nada indebido), gozo (se goza de la verdad), paciencia (todo lo sufre, todo lo espera), paz (no se irrita, no guarda rencor), fe (todo lo cree), templanza (todo lo soporta).

Gozo (gr. *Jara*):

Consiste en la alegría que el creyente debe mantener siempre por estar en Cristo; Pablo dice: “Regocijaos en el Señor, siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” (Fil. 4: 4). La Biblia nos habla de muchas razones por las cuales tener gozo; veamos:

- El gozo de la salvación (Sal. 51: 12. Is. 12: 3).
- El gozo de la Palabra de Dios (Sal. 119: 111. Col. 1: 6).
- El gozo por esperanza de la venida de Cristo (Is. 35: 10).
- El gozo por la presencia de Dios (Sal. 16: 11).
- El gozo porque nuestros nombres están escritos en el cielo (Lc. 10: 17).
- El gozo por ser morada del Espíritu Santo (Hch. 13: 52. Ro. 14: 17. Gal. 5: 22).
- El gozo de la fe (Ro. 15: 13. 1 P 1: 8-9).
- El gozo de la santidad (Col. 1: 10-14).
- El gozo por el arrepentimiento de un pecador (2 Cor. 7: 9).
- El gozo de anunciar a Cristo (Fil. 1: 18).
- El gozo por cumplir el ministerio (Hch. 20: 24).
- El gozo por la unidad del cuerpo de Cristo (Fil. 2: 2).

- El gozo por la obediencia de los hermanos (Ro. 16: 19. 1 Ts. 2: 20. 3 Jn. 1: 4).
- El gozo por las debilidades en cuanto a situaciones y estados que nos llevan a reconocer en humildad, que Cristo es nuestra fortaleza; situaciones como: enfermedades, afrentas, necesidades, persecuciones, angustias (2 Cor. 12: 7-10).
- El gozo por la prueba, porque entendemos que Dios nos está enseñando, moldeando como alfarero que es sobre nuestras vidas de barro (Stg. 1: 2).
- El gozo por la alabanza a Dios (Sal. 81: 1. Sal. 92: 4).
- El gozo por el servicio en la obra del Señor (Ro. 12: 11).

Paz (gr. *Eirene*):

Se refiere al sosiego en el espíritu y el alma, el descanso que se obtiene por estar en Cristo y depender de Él. La fuente primaria de la paz en el creyente es el tener paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo (Ro. 5: 1). A esto fue que se refirió Jesús cuando dijo: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da” (Jn. 14: 27).

La Biblia también nos enseña que el medio para obtener esta paz como parte del fruto del Espíritu, es no estar afanosos por nada, sino orar y dar gracias al Señor en todo: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Fil. 4: 6-7).

La paz permite que se guarde la unidad del Espíritu en el cuerpo de Cristo: “solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef. 4: 3).

Paciencia (gr. *Makrotumia*):

Se define como la constancia y la espera sin desesperación ni angustia; asumir con tranquilidad la vida, sabiendo que Dios nos sostiene y nos guarda. Esta parte del fruto nos ayuda a evitar conflictos con los hermanos: “con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor” (Ef. 4: 2).

Así como la Biblia nos habla de cómo se obtiene la paz, también nos enseña cómo se obtiene la paciencia; y es a través de la prueba de la fe y de las tribulaciones: “...sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna”; “Y no solo esto, sino que nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza” (Ro. 5: 3-4). En medio de las pruebas, tribulaciones y problemas, el Espíritu Santo nos fortalece y nos permite obtener las enseñanzas que Dios quiere que aprendamos, entre ellas, la paciencia.

Es interesante notar que en el Nuevo Testamento se asocia la paciencia a las tribulaciones de los creyentes, en especial por causa del servicio en la obra del Señor y por causa de la fe en Cristo; así lo expresa Pablo en 2 de Timoteo 3: 10-11: “Pero tú has seguido mi doctrina, conducta, propósito, fe, longanimidad, amor, paciencia, persecuciones, padecimientos...” (cf. 2 Cor. 12: 12; 2 Ts. 1: 4). En efecto, donde más se evidencia la importancia de esta parte del fruto es en las situaciones difíciles en las que necesitamos estar firmes por el Espíritu Santo para no desmayar, no desanimarnos ni apartarnos del evangelio de Cristo. El Señor nos manda a que corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante (He. 12: 1), que tengamos paciencia hasta la venida del

Señor: “Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca... Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor. He aquí tenemos por bienaventurados a los que sufren. Habéis oído de la paciencia de Job...” (Stg. 5: 7-11).

El Señor hace mucho énfasis en la paciencia necesaria del creyente, porque Satanás puede atacarlo poniendo duda sobre las promesas de Dios en cuanto a la obtención de la herencia en el cielo y la venida de Cristo; el enemigo intentará entonces llevar a los creyentes a la impaciencia; por eso, la Biblia nos exhorta a que “cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza, a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas” (He. 6: 11-12). Esta paciencia es la que destaca Jesús en la iglesia de Éfeso: “Y conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia...y has sufrido y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre” (Ap. 2: 2-3). En síntesis, la iglesia de Cristo necesita la paciencia para guardar la Palabra de Dios y la fe: “Por cuanto has guardado la Palabra de mi paciencia” (Ap. 3: 10), “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe en Jesús” (Ap. 14: 12).

Benignidad (gr. *Crestoles*):

Se refiere a desearle todo bien al prójimo; en varios pasajes se relaciona con la misericordia: “Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros”

(Ef. 4: 32), “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad” (Col. 3: 12). En Efesios 4: 32, Pablo nos dice que la benignidad y la misericordia nos llevan a perdonar, lo cual se relaciona con estos atributos de Dios que conducen al arrepentimiento para obtener su perdón: “¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?” (Ro. 2: 4). La benignidad también se manifiesta en no causarle daño, dolor u ofensa al prójimo.

Bondad (gr. *Agatosune*):

Se define como el aborrecimiento del mal; la bondad es un atributo de Dios y se refiere a que Él es bueno en todo lo que hace, dice y piensa; no hay ningún mal en Él; como parte del fruto, nos lleva a pensar, decir y hacer el bien (Fil. 4: 8). Tanto la benignidad y la bondad se manifiestan en el deseo y la acción de predicar el evangelio a todos para que lleguen al arrepentimiento, se conviertan y sean salvos; de la misma manera que la benignidad del Señor nos guía al arrepentimiento (Ro. 2: 4).

Fe, fidelidad (gr. *Pistis*):

En general, se define como la lealtad o fidelidad constantes de una persona hacia otra con la que se tiene un vínculo y compromiso. Nuestra fe principalmente es hacia Dios; fe para obtener la salvación “porque con el corazón se cree para justicia” (Ro. 10: 10) y fe para guardarla, pues el Señor nos exhorta a ser fieles hasta la muerte: “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (Ap. 2: 10); “...obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas” (1 P. 1: 9). Al igual que el amor, la fe está definida en las Escrituras: “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”

(He. 11: 1). Es necesario ubicar esta definición en la extensa ilustración que el escritor de Hebreos realiza para expresar el pleno sentido de la fe; todos los ejemplos que ofrece, se sintetizan en que se tiene fe en la existencia de Dios, en su ser, atributos, promesas y acciones: “Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (He. 11: 6).

La fe es un escudo que nos permite repeler y resistir los ataques del diablo (Ef. 6: 16; 1 P. 5: 9); también es una coraza (1 Ts. 5: 8), fortalece y consuela (1 Ts. 3: 7), es probada (1 P. 1: 7).

No podemos confundir esta fe bíblica cuya meta es la salvación de nuestras almas (la corona de la vida), con la confesión de fe positiva, error doctrinal que corre en todo el mundo cuyo objetivo es la declaración de la obtención de bienes materiales, fama, poder y éxito en la sociedad; esta equivocación ha llegado al extremo de plantear que se puede “decretar” el desencadenamiento de hechos y la recepción de cosas materiales como si el creyente fuera Dios. Es esta una fe falsa basada en la soberbia, orgullo y altivez de algunos que se han extraviado de la verdadera fe y han olvidado que quien decreta es Dios y hace todo según su voluntad soberana, buena, agradable y perfecta, ante la cual los creyentes debemos someternos en humildad, fidelidad y obediencia.

Mansedumbre (gr. *Prautes*):

Se define como la moderación acompañada de fortaleza; se opone a la ira, el enojo y la violencia. Jesús dice en el Sermón del Monte: “Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por

heredad” (Mt. 5: 5), refiriéndose a los que se postran delante de Dios con toda humildad. Hay entonces una relación entre la mansedumbre y la humildad, que el mismo Cristo establece: “...y aprended de mí, que yo soy manso y humilde de corazón” (Mt. 11: 29); Pablo reitera esta asociación en las cartas a los colosenses y a los efesios: “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia...Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne vuestros corazones” (Col. 3: 12-15); “...con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia” (Ef. 4: 2); también relaciona la mansedumbre a la ternura: “Yo Pablo, os ruego por la mansedumbre y ternura de Cristo” (2 Cor. 10: 1).

Esta parte del fruto se aplica a varias situaciones; veamos: (a) corregir y restaurar a los hermanos dentro de la iglesia cuando han cometido alguna falta: “¿Qué queréis? ¿Iré a vosotros con vara, o con amor y espíritu de mansedumbre?” (1 Cor. 4: 21); “Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois Espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado” (Gál. 6: 1). (b) La mansedumbre también debe ser usada en la enseñanza y corrección doctrinal: “Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad” (2 Tim. 2: 24-25). (c) La mansedumbre también se aplica a la defensa del evangelio: “...sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 P. 3: 15).

Finalmente, la mansedumbre también nos permite recibir la Palabra de Dios y atesorarla en nuestro corazón: “Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas” (Stg. 1: 21).

Templanza (gr. *Egkrateia*)

Es la última parte del fruto del Espíritu y se define como el dominio propio ante las tentaciones, en especial las referidas a los deseos y pasiones de la vieja naturaleza. El Espíritu Santo nos da este dominio para rechazarlas. La templanza se opone al espíritu de cobardía: “no nos ha dado Dios espíritu de cobardía sino de poder, amor y dominio propio” (2 Tim. 1: 7). Esta parte del fruto es importante para el servicio en la obra del Señor, en particular, para la predicación de la Palabra; justamente es éste el contexto en el que Pablo menciona el dominio propio, pues en el verso anterior (2 Tim. 1: 6), dice: “Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos”; y en el verso siguiente (1: 8) agrega: “Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor”.

5.5. LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO: PODER PARA LA EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA

Hemos analizado el fruto del Espíritu Santo en el ítem anterior; ahora es necesario que estudiemos los dones que Él otorga para la edificación del cuerpo de Cristo. Éstos se pueden clasificar en dos tipos: (a) los dones de ministerio de la iglesia; (b) los dones como manifestaciones del Espíritu Santo por medio de los creyentes; veamos (Stamps, 1993, pp.1605-1607):

Los Dones de Ministerio de la Iglesia		
Don	Textos referenciados	Ejemplos
Apóstoles comisionados en particular por Jesús	Hch. 4: 33-37; 5: 12, 18-42; 6: 6; 8: 14, 18; 9: 27; 11: 1; 15: 1-6, 22-23; 16: 4; 1 Cor. 9: 5; 12: 28-29; Gál. 1: 17; Ef. 2: 20; 4: 11; Jud 17.	Doce apóstoles: Mt. 10: 2; Hch. 1: 15-26 Pablo: Ro. 1: 1; 11: 13; 1 Cor. 1: 1; 9: 1-2; 15: 9-10.
Apóstol en general	Hch. 13: 1-3; 1Cor. 12: 28-29; Ef. 4: 11.	Bernabé: Hch. 14: 4, 14 Andrónico y Junías: Ro. 16: 7. Tito y otros: 2 Cor. 8: 23 Epafrodito: Fil. 2: 25. Jacobo (Santiago), hermano de Jesús (Gál. 1: 19).
Profetas	Ro 12: 6; 1 Cor. 12: 10; 14: 1-33; Ef. 4: 11; 1 Ts. 5: 20-21; 1 Ti 1: 18; 1 P. 4: 11; 1 Jn 4: 1-3.	Pedro: Hch. 2: 14-40; 3: 12-26; 4: 8-12; 10: 24-44; Pablo: Hch. 13: 1, 16-41 Bernabé: Hch. 13: 1 Lucio: Hch. 13: 1 Simón: Hch. 13: 1 Manaén: Hch. 13: 1 Agabo: Hch. 11: 27-28; 21: 10 Judas y Silas: Hch. 15: 32 Juan: Ap. 1: 1, 3; 10: 8-11; 11: 18.
Evangelistas	Ef. 4: 11	Felipe: Hch. 8: 5-8, 26-40; 21: 8 Pablo: Hch. 26: 16-18.
Pastores (ancianos u obispos)	Hch. 14: 23; 15: 1-6, 22-23; 16: 4; 20: 17-38; Ro. 12: 8; Ef. 4: 11-12; Fil. 1: 1; 1 Tim. 3: 1-7; 5: 17-20; Tit 1: 5-9; He. 13: 17; 1 P. 5: 1-5.	Timoteo: 1 Tim. 1: 1-4; 4: 12-16; 2 Tim. 1:1-6; 4: 2, 5. Tito: Tit. 1: 1-6; 4: 2, 5. Pedro: 1P. 5: 1. Juan: 1Jn. 2: 1, 12-14. Gayo: 3 Jn. 1-7.
Maestros	Ro. 12: 7; Ef. 4: 11-12; Col. 3: 16; 1 Tim. 3: 2; 5: 17; 2 Tim. 2: 2, 24	Pablo: Hch. 15: 35; 20: 20; 28: 31; 1 Cor. 4: 17; 1 Tim. 1: 5; 4: 16; 2 Tim. 1: 11. Bernabé: Hch. 15: 35. Apolos: Hch. 18: 25-28. Timoteo: 1 Cor. 4: 17; 1 Tim. 1: 3-5; 4: 11-13; 6: 2; 2 Tim. 4: 2. Tito: Tit. 2: 1-3, 9-10.
Diáconos	Ro. 16: 1-2; Hch. 6: 1-6; 1 Tim. 3: 8-12	Los siete diáconos: Hch. 6: 5 Febe: Ro. 16: 1, 2.

5.5.1. DONES DE MINISTERIO A LA IGLESIA

Estos dones son otorgados por el Señor Jesucristo para: (a) perfeccionar a los santos para la obra del ministerio (Ef. 4: 12); (b) para el crecimiento y el desarrollo Espiritual del cuerpo de Cristo conforme a la voluntad de Dios; para edificarlo y llegar a la unidad de la fe y a la estatura de Cristo (Ef. 4: 13-16).

Apóstoles

El término “apóstol” viene del verbo *apóstelo* (gr.) que significa “enviar a alguien en una misión especial como mensajero y representante de una iglesia”; se aplica a los misioneros de la iglesia primitiva, quienes tenían un liderazgo espiritual, estaban ungidos para contrarrestar los poderes de la oscuridad y confirmar el evangelio con milagros. Su labor era la plantación de iglesias afirmadas en la Palabra de Dios.

Tres características encontramos en el apóstol, las cuales podemos deducir de la vida y los planteamientos de Pablo: (a) el sufrimiento, (b) los poderes milagrosos; y (c) la humildad.

La primera característica la observamos en la primera carta de Pablo a los Corintios: “Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como a postreros, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres...hasta esta hora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución y la soportamos. Nos difaman, y rogamos; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos” (1

Cor. 4: 9-13). ¡Cuán lejana está esta descripción de los “apóstoles” modernos que se autodenominan así para señalar el máximo nivel de poder y privilegio en la iglesia, los que andan en autos lujosos, viven en viviendas lujosas, visten ropas lujosas, todo a costa de la predicación de un evangelio de prosperidad falso y corrompido; pero en ellos se cumple la palabra profética que el Espíritu Santo le da a la iglesia de Éfeso: “has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos” (Ap. 2: 2); y a ellos se les aplica el nombre que Pablo usó en la segunda carta a los corintios: “...estos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles” (2 Cor. 11: 13). Él mismo sabía por el Espíritu Santo que en los postreros tiempos habría personas que se autodenominarían “apóstoles”; por ello dice de sí mismo: “Pablo, apóstol (no de hombres ni por hombre, sino de Jesucristo y por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos)” (Gál. 1: 1). El apostolado lleva consigo el sufrimiento, por cuanto predicar la Palabra genuina y plantar iglesias en todo el mundo, no es tarea fácil y tiene numerosas oposiciones y persecuciones que el diablo orquesta para impedir que la Palabra corra y sea glorificada, para evitar la salvación de las almas y la extensión del evangelio.

La segunda característica corresponde a los poderes milagrosos y nuevamente Pablo nos aclara el punto: “Con todo, las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, por señales, prodigios y milagros” (2 Cor. 12: 12).

Finalmente, la tercera característica del apóstol es la humildad; y una vez más Pablo es el ejemplo vivo, pues habiendo sido un siervo grandemente usado por Dios en milagros, señales, prodigios, dones y ministerios, dice de sí mismo: “Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la

iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo” (1 Cor. 15: 9-10).

Es importante señalar que las tres características del apóstol descritas anteriormente, van juntas, no se pueden separar; porque hoy en día tenemos falsos apóstoles que hacen supuestos milagros y prodigios, pero no provenientes de Dios; y sus vidas no demuestran ni humildad, ni disposición a sufrir y padecer por la obra.

En conclusión, el término “apóstol” se aplica a los que fueron elegidos y comisionados por Jesús para establecer la iglesia, predicar y enseñar el mensaje auténtico del evangelio, sobre el cual debe basarse nuestra iglesia de hoy en día: “...edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Ef. 2: 20-22). El Señor nos exhorta a que recordemos permanentemente sus mandamientos dados a través de sus apóstoles: “Amados, esta es la segunda carta que os escribo, y en ambas despierto con exhortación vuestro limpio entendimiento, para que tengáis memoria de la palabras que antes han sido dichas por los santos profetas, y del mandamiento del Señor y Salvador dado por vuestros apóstoles” (2 P. 3: 1-2).

Las características y obras de los apóstoles de la iglesia primitiva, también se aplican a los de hoy en día; son los verdaderos misioneros llenos del Espíritu Santo que predicán el evangelio con poder y van plantando iglesias en todo el mundo, sin importarles el sufrimiento, la persecución, las torturas y la muerte.

Profetas

El ministerio profético del Nuevo Testamento no difiere del encontrado en el Antiguo, en cuanto a origen y propósito. Dios enviaba al profeta como su vocero para que proclamara su Palabra, lo cual realizaba bajo la unción del Espíritu Santo quien venía sobre ellos, en el caso del Antiguo Testamento, y estaba en ellos, en el caso del Nuevo Pacto. Su mensaje tenía el objetivo de: exhortar, consolar, edificar, animar (Hch. 2: 14-36; 3: 12-26; 1 Cor. 12: 10; 14: 3). La exhortación implicaba la denuncia del pecado, el llamado al arrepentimiento verdadero, la advertencia contra la carnalidad, tibieza y mundanalidad en el pueblo de Dios y el anuncio del juicio del Señor; la consolación implicaba la proclamación de su bendición por el cumplimiento de los mandamientos, por la obediencia a su Palabra; y la edificación implicaba la restauración del pecador a la comunión con el Señor, la cual era el objetivo del profeta, conforme a la voluntad de Dios.

Los profetas a veces eran llamados “videntes” (1 Cr. 29: 29); también predecían el futuro (Hch. 1: 28; 21: 10-11) y poseían las siguientes características (Stamps, 1993, p. 1691): (a) tienen el carácter, la obligación, el deseo y la capacidad para tener celo por la pureza de la iglesia (Jn. 17: 15-17); 1 Cor. 6: 9-11; Gál. 5: 22-25); (b) tienen la profunda sensibilidad ante el mal y la injusticia, las cuales aborrece (Ro. 12: 9; He. 1: 9); (c) poseen un gran discernimiento para detectar las falsas enseñanzas, los falsos maestros y profetas, declarando el peligro que representan (Mt. 7: 15; 24: 11, 24; Gál. 1: 9; 2 Cor. 11: 12-15); (d) Su mensaje siempre está conforme a la Palabra de Dios, la cual lo respalda y confirma plenamente; el verdadero profeta nunca tergiversa, añade o suprime algo de las Escrituras (Lc. 4: 17-19; 1 Cor. 15: 3-4; 2 Tim. 3: 16; 1 P. 4: 11); (e) posee un deseo ferviente del cumplimiento de

los mandamientos y la voluntad de Dios en la iglesia para que ésta logre alcanzar las promesas y triunfe con la salvación.

Es importante señalar que si la iglesia recibe un mensaje de alguien que se dice o es reconocido como profeta, éste debe ser probado mediante tres medios: (a) la evaluación de la iglesia; (b) la evaluación de otros profetas; (c) la confrontación con la Palabra de Dios. Es necesario que la iglesia discierna cada mensaje que sea dado por los profetas (1 Cor. 14: 29-33; 1 Jn. 4: 1), especialmente en este tiempo, al final del presente siglo, pues ya se está cumpliendo la profecía bíblica sobre los falsos profetas y maestros que entran encubiertamente a la iglesia, guiados por espíritus de error, espíritus de mentira que proclaman las doctrinas de demonios como si fueran doctrinas bíblicas.

La necesidad de los profetas en la iglesia de hoy es crucial, pues son los usados por Dios para tratar de impedir que sus miembros sucumban ante la mundanalidad, la carnalidad, la decadencia espiritual y el acomodo de las verdades bíblicas (1 Cor. 14: 3).

Hoy en día se ha levantado una serie de autodenominados “profetas” que aparentan proclamar el Evangelio, predicen prosperidad, fama, éxito social, político, que están llevando a muchos a poner la mirada en las cosas del mundo, en los bienes materiales, en lo terrenal; estos falsos profetas no amonestan o reprenden, no exhortan, no dan mensajes de juicio, no hablan de arrepentimiento de los pecados ni de santidad y permanentemente contradicen la Palabra de Dios; su mensaje no es de consolación y edificación, pues contribuir a que los regenerados pierdan su salvación, es proclamación de dolor, muerte y destrucción. Estos falsos profetas son verdaderos homicidas y ladrones usados por Satanás para hurtar, matar y destruir, no proclaman la vida en abundancia que Cristo da.

Evangelistas

Este ministerio se refiere a los que predicán el evangelio a los no salvos, con el poder del Espíritu Santo; pese a que todos estamos llamados a dicha labor por la Gran Comisión (Mt. 28: 19-20), Dios unge especialmente a algunos con este ministerio, quienes muestran un espíritu ferviente para ir a todo lugar a predicar la Palabra y ganar almas para Cristo. Un ejemplo lo encontramos en los discípulos que fueron esparcidos después de la muerte de Esteban: “Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio” (Hch. 8: 4) y en Felipe el evangelista (Hch. 21: 8) quien poseía las características de este ministerio, las cuales son: (a) Ir a los lugares donde hay necesidad del evangelio: “Entonces, Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria” (Hch. 8: 5); (b) predicar a Cristo, la esencia del evangelio: “...les predicaba a Cristo” (Hch. 8: 5); (c) hacer señales por el Espíritu Santo: “Y la gente, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía. Porque de muchos que tenían espíritus inmundos, salían éstos dando grandes voces; y muchos paralíticos y cojos eran sanados” (Hch. 8: 7); (d) preocuparse porque los que obtienen la salvación reciban el bautismo del Espíritu Santo (Hch. 8: 12-17; cf. 19: 1-6).

Pastores

Son los elegidos por Jesús para supervisar, cuidar, apacentar las ovejas por amor a Cristo (cf. Jn. 21: 15-17); lo que se traduce en cuidar de sus almas para que no pierdan la salvación. También se denominan obispos y ancianos (Hch. 20: 28; Tit. 1: 5; 1 Tim. 3: 1; Tit. 1: 7). Podemos analizar sus requisitos, características y funciones a partir de varios pasajes bíblicos como Tito 1: 5-9 y del estudio de pastores como Pablo, Timoteo y el mismo Tito; veamos: (a) Miran por ellos mismos y por

todo el rebaño en cuanto a cuidarlo de las falsas doctrinas, de hombres perversos, lobos rapaces que quieren arrastrar a los discípulos tras sus errores (Hch. 20: 28-30); (b) predicán la sana doctrina, amonestando a los creyentes (Hch. 20: 31); (c) oran, interceden delante de Dios y de manera permanente por el rebaño (Hch. 20: 32); (d) consuelan y fortalecen al rebaño en cuanto a la fe de que Dios hace la obra y cumplirá sus promesas (Hch. 20: 32); (e) no codician bienes materiales del rebaño, no se aprovechan de él, no reclaman lo material como derecho, antes enseñan a dar en lugar de recibir y a que las ovejas se ayuden entre sí. Si es necesario trabajar para no ser gravoso a la iglesia que está en necesidad, lo hacen (Hch. 20: 33-35).

En cuanto a los requisitos de los pastores, veamos lo que nos dice Pablo en Tito 1: 5-9: (a) debe ser irreprochable; es decir, que no tenga nada digno de reproche y que sea de buen testimonio (Tit. 1: 6; cf. 1 Tim. 3: 2, 7); (b) debe ser marido de una sola mujer (Tit. 1: 6; cf. 1 Tim. 3: 2), es decir que no puede estar en adulterio; (c) debe tener hijos creyentes, que no estén acusados de disolución ni de rebeldía (Tit. 1: 6 cf. 1 Tim. 3: 4); (d) no debe ser soberbio, iracundo, ni pendenciero (Tit. 1: 7 cf. 1 Tim. 3: 3); (e) no debe probar ningún licor (Tit. 1: 7 cf. 1 Tim. 3: 3); (f) no debe ser codicioso (Tit. 1: 7 cf. 1 Tim. 3: 3); (g) debe ser hospedador, amante de lo bueno, sobrio, justo, santo, con dominio propio (Tit. 1: 8 cf. 1 Tim. 3: 2); (h) debe retener la Palabra fiel tal cual está en la Biblia, para que pueda exhortar con sana enseñanza y pueda convencer a los que se oponen (Tit. 1: 9); (i) no debe ser engañador, ni trastornar a los creyentes enseñándoles a obtener ganancia (Tit. 1: 11); (j) debe reprender duramente a los que enseñan vanidades y trastornan a los creyentes por ganancia (Tit. 1: 13); (k) debe hablar, exhortar y reprender con autoridad con respecto

a que se debe renunciar a los deseos mundanos y vivir sobria, justa y piadosamente, con la mirada puesta en la esperanza de la venida de Cristo en gloria, recordándoles permanentemente que el Señor se dio a sí mismo para redimirnos de toda iniquidad y purificarnos a fin de hacer un pueblo propio santo e irreprochable (Tit. 2: 12-15); (l) debe recordarle al rebaño constantemente la manera diaria de vivir, en familia (Tit. 2: 3-10), en la sociedad (Tit. 3: 1-2); (ll) debe enseñarle que no esté ocioso, sino que se ocupe en buenas obras y dé fruto (Tit. 3: 8, 14); (m) no debe ser un neófito, un recién convertido o con poco tiempo de estar en el evangelio, pues puede envanecerse del pastoreo y caer en lazo del diablo (cf. 1 Tim. 3: 6); (n) debe ser maestro (Ef. 4: 11); esto se corrobora en la enumeración que hace Pablo, que incluye la partícula griega de unión “*kai*” solamente en “pastores y maestros”, lo cual implica relación entre los dos elementos: “*καὶ αὐτοὺς ἔδωκεν τοὺς μὲν ἀποστόλους τοὺς δὲ προφῆτας τοὺς δὲ εὐαγγελιστάς τοὺς δὲ ποιμένας καὶ διδασκάλους*; *tous men apostolous, tous de prophetas, tous de evaggelistas, tous de poiménas kai didaskalous*”, “unos apóstoles; otros, profetas; otros, evangelistas; y otros, pastores y maestros”.

Maestros

Las características que observamos en el ítem anterior sobre los pastores, se aplican también a los maestros, en lo que respecta a la enseñanza de la Palabra, la sana doctrina. Pero, podemos observar otras a partir del análisis de pasajes que tratan el tema y de los ejemplos de maestros, de los cuales Cristo es el principal modelo. Los maestros tienen las siguientes características y objetivos: (a) poseen el don de enseñanza; (b) instruyen en la sana doctrina; (c) exhortan con sabiduría (Col. 3: 16); para enseñar deben: (d) ser fieles, aptos e idóneos (1 Tim. 3: 2;

2 Tim. 2: 2); (e) poseer un espíritu fervoroso (Hch. 18: 25); (f) tener diligencia (Hch. 18: 25); (g) tener denuedo (Hch. 18: 26); (h) refutar con vehemencia basado en las Escrituras a los que se oponen y las contradicen abiertamente (Hch. 18: 28); (i) enseñar la doctrina bíblica, cristocéntrica (1 Tim. 1: 3).

El maestro posee como fines la comunicación de la Palabra viva, Cristo (Jn. 1: 1), de la Palabra escrita, la Biblia, la cual es útil para enseñar, redargüir, corregir e instruir en justicia (2 Tim. 3: 16); debe hacer partícipe a los que enseña (Gál. 6: 6), con efectividad y unción del Espíritu Santo (1 Jn. 2: 27). Finalmente, la enseñanza incluye un sentido del don y de llamado (Ro. 12: 7. Ef. 4: 11).

La Biblia nos enseña que el maestro debe ser un siervo apto para enseñar, no desde una posición desde el poder, sino en una simetría; es decir, no debe estar encima de los discípulos sino entre ellos. Jesús enseñó claramente esto cuando aseveró que no vino para ser servido sino para servir y cuando respondió a la petición de Santiago y Juan (Mt. 20: 25-28). Un maestro debe también ser modelo, como el Señor lo fue, pues Él enseñó con su ejemplo, demostraba la verdad con su vida. Su meta debe ser la conformación de una persona enteramente creyente en Cristo que piense, viva y actúe como verdadero creyente, tal como la Biblia dice que todo lo que hagamos, de palabra o de hecho, sea en el nombre del Jesucristo y para la gloria de Dios (Col. 3: 17; 1 Cor. 10: 31). La meta del maestro es enseñar a que los discípulos se ocupen de su salvación, que anhelan alcanzar la promesa de la vida eterna, para lo cual su propósito es que ellos alcancen madurez (He. 5: 11-14; 6: 1-2; cf. 1 Cor. 2: 6-7).

Diáconos

Este ministerio lo encontramos en varios apartes de la Biblia. Veamos los requisitos que da el apóstol Pablo sobre estos ministros que tienen el don de servicio y ayudan en la iglesia en cualquier actividad (Ro. 16: 1-2). Las Escrituras nos hablan de los siete diáconos que fueron elegidos para servir en la distribución diaria para las viudas (Hch. 6: 1-6); aquí se dan algunos requisitos; ellos deben: (a) poseer buen testimonio; (b) tener sabiduría abundante; y (c) estar llenos de fe y del Espíritu Santo (Hch. 6: 3). Otras características de las plantea el apóstol Pablo en la primera carta a Timoteo: (d) deben ser honestos, sin doblez (1 Tim. 3: 8); (e) no deben tener glotonería en las bebidas, en especial con el vino. Aquí es necesario aclarar que Pablo no está dando licencia para consumir licor o bebidas embriagantes (vino fermentado, embriagante) en poca cantidad; el siervo no puede estar apoyando un pecado que es condenado en la Biblia (1 Cor. 6: 10); el apóstol está advirtiéndolo contra el excesivo deseo y uso de vinos sin fermentar (jugo puro de uva); la referencia aquí es a evitar la práctica de la glotonería con bebidas, pues es conocido que en la sociedad pagana muchos las consumían en exceso; también se sabe de la adicción de dicha sociedad al vino que no embriagaba (Plinio, Historia Natural, 14. 28. 139. Citado por Stamps, 1993, p. 1742). El apóstol Pablo enseñaba a la iglesia a tener dominio propio, pues sabía que la Biblia exhortaba sobre no tener excesos; por ejemplo, en Proverbios 25: 27 dice: “comer mucha miel no es bueno”; la miel no es mala, pero el exceso sí lo es, de la misma manera que el vino sin fermentar o jugo de uva no es malo, pero exagerar su consumo sí, pues la glotonería es pecado.

Otro argumento de que el Apóstol Pablo no se estaba refiriendo al vino fermentado cuando habla de los diáconos, es que en la literatura rabínica

también se advertía sobre el uso exagerado del jugo dulce de uva sin fermentar, no embriagante: “si se bebe con moderación da capacidad de liderazgo;...si se bebe en exceso lleva a la pobreza”; esto se decía del *tirosh*, bebida de uva que incluía jugos dulces y no vino fermentado (*La enciclopedia judía*, 12: 533; citado por Stamps, 1993, p.1742).

Veamos otros requisitos que da Pablo sobre los diáconos: (f) no deben ser codiciosos (1 Tim. 3: 8); (g) que guarden la fe con limpia conciencia (1 Tim. 3: 9); (h) deben ser puestos a prueba para demostrar su carácter irreprochable (1 Tim. 3: 10); (i) deben ser maridos de una sola mujer (1 Tim. 3: 12); (j) deben gobernar bien a sus hijos y sus casas (1 Tim. 3: 12).

5.5.2. DONES COMO MANIFESTACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO POR MEDIO DE LOS CREYENTES

Este tipo de dones son dados a los creyentes por el Espíritu Santo quien reparte como Él quiere (1 Cor. 12: 11) y su objetivo es la edificación de la iglesia (1 Cor. 14: 5), para su crecimiento Espiritual. Ahora bien, cualquiera de las manifestaciones de los dones puede darse en los creyentes en momentos específicos; por ejemplo, el Espíritu Santo puede dar alguna manifestación de sabiduría, ciencia, sanidades, profecía, exhortación, enseñanza, repartición, misericordia, fe, entre otros, pero aquí trataremos dichas manifestaciones como dones especiales que el Espíritu Santo les da a los creyentes quienes los ejercen en la iglesia de manera constante. También debemos aclarar que hay casos en que se unen los ministerios y los dones; por ejemplo: el profeta tiene los dones de profecía, exhortación, sabiduría, ciencia; el maestro el de enseñanza; el pastor puede tener varios dones además del de enseñanza que es inherente a él. Veamos la lista de los dones para luego explicarlos (Stamps, 1993, pp.1632-1633):

Dones como manifestación del Espíritu Santo por medio de los creyentes		
Don	Referencia	Ejemplos
Palabra de sabiduría	Hch. 6: 3; 1 Cor. 12: 8; 13: 2, 9, 12.	Esteban: Hch. 6: 10 Jacobo (Santiago): Hch. 15: 13-21
Palabra de conocimiento	Hch. 10: 47, 48; 13: 2; 15: 7-11; 1 Cor. 12: 8; 13: 2, 9, 12; 14: 25.	Pedro: Hch. 5: 9-10
Fe	Mt. 21: 21-22; Mr. 9: 23-24; 11: 22-24; Lc. 17: 6; Hch. 3: 1-8; 6: 5-8; 1 Cor. 12: 9; 13: 2; Stg. 5: 14-15	EL centurion: Mt. 8: 5-10 La enferma: Mt. 9: 20-22. Los dos ciegos: Mt. 9: 27-29. La cananea: Mt. 15: 22-28 La pecadora: Lc. 9: 36-50 El leproso: Lc. 17: 11-19.
Sanidades	Mt. 4: 23-24; 8: 16; 9: 35; 10: 1, 8; Mr. 1: 32-34; 6: 13; 16: 18; Lc. 4: 40-41; 9: 1-2; Jn. 6: 2; 14: 12; Hch. 4: 30; 5: 15-16; 19: 11-12; 1 Cor. 12: 9, 28, 30	Jesús, Apóstoles.
Poderes milagrosos	Mt. 4: 23-24; 8: 16; 10: 1, 8; 13: 54; Mr. 1: 32-33, 39; 3: 15; 6:13; 16: 17; Lc. 4: 40-41; 9: 1; 10: 17; Jn. 7: 3; 10: 25, 32; 14: 11; 15: 24; Hch. 2: 22, 43; 4: 30; 5: 15-16; 6: 8; 8: 6-7; 14: 3; 15: 12; 19: 11-12; Ro. 15: 19.	Jesús, Apóstoles.
Profecía	Lc. 12: 12; Hch. 2: 17-18; 1 Cor. 12: 10; 13: 9; 14: 1-33; Ef. 4: 11; 1 Ts. 5: 20-21; 2 P. 1: 20-21; 1 Jn. 4: 1-3.	Elisabet: Lc. 1: 40-45. María: Lc. 1: 46-55. Zacarías: Lc. 1: 67-79. Pedro: Hch. 2: 14-40; 4: 8-12 Los doce de Éfeso: Hch. 19: 6 Las cuatro hijas de Felipe: Hch. 21: 9 Agabo: Hch. 21: 10-11.
Discernimiento de espíritus	1 Cor. 12: 10; 14: 29	Pedro: Hch. 8: 18-24 Pablo: Hch 13: 8-12; 16: 16-18
Hablar en lenguas	1 Cor. 12: 10, 28, 30; 13: 1; 14: 1-40	Pablo: 1 Cor. 14: 6, 15, 18
Interpretación de lenguas	1 Cor. 12: 10, 30; 14: 5, 13, 26-28	
Administración	1 Cor. 12: 28	Pedro: Hch. 6: 3-4; 11: 1-18. Pablo: Hch. 20: 17-35; 1 Cor. 11: 23-24; 14; 16: 1-9.

Dones como manifestación del Espíritu Santo por medio de los creyentes		
Don	Referencia	Ejemplos
Exhortación	Ro. 12: 8; 1 Cor. 14: 3; 1 Ts. 5: 11, 14-22; He. 10: 24-25. 1 Ts. 5: 11, 14-22 He. 10: 24-25	Bernabé: Hch. 11: 23-24; 14: 22. Pablo: Hch. 14: 22; 16: 40; 20: 1; Ro. 8: 26-39; 12: 1-2; 2 Cor. 6: 14-7: 1; Gá. 5: 16-26. Judas y Silas: Hch. 15: 32; 16: 40 Timoteo: 1 Ts. 3: 2; 2 Tim. 4: 2. Pedro: 1 P. 5: 1-2. Juan: 1 Jn. 2: 15-17; 3: 1-3.
Dar, hacer misericordia, consolar	Hch. 2: 44-45; 4: 34-35; 11: 29-30; 1 Cor. 16: 1-4; 2 Cor. 8-9; 4: 28; 1 Tim. 6: 17-19; He. 13: 16; 1 Jn. 3: 16-18. Ro. 12: 8; 2 Cor. 1: 3-7	Bernabé: Hch. 4: 36-37. Los creyentes macedonios: Ro. 15: 26-27; 2 Cor. 8: 1-5 Los creyentes acayos: Ro. 15: 26-27; 2 Cor. 9: 2. Pablo: 2 Cor. 1: 4. Los creyentes hebreos: He. 10: 34. Otros creyentes: Col. 4: 10-11. Dorcas: Hch. 9: 36-39.
Ayudar	Hch. 6: 1-6; Ro. 12: 7; Fil. 1: 1; 1 Tim 3: 8-13; 1 P. 4: 11. 1 Cor. 12: 28.	Los siete diáconos: Hch. 6: 5. Febe: Ro. 16: 1, 2

Palabra de sabiduría

Este don consiste en la capacidad que da el Espíritu Santo al creyente, para aplicar la Palabra de Dios a situaciones específicas que demandan solución. Un ejemplo lo encontramos en Esteban quien en su apología del evangelio, demostró sabiduría que impedía la invalidación de sus argumentos: “Pero no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba” (Hch. 6: 10).

También el Señor puede dar un mensaje de sabiduría por medio del Espíritu Santo, para resolver situaciones a favor de su plan divino. Un ejemplo lo hallamos en Jacobo, cuando se reunió el concilio en Jerusalén para dirimir el tema sobre la aplicación de la circuncisión

y la ley a los gentiles convertidos; Jacobo, basado en el testimonio de Simón Pedro acerca de la venida del Espíritu Santo sobre los gentiles, usó la palabra de sabiduría dada en ese instante de parte de Dios para solucionar el problema de tal manera que no se les impusieran cargas a dichos gentiles, sino que solamente se les mandara no contaminarse con los ídolos, con la fornicación, de ahogado, ni de sangre (Hch. 15: 13-20). Veamos la manera como Jacobo aplica la palabra de sabiduría para que entendamos la manera como funciona este don:

- Parte de la situación y la analiza: “Varones hermanos, oídme. Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre” (Hch. 15: 15).
- Acude a la Palabra de Dios, pues el consejo de sabiduría debe estar basado totalmente en ella y no debe contradecirla: “Y con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito: ‘Después de esto volveré / Y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído...’” (Hch. 15: 15-16).
- Da el consejo sabio: “Por lo cual yo juzgo que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios, sino que se les escriba que se aparten de las contaminaciones...” (Hch. 15: 19-20).

Es necesario distinguir la sabiduría como don, de la que todo creyente debe tener por el estudio permanente de la Biblia y de la oración (Stg. 1: 5-6).

Palabra de conocimiento, de ciencia

Es el conocimiento que el Espíritu Santo le revela al creyente poseedor de este don, sobre personas, circunstancias o verdades bíblicas; si se refiere al futuro, se asocia con la profecía; pero también puede remitirse al pasado. En la Biblia encontramos el ejemplo de Pedro a quien le es

revelada por palabra de ciencia, la mentira de Ananías y Safira acerca de la heredad vendida (Hch. 5: 1-20).

Discernimiento de espíritus

Este don le permite al creyente identificar y comprender lo que proviene del Espíritu Santo; lo que procede de espíritus inmundos y lo que está en el espíritu humano. El discernimiento de espíritus es de especial importancia para la iglesia hoy en día, por cuanto hay falsos profetas y maestros, ministros fraudulentos que se visten de ángel de luz, entran encubiertamente con engaños y seducciones a la iglesia, usan mal la Palabra de Dios, pues la tergiversan con muchas sutilezas. Detrás de estos personajes hay poderes demoniacos, espíritus inmundos, de error, que deben ser desenmascarados; el don de discernimiento le permite a la iglesia descubrirlos y rechazar toda doctrina antibíblica.

Fe

Se trata de una fe especial que el Espíritu Santo le da al creyente, para que crea firmemente que Dios hará lo sobrenatural, extraordinario y milagroso. A menudo acompaña las señales y los milagros. Encontramos ejemplos en los apóstoles, como el pasaje sobre el primer milagro que Dios hizo a través de Pedro: “Pedro, con Juan, fijando en él los ojos, le dijo: Míranos... Mas Pedro le dijo: No tengo ni plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda” (Hch. 3: 4, 6). Aquí se narra un milagro, pero realizado por el uso del don de fe de Pedro y Juan, tal como se corrobora en Hechos 3: 16: “Y por la fe en su nombre, a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre; y la fe que es por él ha dado a éste esta completa sanidad en presencia de todos vosotros”.

Sanidades

Es de notar que la Biblia no usa la forma en singular, “don de sanidad”, sino la plural, “dones de sanidades”, porque se aplica a la variedad de enfermedades; estos poderes son dados a la iglesia para la restauración de la salud física por medios sobrenaturales. En el ejemplo citado en el ítem anterior, actúan los dones de fe y de sanidades; también podemos mencionar la oración de los creyentes cuando piden confianza y valor: “...mientras extiendes tu mano para que se hagan sanidades y señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús” (Hch. 4: 30).

Poderes milagrosos

Se trata de actos de poder que alteran el curso normal de la naturaleza. También se incluyen los actos en los que se manifiesta el Reino de Dios contra Satanás y los demonios. Cuando los discípulos le piden al Señor señales y prodigios (Hch. 4: 30) incluyen estos poderes milagrosos. Consideramos que aquí también se pueden ubicar los milagros de sanidad.

Profecía

Es un don que el apóstol Pablo considera importante en la iglesia: “Seguid el amor; y procurad los dones Espirituales, pero sobre todo que profeticéis”, “Así que, quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis: porque mayor es el que profetiza que el que habla en lenguas” (1 Cor. 14: 1, 5); esta relevancia se debe a lo que acontece cuando este don se pone en práctica; veamos:

- Mediante este don, los escuchas reciben edificación, exhortación y consolación (1 Cor. 14: 3).
- Se edifica la iglesia (1 Cor. 14: 4).
- Es señal a los creyentes: Esto significa que un incrédulo puede ser convencido mediante la profecía y reconocer a Dios (1 Cor. 14: 22-25).

- La profecía hace manifiesto lo oculto del corazón (1 Cor. 14: 25).
- Implica también la enseñanza con exhortación, pues quien profetiza tiene el objetivo de que la iglesia aprenda lo referido al cumplimiento de la voluntad de Dios, mediante la obediencia a su Palabra y a la corrección cuando hay pecado (1 Cor. 14: 31).
- También involucra la predicción del futuro (Hch. 21: 10-11).

Lenguas

El apóstol Pablo explica este don en 1ª de Corintios 14 cuando lo compara con el don de profecía. Es importante aclarar en primer lugar, que el apóstol se está refiriendo a los dones de lenguas y profecía, no a la señal cuando se recibe el bautismo del Espíritu Santo que es hablar en lenguas, y en ocasiones se acompaña del acto de profetizar (Hch. 19: 6). En segundo lugar, cuando el apóstol Pablo dice en el capítulo 12: 30: “¿Tienen todos dones de sanidad? ¿hablan todos lenguas? ¿interpretan todos?”, se está refiriendo a los dones de sanidades, de lenguas e interpretación de éstas, no a la señal de hablar en lenguas cuando se recibe el bautismo; de la misma manera, cuando agrega en el capítulo 14: 5: “Así que, quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis”, también se refiere al don de hablar en lenguas con respecto al de profetizar. En tercer lugar, es menester aclarar que en este contraste, Pablo no está viendo de manera negativa el don de lenguas, sino que está contextualizándolo en el marco del culto público, pues hace énfasis en los beneficios de este don y el de profecía, siempre y cuando se usen de manera ordenada y con el fin de edificar a los creyentes en el desarrollo de la reunión congregacional: “Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros; pero en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para enseñar también a otros, que diez mil palabras en lengua desconocida” (1 Cor. 14: 18-19). Nótese que Pablo destaca la interacción en la iglesia, para

lo cual es evidente que hablar en lenguas no es necesario, porque no permite la comunicación entre los hermanos.

Al comparar el don de lenguas y el de profecía en el culto público en 1 de Corintios 14, se evidencian las diferencias; veamos:

Hablar en lenguas en el culto público	Profetizar en el culto público
No habla a los hombres (v. 2)	Habla a los hombres (v. 3)
Nadie entiende si no hay interpretación (vs 2, 9)	Todos entienden
El otro no es edificado en cuanto a que entienda lo que se dice (v. 17)	El otro es edificado; la iglesia es edificada (v. 4)
El otro no es enseñado	El otro es enseñado (v. 19)

Pese a que en el culto público es mejor profetizar que hablar en lenguas, este don también es para bendición del creyente; veamos lo que acontece cuando se habla en lenguas:

- El creyente le habla a Dios: v. 2.
- Por el Espíritu habla misterios: v. 2.
- El creyente se edifica a sí mismo: v. 4.
- El espíritu del creyente ora con el espíritu: v. 14, 15; y se relaciona con orar en el Espíritu (Ef. 6: 18), arma poderosa contra el diablo.
- El creyente canta con el espíritu: v. 15.
- El creyente bendice y da acción de gracias con el espíritu: v.16.
- Cuando hay interpretación, se edifica y enseña a la iglesia: vs 5b, 27.

Pablo establece normas en el capítulo 14 de 1 de Corintios, tanto para el uso de las lenguas como de la profecía: “Así que, hermanos,

procurad profetizar, y no impidáis el hablar lenguas; pero hágase todo decentemente y con orden” (1 Cor. 14: 39-40). Este orden implica: hablar en lenguas y profetizar por dos o tres (1 Cor. 14: 27, 29); después de que se hable en lenguas, que uno interprete; cuando se profetiza, que los demás juzguen (1 Cor. 14: 27, 29).

Finalmente, en el culto se dan las siguientes manifestaciones: Salmo (alabanza, adoración), doctrina (enseñanza), lengua, revelación, interpretación; todo esto es para edificación (1 Cor. 14: 26).

Interpretación de lenguas

Como observamos en el punto anterior, en el culto público, lo ideal es que las lenguas tengan interpretación para que haya: revelación, edificación y enseñanza (1 Cor. 14: 5, 6, 19). La interpretación la puede dar el Espíritu Santo al que habla en lenguas o a otro en el culto.

Enseñanza

Es el don especial que poseen los maestros para instruir en la Palabra de Dios; el Espíritu Santo los capacita para educar con amor, paciencia y fe, basados en los principios bíblicos a fin de preocuparse por la formación de verdaderos discípulos que practiquen en su vida diaria el conocimiento recibido a través de ellos.

Administración (presidir)

Consiste en un don especial para dirigir y supervisar las actividades de la iglesia; los creyentes que poseen este don tienen capacidades especiales para organizar, crear, distribuir tareas y dar instrucciones en la congregación; para coordinar a los hermanos en la consecución de actividades y proyectos específicos; todo esto en humildad y actitud de siervos, no con altivez ni soberbia. Pablo y Pedro son ejemplos idóneos de creyentes con este don (Hch. 6: 3-4; 11: 1-18; 20: 17-35).

Exhortación

Los creyentes que poseen este don son capacitados por el Espíritu Santo, para motivar a otros a la fe y dedicación cada vez más profundas hacia Cristo, hacia la obediencia a su Palabra, hacia la manifestación del fruto del Espíritu, y a vivir separados del mundo. Permanentemente exhortan a los creyentes a vivir una vida de santidad, a velar en oración, a tener la mirada puesta en las promesas de Dios de vida eterna, de salvación, del arrebatamiento de la iglesia, de las consecuencias del pecado, de los peligros de la apostasía; los exhortadores permanentemente le dicen a la iglesia que guarde su salvación, que se ocupe de ella con temor y temblor.

En la Biblia encontramos muchos ejemplos de creyentes con este don: Bernabé (Hch. 23-24; 14: 22), Pablo (Hch. 14: 22; 16: 40), Judas y Silas (Hch. 15: 32; 16: 40); Pedro (1 P. 5: 1-2); Juan (1 Jn. 2: 15-17).

Dar (repartir), hacer misericordia (consolar)

Los creyentes que poseen este don tienen una capacidad especial para ofrendar, ayudar a los necesitados y consolarlos. La iglesia de Filipo se caracterizaba por este don: “Y sabéis también vosotros, oh filipenses, que al principio de la predicación del evangelio, cuando partí para Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en razón de dar y recibir, sino vosotros solos; pues aun a Tesalónica me enviasteis una y otra vez para mis necesidades” (Fil. 4: 15-16).

Los que poseen este don tienen capacidad para compartir, para consolar a los otros en medio de la aflicción, tribulación, o cualquier clase de calamidad; son personas desprendidas en cuanto a lo material y a su bienestar propio, pues siempre buscan el del otro.

Ayudar, servicio

Este precioso don lo encontramos en los diáconos; pero también lo

puede tener cualquier hermano en la iglesia; y de hecho el Señor nos enseña que todos debemos ser siervos, debemos servir, pues Él se puso como ejemplo. En cuanto a lo que al don se refiere, quien lo posee está dotado para diversas obras de auxilio; siempre está dispuesto a servir, a poner sus talentos y tiempo en beneficio de la obra, de la iglesia, de los creyentes.

5.6. LA PROVISIÓN DE DIOS PARA EL CREYENTE, MEDIANTE EL ESPÍRITU SANTO

Hemos analizado el poder que el Espíritu Santo le da al creyente: (a) para vencer la carne, el mundo y al diablo; (b) para vivir una vida llena del Espíritu manifestando su fruto; (c) para edificar a la iglesia (los dones del Espíritu Santo). Todo esto nos lleva a pensar en la gracia, la misericordia y el amor de Dios quien nos ha dado todo: justificación, redención, salvación, santificación, el Espíritu Santo, una familia (la iglesia), un trabajo para la eternidad (ganar almas para Cristo) en la tierra, y una herencia en el cielo.

Dos preguntas nos podemos hacer frente a toda esta provisión:

- Dios dio la provisión de la salvación ¿Qué se debe hacer para recibirla? La respuesta es: Arrepentirse, recibir y creer en Cristo. **REGENERACIÓN.**
- Ya tenemos la salvación ¿Qué debemos hacer para guardarla, retenerla? Andar por o en el Espíritu; permitirle al Espíritu Santo que haga la obra en nosotros quienes debemos manifestar total obediencia a la Palabra de Dios: **SANTIFICACIÓN.**

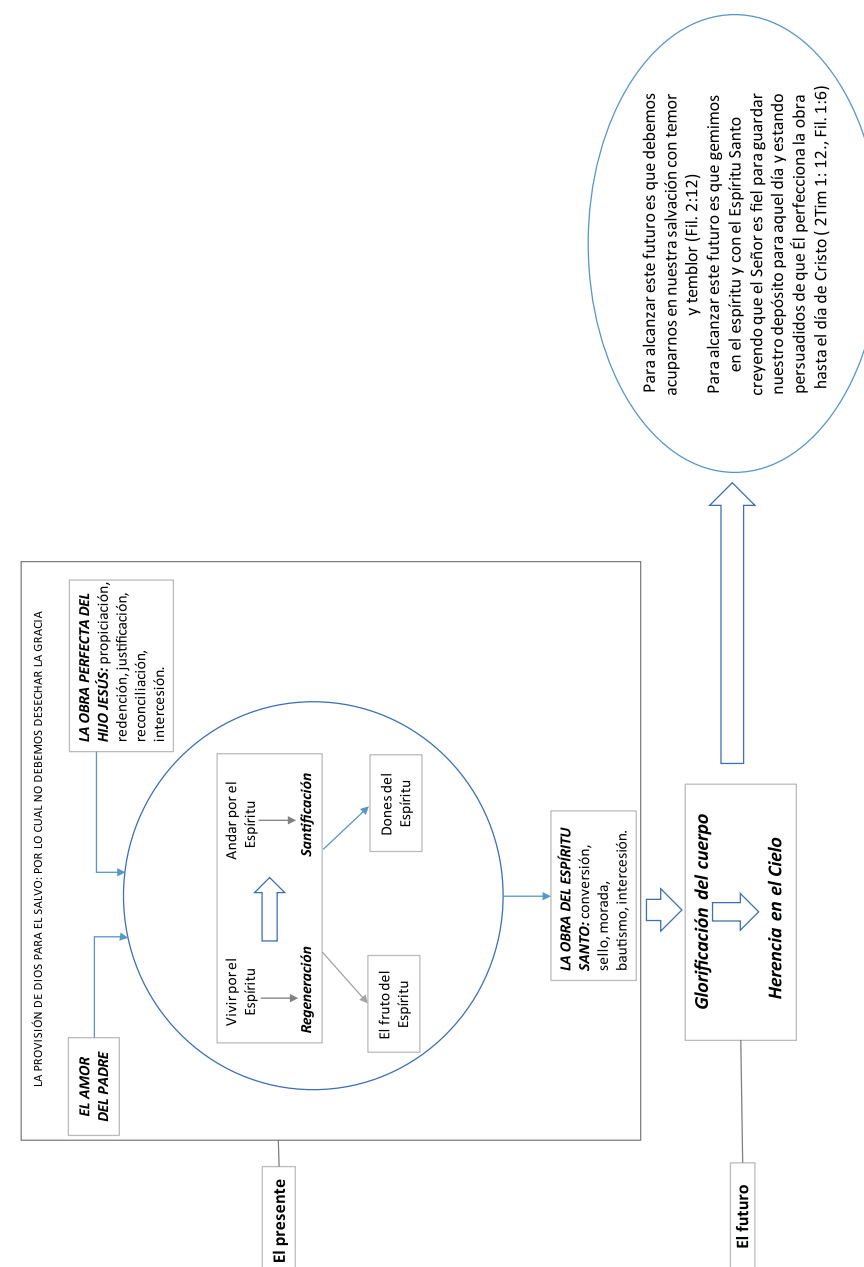
Ambas obras las hace el Espíritu Santo: ¿Podemos resistirnos a la obra del Espíritu Santo para no recibir salvación? SI. ¿Podemos resistirnos a la obra del Espíritu Santo para no recibir santificación? SI. Esto forma

parte del libre albedrío del ser humano. Ahora bien, Dios en su amor, gracia y misericordia hace todo lo posible para que los seres humanos lleguen al arrepentimiento; las pruebas son la predicación del evangelio a toda criatura y su Espíritu Santo que contiene con el hombre durante todos los años que éste tenga de vida. También el Señor hace todo lo posible para que los creyentes puedan guardar su salvación por el Espíritu Santo que les ha sido dado, mediante el sello, la morada, la llenura. Pero así como recibir la salvación es una decisión del ser humano, también lo es retenerla, guardarla, aceptando la provisión del Todopoderoso.

Dios le dice al incrédulo: ¿Quieres ser salvo? Si lo deseas allí está mi provisión: (a) la obra de mi Hijo Jesús, su muerte y resurrección; (b) mi Santo Espíritu que produce en ti la conciencia de justicia, pecado y juicio. Y el Señor dice, clama: ¡reconcíliate conmigo!, ¡Sé salvo!, ¡escoge la vida! (2 Cor. 5: 20).

Dios le dice al creyente: ¿Quieres retener tu salvación? Si lo deseas allí está mi provisión: mi Santo Espíritu que te ayuda en tu debilidad, que intercede por ti con gemidos indecibles, que te fortalece, que te llena y produce en ti el fruto. Pero también tienes allí mi Palabra que te da sabiduría, tienes mi iglesia con los dones del Espíritu para que te edifiques, aprendas y crezcas para salvación.

Si lo tenemos todo, ¿por qué desecharíamos la provisión de Dios? Por ello, nos exhorta: “Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? (He. 2: 1-3). Veamos en un esquema algunas conclusiones de este capítulo:



CAPÍTULO VI

EL MINISTERIO DEL ESPÍRITU SANTO AL FINAL DE LOS TIEMPOS

Yolanda Rodríguez y Gabriel Ferrer

El último tema por tratar en este libro es el ministerio del Espíritu Santo al final de los tiempos. Para ello, analizaremos su obra en el presente siglo, en el arrebatamiento de la iglesia, durante la Tribulación, en la segunda venida de Cristo, el Milenio y el Reino Eterno.

6.1. EL MINISTERIO DEL ESPÍRITU SANTO EN EL PRESENTE SIGLO

6.1.1. CARÁCTER Y RASGOS DEL PRESENTE SIGLO

Con base en la revelación progresiva de Dios en la Biblia, se puede aseverar que el presente siglo se distingue de los precedentes; veamos estas diferencias (Pentecost, 1984, p.102):

Siglos Precedentes	Presente Siglo
Cristo fue anunciado	Cristo vino, murió, resucitó y está glorificado a la diestra de Dios Padre
El Espíritu Santo venía sobre algunos siervos	El Espíritu Santo ha hecho morada en los creyentes; éstos son templos del Espíritu Santo.
Las buenas nuevas anunciadas eran preparatorias	Las buenas nuevas anuncian salvación en Cristo Jesús
La revelación era incompleta	La revelación es completa porque Cristo vino a revelar al Padre.

También se puede establecer en la Escritura la diferencia entre el presente siglo y el siglo venidero, para el pueblo de Israel y para la iglesia, a partir del análisis de los destinatarios del mensaje, esto es, a quién iba dirigida la enunciación y con base en el alcance del pasaje. Cuando se usa para Israel, “el presente siglo” se remite al período de tiempo en que éste preveía la venida del Mesías para cumplir las promesas pactadas; y el siglo venidero se refiere al que inaugurará el Mesías en su venida. En lo que concierne a la iglesia, el presente siglo apunta al período entre la primera y la segunda venida de Cristo, en el cual sobresale el evento del rechazo del Mesías por Israel, hasta que éste lo reciba. El siglo venidero, por su parte, puede referirse a lo terrenal (Ef. 1: 21) y al Reino eterno (Ef. 2: 7) (Pentecost, 1984, p.102).

Final del presente siglo

Los postreros tiempos para la iglesia es un lapso limitado al final del presente siglo y se caracteriza por los siguientes rasgos:

- Son tiempos peligrosos (2 Tim. 3: 1).
- Habrá hombres no regenerados aunque tendrán apariencia de piedad, pero en realidad son amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, pero negarán la eficacia de ella (2 Tim. 3: 1-5). Negar la eficacia de la piedad significa negar la eficacia de la sangre de Cristo, de su sacrificio y su obra completa. En la primera epístola del apóstol Pablo a Timoteo (3: 16) dice: “E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, / Visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria”.
- Habrá burladores que andarán según sus malvados deseos (Jud. 1: 18).

Pentecost (1984, p. 119) resume los eventos del fin de siglo asociados a la iglesia profesante, el cual se caracteriza por un sistema de negaciones; veamos:

- Hay una negación de Dios: “...traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella” (2 Tim. 3: 4, 5).
- Hay una negación de Cristo: “...y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios” (1 Jn. 4: 3).
- Hay una negación del retorno de Cristo: “...sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo; ¿dónde está la promesa de su advenimiento?” (2 P. 3: 3-4).
- Hay una negación de la fe: “Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe...” (1 Tim. 4: 1).
- Hay una negación de la sana doctrina: “Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias” (2 Tim. 4: 3).
- Hay una negación de la vida consagrada (2 Tim. 3: 1-7).
- Hay una negación de la moral: “...en el postrer tiempo habrá burladores, que andarán según sus malvados deseos” (Jud. 1: 18).
- Hay una negación de la autoridad (2 Tim. 3: 4).

Hoy en día debemos estar apercibidos, porque los rasgos de las siete iglesias del Apocalipsis los encontramos en la iglesia de nuestra época, por lo que estamos viviendo los postreros tiempos y presenciando el transcurso del final del siglo que culmina con la Tribulación; el arrebatamiento de la iglesia ocurrirá antes de ésta.

6.1.3. RASGOS DEL FINAL DEL PRESENTE SIGLO: LOS FALSOS PROFETAS Y LOS FALSOS MAESTROS

Dentro de los rasgos principales del final del presente siglo están los falsos profetas y los falsos maestros; la Biblia dice que habrá personas con espíritu de mentira que harán predicciones falsas y también personas que enseñarán doctrinas de demonios. Este tiempo ya lo estamos viviendo. Detrás de ellos obran espíritus engañadores enviados del infierno por Satanás para seducir a los creyentes y siervos de Dios a fin de apartarlos de la verdad, para que sus almas se pierdan en el infierno. Veamos lo que la Biblia profetiza y que ya estamos viviendo:

- Algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; serán mentirosos con la conciencia cauterizada (1 Tim. 4: 1).
- Es el tiempo en que no sufrirán la sana doctrina, sino que muchos tendrán comezón de oír (deseo de escuchar lo que sus corazones codician), y serán saciados por maestros conforme a sus propias concupiscencias (2 Tim. 4: 3).
- Estos maestros falsos concupiscentes apartarán de la verdad a los que los escuchen y reciban sus enseñanzas; y los llevarán a las fábulas (2 Tim. 4: 3-4).
- Habrá falsos maestros, falsos profetas que introducirán encubiertamente herejías destructoras (2 P. 2: 1).
- Muchos seguirán las disoluciones de estos falsos maestros (2 P. 2: 2).
- El camino de la verdad será blasfemado (2 P. 2: 2).
- Los falsos maestros, por avaricia, harán mercadería de aquéllos que los escuchen, con palabras fingidas (2 P. 2: 3).
- Habrá supuestos creyentes que siguiendo la carne, andarán en concupiscencia e inmundicia y despreciarán el señorío (2 P. 2: 13).

- Dichos falsos creyentes son personas que tienen por delicia gozar de deleites cada día, que se recrean en sus errores, tienen los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar y seducen las almas inconstantes (2 P. 2: 13-14).
- Los falsos creyentes, maestros y profetas fraudulentos, son personas que tienen el corazón habituado a la codicia, que han dejado el camino recto y se han extraviado en el camino de Balaam (2 P. 2: 15).
- Son personas que hablan palabras infladas y vanas, seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error (2 P. 2: 18).
- Las personas que habían escapado de las contaminaciones del mundo por el conocimiento del Señor Jesucristo, al recibir las enseñanzas de los falsos maestros, se vuelven a enredar en dichas contaminaciones y su estado postrero es peor que el primero (2 P. 2: 20).
- Estos falsos maestros y profetas negarán al Señor que los rescató (2 P. 2: 1).

Judas habla de estos falsos maestros relacionando este tiempo con el de la época del diluvio, el cual fue profetizado por Enoc: “De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán: He aquí vino el Señor con sus santas decenas de millares para hacer juicio contra todos y dejar convictos a los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él” (Jud. 1: 14); Judas habla de las personas sobre las que profetizó Enoc y las describe de la siguiente manera:

- Blasfeman de cuantas cosas no conocen (v. 10).
- Se corrompen como animales irracionales (v. 10).
- Siguen el camino de Caín (rebeldía, homicidio) (v. 11).

- Comen impúdicamente (v. 12).
- Se apacientan a sí mismos (v.12).
- Son nubes sin agua (v. 12), llevados de aquí para allá, inconstantes.
- Árboles otoñales sin fruto (v. 12).
- Dos veces muertos y desarraigados (v. 12).
- Fieras ondas del mar que espuman su propia vergüenza (v.13).
- Estrellas errantes para los que está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas (v. 13).

La Biblia señala claramente la diferencia entre los verdaderos profetas y los falsos. Una prueba que identifica la profecía verdadera está en su concordancia con la Palabra de Dios; es decir, que la evidencia es, como afirman Bruce et al. (2003), de tipo teológico y el caso de Moisés es un buen ejemplo en cuanto a la revelación que el Gran Yo Soy le dio en Éxodo⁹. Por el contrario, el falso profeta invita al pueblo a ir tras dioses falsos, de tal manera que enseñan la rebelión contra Jehová: “El profeta podía alegar que hablaba en nombre de Yahvéh, pero si no reconocía la autoridad de Moisés, ni aceptaba las doctrinas del éxodo, era un profeta falso” (Bruce et al., 2003, pp.1109-1110). Jeremías (Jer. 23: 9ss) también aporta luces al respecto: (a) el profeta falso es un hombre de vida inmoral (vs. 10-14); (b) no pone obstáculo alguno a la inmoralidad

⁹ Dios habla sobre el cumplimiento de la profecía en Deuteronomio 13: 1-5: “Cuando se levantara en medio de ti profeta, o soñador de sueños, y te anunciare señal o prodigios, y si se cumpliera la señal o prodigio que él te anunció, diciendo: vamos en pos de dioses ajenos, que no conociste, y sirvámosles; no dará oído a las palabras de tal profeta, ni al tal soñador de sueños; porque Jehová vuestro Dios os está probando, para saber si amáis a Jehová vuestro Dios con todo vuestro corazón, y con toda tu alma.” En Deuteronomio 18: 21-22, agrega Moisés: “Y si dijeres en tu corazón: ¿Cómo conoceremos la palabra que Jehová no ha hablado?; si el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumpliera lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta”. Si bien una de las pruebas del verdadero profeta de Dios es el cumplimiento de la profecía, como se establece en Deuteronomio 18: 21-22, ésta no es la única y no siempre determina la veracidad y origen divino de la profecía. La prueba irrefutable de estas dos características de la verdadera profecía, veracidad y origen divino, es su coherencia con la Palabra de Dios, con lo que Él ha dicho; la profecía no puede contradecirla; esto es evidente en Deuteronomio 13: 1-5.

de otros (v. 17); (c) el mensaje del falso profeta es un mensaje de paz, sin tener en cuenta las condiciones morales y espirituales que son básicas para dicha paz (v. 17). El profeta verdadero busca detener la corriente del pecado y motivar al pueblo a la santidad (v. 22); el profeta verdadero tiene un mensaje de juicio para el pecado (v. 29); su mensaje sí es de paz, pero siempre plantea la santidad como condición. Jeremías afirma que los profetas falsos son hombres de testimonio prestado, autoridad fingida y ministerio autoasumido (vs. 30-32).

En Ezequiel también encontramos el tema de los falsos profetas (Ez. 12: 21, 14: 11); dice que éstos son guiados por su propia sabiduría y no tienen Palabra de Dios (Ez.13: 2-3), hacen que el pueblo confíe en mentiras y los dejan sin recursos para el día de la Tribulación (Ez. 13: 4-7); su mensaje es de paz y optimismo superficial (Ez. 13: 10-16); no tiene contenido moral (Ez. 13: 22). El verdadero profeta de Dios, por el contrario, responde a la gente no conforme a los requerimientos de ésta, sino conforme a sus corazones pecaminosos (Ez. 14: 4-5), porque la palabra de Dios siempre está contra el pecado (Ez. 14: 7-8). (Otras citas al respecto en el Nuevo Testamento son: 2 P. 2: 1; 1 Jn. 4: 1).

6.2. MINISTERIO DEL ESPÍRITU SANTO AL FINAL DEL PRESENTE SIGLO: MINISTERIO PRÓFETICO Y DE ENSEÑANZA

Debido a que se han cumplido los tiempos de los que hablaron Pedro y Pablo, al final del presente siglo el Espíritu Santo desarrolla con especial énfasis dos ministerios: el profético y el de enseñanza. Es evidente que estos ministerios son necesarios en la iglesia en este tiempo, pues si ya están operando los falsos profetas y los falsos maestros, Dios no va a abandonar a su iglesia a merced de estos individuos, en manos

del diablo. Por ello, el Espíritu Santo está desarrollando con mayor intensidad estos dos ministerios, profético y de enseñanza de su Palabra, de la sana doctrina.

6.2.1. MINISTERIO PROFÉTICO

En estos últimos tiempos se ha levantado un movimiento llamado apostólico y profético cuyo mensaje es la prosperidad para la iglesia; predicando sobre paz, bendición económica, fama y poder. Esto no viene de parte de Dios, no corresponde al ministerio profético del Espíritu Santo, pues es antibíblico. La Biblia claramente enseña sobre las características del final del presente siglo y en dicho tiempo no aparece el mensaje de prosperidad material, fama y poder de la iglesia; todo lo contrario, el aviso es de exhortación, de mantenerse en la fe, en la sana doctrina; es una advertencia que invita a la iglesia a examinarse a sí misma, sopesar su relación con Cristo y sus obras para que se dé cuenta si son correctas delante de Dios. Y éste es el mensaje del Espíritu Santo para estos últimos tiempos; este es el contenido de su ministerio profético el cual está basado en proclamar justicia, arrepentimiento del pecado y juicio. El Espíritu Santo está diciéndole a la iglesia que contienda ardientemente por la fe en Cristo (Jud. 1: 3), que pelee la buena batalla de la fe (2 de Tim. 4: 7).

El ministerio profético del Espíritu Santo en estos últimos tiempos no difiere del que desarrolló en la época del Antiguo Testamento; por lo tanto, veamos en primer lugar cuáles eran sus características (Martínez, 1984, pp.300-307).

- La autoridad y la fuerza de la Palabra de Dios. Esto se evidencia en la frase “Así dice Jehová”, que expresa el origen del mensaje en Dios mismo, y no del profeta; es producto de una revelación

recibida. También encontramos enunciados como “Y vino a mí palabra de Jehová”. La fuerza de la palabra indica que no es una simple expresión verbal, sino que lleva un poder extraordinario de ejecución; es una palabra con cumplimiento infalible.

- Denuncia del pecado. La predicación profética denuncia la rebelión, el pecado de los hombres y la nación, la rebeldía contra su Palabra que es la misma rebeldía contra Dios. El Espíritu Santo denunciaba la injusticia, la impiedad, la inmoralidad, la codicia, la mentira, el engaño, la idolatría, entre otros pecados.
- Proclamación del juicio divino. El Espíritu Santo proclamaba el juicio contra la impiedad de Israel y las naciones; el pecado debe ser castigado, pues la soberbia del ser humano no puede ser aceptada. El juicio es la reiteración de la justicia de Dios.
- Anuncio de salvación. La predicación profética del Espíritu Santo también poseía el elemento de la consolación que se refleja en los anuncios de salvación; se trata de la compasión de Dios que no es anulada por el juicio, pues proclama su restauración siempre y cuando haya arrepentimiento.

6.2.2. EL MINISTERIO PROFÉTICO DEL ESPÍRITU SANTO AL FINAL DEL PRESENTE SIGLO

Como planteamos antes, la iglesia está viviendo el final del presente siglo; estamos inmersos en el tiempo antes del arrebatamiento y del inicio de la Tribulación. Este tiempo es el que se describe en el mensaje del Espíritu Santo a las siete iglesias en el Apocalipsis. ¿Cómo se manifiesta el Espíritu Santo en estos siete mensajes?

El Espíritu Santo se manifiesta mediante su presencia como los siete espíritus de Dios (Ap. 3: 1) que se explica en Isaías 11: 2-4, cuando el profeta se refiere al Espíritu de Jehová: “Y reposará sobre él Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová...No juzgará según la vista de sus ojos...sino que juzgará con justicia a los pobres...” (Is. 11: 2-4). Podemos establecer que el Espíritu Santo tiene estos siete atributos divinos: Sabiduría, inteligencia, consejo, poder, conocimiento, temor de Jehová y justicia.

La otra manifestación es a través de los mensajes dados a las iglesias; todos ellos terminan diciendo: “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias” (Ap. 2: 7, 11, 17, 29; 3: 6, 13, 22). Esta expresión indica que el Espíritu Santo les está hablando a las congregaciones, las cuales representan a la iglesia de este tiempo, al final del presente siglo; es su mensaje para nosotros hoy en día que nos ha tocado vivir el final de esta dispensación; veamos cuál es ese anuncio profético.

Es importante señalar que quien da la palabra es Jesucristo, pero es revelado a la iglesia por el Espíritu Santo; por ello, al inicio se describe al Señor y al final se cierra el mensaje con la expresión referida a la Tercera Persona de la Trinidad.

La Biblia enseña que la profecía verdadera tiene como funciones: La edificación, la exhortación y la consolación (1 Cor. 14: 3); también contiene denuncia del pecado (exhortación, edificación), proclamación de juicio divino (exhortación) y anuncio de salvación (consolación); justamente encontramos estos aspectos en los mensajes que el Espíritu Santo trae para la iglesia al final del presente siglo; veamos:

La edificación

- Las obras, arduo trabajo, paciencia, pureza doctrinal y práctica; esto se observa en el mensaje a Éfeso. El Espíritu Santo le dice a la iglesia que parece tener el conocimiento teológico y la disposición práctica, pero no tenían amor; ha perdido la perspectiva espiritual. Este mensaje a la iglesia de Éfeso nos lleva a reflexionar sobre nuestra iglesia de hoy en día, pues hay algunas que trabajan arduamente pero han perdido el primer amor; también nos invita a pensarnos como creyentes: ¿ hasta qué punto estamos imbuidos en el trabajo del Señor Jesucristo y hemos perdido la comunión, el amor y la relación con Él?
- La tribulación y la pobreza, el sufrimiento y la escasez material. A pesar de esta pobreza, Jesús le dice a la iglesia que es rica, exaltando la verdadera prosperidad la cual es espiritual. La iglesia de Esmirna iba a sufrir tribulación: “he aquí el diablo echará algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados. Y tendréis tribulación por diez días” (Ap. 2: 10). La prueba consistía en la fidelidad; Dios permite la tribulación para que los creyentes se afirmen, busquen más su presencia, se fortalezcan, tengan el carácter de Cristo y adquieran paciencia. Por ello, la Biblia enseña que la obra debe ser perfecta cuando soportamos las diversas pruebas: “Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales” (Stg. 1: 2-3).
- Las obras, amor, fe y paciencia. Los tres últimos son partes del fruto del Espíritu Santo. Este mensaje es dado a la iglesia de Tiatira.
- Tener poca fuerza: “Tienes poca fuerza” (Ap. 3: 8. Iglesia de Filadelfia); lo cual quiere decir que la iglesia ha luchado por guardar la Palabra de Dios y mantener el nombre del Señor Jesucristo, a pesar

de las pruebas, tribulaciones y persecuciones. Se refiere a pelear la buena batalla de la fe que la verdadera iglesia de Cristo libra diariamente; por ello, Jesús exalta dos atributos: (a) “has guardado mi palabra” (Ap. 3: 8); y (b) “no has negado mi nombre” (Ap. 3: 8).

Denuncia del pecado

Los pecados de la iglesia que el Espíritu Santo denuncia son los siguientes:

- Estar en bigamia espiritual, ante la cual Jesús les dice a sus miembros que serán juzgados por la Palabra. Carballosa aplica esto a la iglesia de hoy así: “Cuando la iglesia no hace uso de la espada del Espíritu – la Palabra de Dios – en autojuicio, entonces Cristo vendrá y la usará por sí mismo en juicio divino contra la iglesia” (1997, p. 69). Esto acontece en la iglesia de Pérgamo.
- Morar donde está el trono de Satanás (Ap. 2: 13).
- Retener la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación” (Ap. 2: 14). La doctrina de Balaam se caracteriza por la idolatría y la fornicación. Si recordamos la historia, este personaje fue llamado por Balac para que, por dinero, profetizara en contra del pueblo de Israel: “...y porque alquilaron contra ti a Balaam hijo de Beor, de Petor en Mesopotamia, para maldecirte” (Deut. 23: 4); y Dios lo forzó a que profetizara a favor del pueblo. No obstante, Balaam más tarde aconsejó a Balac sobre la manera en que éste podía poner tropiezo al pueblo de Israel, a través de las mujeres con las cuales fornicaron los hombres de Israel; esto lo hizo por la codicia del dinero sirviendo a los reyes de Moab y Madián quienes querían destruir a Israel: “Han dejado el camino

recto, y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el premio de la maldad” (2 P. 2: 15).

- Retener la doctrina de los nicolaítas, grupo del que se sabe poco, pero al parecer, profesaba creer en Dios y a la vez compartía las costumbres del mundo; sus miembros eran “creyentes” mundanos. Esta denuncia la hace el Espíritu Santo contra la iglesia de Pérgamo debido a las falsas doctrinas que creían y practicaban, por el amor por las cosas materiales como Balaam, por la fornicación y por el amor al mundo. Hoy en día toda iglesia que acoja la predicación sobre falsa prosperidad, sobre un evangelio de bienes materiales, que afirme y propague que se debe venir a Jesús por el interés de prosperar en lo material, es una iglesia como la de Pérgamo, que se ha mundanalizado progresivamente y ha caído en la fornicación y en la apostasía; este es el camino de Balaam. Con este ejemplo, el Señor nos está exhortando para que no sigamos dicha senda ni la de los nicolaítas. La presencia de estas doctrinas en la iglesia de hoy, es una muestra del fin de este presente siglo que antecede al arrebatamiento y a la segunda venida de Cristo.
- Tolerar a los falsos profetas. La comparación se realiza con la profetiza Jezabel, la cual recuerda a la que instauró el culto a Baal y persiguió al profeta Elías. Por los términos usados, fornicación y adulterio, Jesús acusa a esta iglesia de inmoralidad sexual e idolatría, pues dichas palabras están asociadas al culto de ídolos o de demonios. Además de esto, cabe resaltar el título de profetisa que se le da a Jezabel, el cual señala dos aspectos: las falsas doctrinas, pues al parecer esta mujer habla a nombre de Dios, como su representante, sin serlo; y también el término alude a la falsa profecía. Es notoria la descripción que se hace de esta mujer: “que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a

- fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos” (Ap. 3: 20). En el griego, la traducción es “la que se dice a sí misma profetisa”, lo cual refleja que ella se autodenomina así, pero no ha sido designada por Dios. En Apocalipsis dice que esta mujer enseñaba, lo que apunta a la falsa doctrina, pues sus mensajes y su misma persona ejercían un poder de seducción. El término en griego para la palabra “seducción” traducida en la versión Reina-Valera 1960, es *plana* (πλανα) que significa “extraviar”; este vocablo es usado en otros contextos del Nuevo Testamento con el sentido de extraviarse de la fe en Jesús, de la verdad, abandonar el camino del Señor Jesucristo. En 1ª de Timoteo 6: 10 leemos: “...porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe”; en Santiago 5: 19 dice: “Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad,”; en 2 de Pedro 2: 15 también se usa el término: “Han dejado el camino recto, y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam...”. En todos estos contextos se usa el verbo *plana* en griego o su derivado y su significado está relacionado con el abandono de la fe, de la verdad, del camino recto en Cristo. Este es el mismo sentido que aparece en Apocalipsis 2: 20, usado para referirse a cómo Jezabel, la profetisa, extravió a los siervos llevándolos a doctrinas de demonios. Es interesante ver cómo se usa el término “siervos”, es decir, personas que han sido regeneradas en Cristo, pero que han caído en las seducciones y engaños de la profetisa. Jesús afirma contundentemente que tanto la profetisa como sus hijos y los que caen en sus seducciones tendrán castigo; esto implica que todo aquél que se deje extraviar por dichas doctrinas es responsable y si no se arrepiente, sufrirá juicio de Dios.
- Estar muerta y tener obras que no son perfectas delante de Dios. La iglesia tiene una apariencia de estar viva, quizá por la cantidad de

obras que realiza, pero delante de Dios, éstas no llenan los requisitos. Es interesante ver que la carta a la congregación de Sardis, a la que se le acusa de esto, dice: “que tienes nombre de que vives” (Ap. 3: 1), lo cual quiere decir que era conocida por dicho nombre indicador de vida, de actividad, de vitalidad, pero la realidad era su muerte inminente: “afirma las otras cosas que están para morir” (Ap. 3: 2). Esta iglesia estuvo viva en algún momento, porque Jesús dice: “Sé vigilante y afirma las otras cosas que están para morir” (Ap. 3: 2). Según Thomas (citado por Carballosa, 1997, p. 83), los verbos usados aquí en griego, indican algo que estaba a punto de morir en el pasado y que continuaba en un proceso hasta el presente, con la inminente posibilidad de perder hasta la última señal de vida; esto señala a las personas que una vez fueron regeneradas, pero se apartaron del Cristo de la gloria, las que habiendo sido pámpanos se despegaron de la vid; estas tendrán como destino morir como la iglesia de Sardis y perder la salvación, su nombre será borrado del libro de la vida (Ap. 3: 5). De tal manera que Jesús nos invita a que perseveremos: “el que persevere hasta el fin, este será salvo (Mt. 10: 22).

- Ser tibio; quiere decir que la iglesia se considera como si estuviera bien con el Señor y por lo tanto no reconoce la necesidad de arrepentimiento, pues ella dice: “Yo soy rico y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad” (Ap. 3: 17). En esta expresión se revela toda la vanagloria, altivez y soberbia de esta iglesia; la congregación manifestaba con esto que ni de Cristo tenía necesidad. La respuesta ante dicha aseveración es: “tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo” (Ap. 3: 17); la traducción exacta es “El desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”. La iglesia era desventurada y miserable porque era pobre espiritualmente, ciega por su incapacidad de ver su condición espiritual; y desnuda,

pues no tenían ninguna vestidura espiritual (Carballosa, 1997, p. 98). Por ello, el Señor Jesucristo le dice a esta congregación que de Él compre: oro refinado en fuego, que simboliza la fe (Stgo. 2: 5; 1 P. 1: 7), pues la autosuficiencia de la iglesia había suprimido la confianza y dependencia de Jesús; también le dice que compre vestiduras blancas para que no se descubra la vergüenza de su desnudez; esto se refiere a la santidad; y que la iglesia unja sus ojos con colirio para que vea; lo cual significa el discernimiento Espiritual a través de la unción del Espíritu Santo.

La exhortación: el arrepentimiento

El Señor le dice a la iglesia que se acuerde de lo que había recibido y oído para que se arrepienta. Evidentemente, se está refiriendo a Su Palabra que ella había oído y acogido en el pasado. El verbo usado para “acuérdate” en griego es *mneimóne*, presente imperativo, voz activa que señala una acción continúa (Carballosa, 1999); este es un llamado a persistir en la fe cuando la iglesia, como la de Sardis, deja de crecer en el conocimiento del Señor.

Toda congregación podrá tener la oportunidad de volver a los caminos del Señor, siempre y cuando tenga una actitud de arrepentimiento y un deseo de regresar a la Palabra de Dios, de oírla y ponerla por obra nuevamente. Este es un llamado para aquellas iglesias de hoy cuyas obras no son perfectas delante del Todopoderoso, porque no lo glorifican, sólo se apacientan a sí mismas, han quitado la mirada de Jesús y la han puesto en el mundo.

La consolación

- La fidelidad tendrá como premio la corona de la vida. La iglesia de hoy que soporta la persecución y se mantiene firme en Cristo, vencerá y obtendrá esta corona que se le promete a la de Esmirna.

- A las personas santificadas se les promete la salvación, la vida eterna (Ap. 3: 4).
- La vestiduras blancas que señalan honor: “El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles” (Ap. 3: 5). A los que tienen vida se les prometieron las vestiduras blancas y permanencia en el libro de la vida.
- Ser librado del período de la Tribulación por guardar la Palabra. Esto se reitera en Apocalipsis 3: 10: “por cuanto has guardado la Palabra de mi paciencia”; y se le ofrece por ello una recompensa a la iglesia de Filadelfia: “yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra” (Ap. 3: 10). Jesús destaca que la iglesia que retenga su Palabra es la que recibirá la bendición de ser guardada de la prueba.

Resumamos los rasgos de las personas que son reprobadas por el Espíritu Santo en los mensajes a las siete iglesias del Apocalipsis, las cuales se remiten a individuos que están en la iglesia de hoy en día, al final del presente siglo:

- Los malos.
- Los que se dicen ser apóstoles y no lo son, pues son mentirosos. Hoy en día hay una serie de pastores que se han autodenominado “apóstoles” y no obedecen la Palabra de Dios, sino que predicán falsas doctrinas como la de la prosperidad material, la fama y el poder en la sociedad.
- Los que realizan o siguen la doctrina y obras de los nicolaítas.
- Los que se dicen ser judíos, lo cual puede referirse a judíos naturales que se oponían a la obra de Cristo, como ha ocurrido desde que el

Señor estaba en la tierra; o a judaizantes que ejercían resistencia al mensaje de Cristo. De cualquier forma, Jesús los llama “sinagoga de Satanás”.

- Los que retienen la doctrina de Balaam.

Las siete iglesias representan tipos de congregaciones en este presente siglo antes del arrebatamiento y del juicio de la Tribulación que ha de venir sobre el mundo entero; veamos (Rodríguez, Ferrer, Segrera, 2011):

- Congregaciones donde se ha perdido el primer amor: como Efeso.
- Congregaciones que retienen la doctrina de Balaam, falsas doctrinas que llevan al amor por las cosas materiales y desembocan en la fornicación y la idolatría; iglesias mundanas que se han secularizado y han perdido la santidad: como Pérgamo.
- Congregaciones donde hay profetisas (y profetas) que predicen el futuro, la prosperidad material absoluta para todo el mundo que esté en la iglesia; no hablan del pecado, del arrepentimiento, ni de juicio; profetas que introducen en las iglesias doctrinas falsas que llevan también a la fornicación y a la idolatría: como Tiatira.
- Congregaciones que aparentan estar vivas por sus obras y actividades, pero en el fondo están muertas, pues dichas obras no son perfectas delante de Dios; se ha perdido la comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: como Sardis.
- Congregaciones tibias que se han enriquecido con las doctrinas de la falsa prosperidad, pues hacen mercadería de la Palabra de Dios; se autodenominan ricas, son soberbias, autosuficientes; e incluso se creen ricas en dones, milagros, señales; pero son iglesias pobres, ciegas y desnudas; no alcanzan a percibir su postración espiritual porque están aferradas al amor al dinero, a los bienes materiales y

han cerrado sus oídos a la Palabra de Dios, la han tenido en poco; son iglesias que aún están experimentando la destrucción espiritual y por su ceguera, siguen en su camino apartándose cada vez más de Dios: como Laodicea.

A estas iglesias el Espíritu Santo les está denunciando su pecado, les está diciendo que se arrepientan, regresen al Señor y a su Palabra. Este es su ministerio profético, (no el de prosperidad material, fama, poder y éxito total en la sociedad), que está operando con gran fuerza, porque el juicio que ha de venir sobre el mundo entero es inminente, está a la puerta, por cuanto se está dando el cumplimiento de los tiempos proféticos de Dios. Esta profecía es la operación gloriosa del Espíritu Santo, por misericordia del Todopoderoso sobre los seres humanos, ante la evidencia del juicio que sobrevendrá sobre los moradores de la tierra; de la misma manera como actuó antes de que se derramaran los otros juicios, como los del diluvio sobre toda la humanidad y el de las cautividades sobre Israel y Judá. Previo a su desenlace, el ministerio profético del Espíritu Santo actuó con gran intensidad. Antes del Diluvio usó a Enoc y a Noé; antes del juicio de las cautividades usó a Jeremías, Isaías y los otros profetas, durante el exilio, a Ezequiel y Daniel; y aún en la etapa postexílica siguió enviando profetas como Hageo, Zacarías y Malaquías. En Judas 1: 14 se nos dice que Enoc profetizó sobre los hombres impíos que convierten en libertinaje la gracia de Dios y lo niegan (14, 4) y habló del juicio contra todos los impíos, el cual se cumplió en el Diluvio. En 2 de Pedro 2: 5 se describe a Noé como “pregonero de justicia”, en griego “δικαιοσύνης κηρυκᾶ” (*dikaiousúnes keruka*), cuyo sustantivo proviene del verbo *kerusso* que significa “predicar, ser heraldo, proclamar, publicar”. El apóstol Pedro aplica este término a Noé haciendo alusión a su proclamación del juicio del Diluvio mientras construía el arca, la cual no fue atendida por aquella generación y en consecuencia fue enjuiciada por Dios.

En cuanto al juicio de las cautividades sobre Israel y Judá, es de notar que Dios mandó a sus profetas en medio de una generación incrédula que engrosaba sus oídos y endurecía su corazón. Llama la atención que estos siervos pregonaban, predicaban, anunciaban la Palabra del Señor, su juicio, y eran contrarrestados por falsos profetas que predecían prosperidad y paz, contraviniendo la Palabra de Dios: “Aconteció en el mismo año, en el principio del reinado de Sedequías rey de Judá, en el año cuarto, en el quinto mes, que Hananías hijo de Azur, profeta que era de Gabaón, me habló en la casa de Jehová delante de los sacerdotes y de todo el pueblo, diciendo: Así habló Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, diciendo: Quebrantaré el yugo del rey de Babilonia...Entonces respondió el profeta Jeremías al profeta Hananías, delante de los sacerdotes y delante de todo el pueblo...El profeta que profetiza de paz, cuando se cumpla la palabra del profeta, será conocido como el profeta que Jehová en verdad envió...Ahora oye, Hananías: Jehová no te envió, y tú has hecho confiar en mentira a este pueblo” (Jer. 28: 1, 2, 5, 9, 15).

A pesar de la incredulidad del pueblo y de los falsos profetas, la Palabra de Dios se cumplió tanto en el Diluvio como en el juicio de las cautividades, de la misma manera como se cumplirá la ira, el castigo, la Tribulación que ha de venir sobre el mundo entero, sobre el Israel inconverso, los gentiles no regenerados y los que profesan conocer a Cristo pero son fraudulentos, falsos profetas y maestros.

6.2.3. MINISTERIO DE ENSEÑANZA DE ESPÍRITU SANTO AL FINAL DEL PRESENTE SIGLO

Como anotábamos antes, el Espíritu Santo tiene un ministerio profético que en estos tiempos, final del presente siglo, opera con gran intensidad;

de la misma manera está activo el ministerio de enseñanza, el cual es vital e indispensable puesto que otra característica de este período son los falsos maestros, las doctrinas de demonios y las falsas enseñanzas. Esta necesidad de la sana enseñanza que sólo el Espíritu Santo puede dar, se ve claramente en 2 de Timoteo 4: 1-4: “Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes en tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas”.

Este ministerio de enseñanza del Espíritu Santo se describe en la cita anterior e incluye: redargüir, reprender y exhortar con paciencia y doctrina. Es así, como dicho ministerio se relaciona con el de exhortación, del cual habló el apóstol Pablo como indispensable, cuando profetizó por el Espíritu Santo el tiempo en que no se sufrirá la sana doctrina, hoy cumplido. Esto lo encontramos en Hebreos 3: 7-14: “Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto, donde me tentaron vuestros padres; me probaron, y vieron mis obras cuarenta años...Mirad hermanos que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. Porque somos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio”.

La exhortación que hoy el Espíritu Santo le está haciendo a la iglesia, se puede extraer de la cita anterior:

- No endurecer el corazón.
- Que no haya corazón malo de incredulidad.
- No endurecerse por el pecado.

Es interesante ver que el escritor de Hebreos habla de la confianza hasta el fin, lo que remite al tiempo final. En el capítulo 10: 23-25, se reafirma: “Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que lo prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca”. Aquí se reitera que el ministerio de exhortación, llevado a cabo sólo por el Espíritu, es el que más se necesita al final del presente siglo en la iglesia, especialmente cuando la venida del Señor por ella en el rapto, está cerca.

El apóstol Pablo en Colosenses reitera la importancia de la enseñanza: “La Palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría...” (Col. 3: 16).

Justamente, Judas nos habla de este ministerio de exhortación y lo plantea como necesario debido a las falsas doctrinas y los falsos maestros: “Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Jud. 3). Y como analizábamos en la caracterización del presente siglo en páginas anteriores, dichos falsos maestros se identifican por lo siguiente:

- Entran encubiertamente: es decir, que la iglesia puede no darse cuenta de que son falsos, pues se disfrazan.
- Son hombres impíos que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios: se trata de quienes malinterpretan la salvación por

gracia afirmando que no se pierde y por lo tanto, se puede vivir en pecado; ellos pretenden justificar así su inmundicia con la Palabra de Dios, interpretándola de manera equivocada, acomodándola a sus propios deseos mundanos.

- Niegan a Dios y a Jesucristo, pues con sus vidas no testifican del Señor, su comportamiento no es testimonio de santidad.
- Son soñadores que mancillan la carne, rechazan la autoridad y blasfeman de las potestades superiores. Son personas que contaminan sus cuerpos constantemente con el pecado y al haber sido regenerados en el pasado, han despreciado el señorío y por lo tanto, manifiestan desobediencia hacia Dios.
- Siguen la doctrina de Balaam, pues buscan el lucro, la riqueza económica.
- Andan según sus propios deseos.
- Sus bocas hablan palabras infladas adulando a las personas para sacar provecho: son los que enseñan prosperidad y éxito material, social, y político.

El Espíritu Santo está ejerciendo con intensidad su ministerio de enseñanza, de exhortación y de profecía, en estos tiempos de final del presente siglo, para contrarrestar a estos falsos profetas y maestros con sus enseñanzas y profecías equivocadas y demoniacas.

6.3. MINISTERIO DEL ESPÍRITU SANTO EN EL ARREBATAMIENTO

6.3.1. LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS Y LA GLORIFICACIÓN DE LOS CUERPOS DE LOS CREYENTES

Dentro de los tiempos del Señor, está el arrebatamiento de la iglesia de Cristo; un día, Jesús vendrá en las nubes por su iglesia y la llevará

con Él, para que esté en su gloria. El apóstol Pablo lo describe así: “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego, nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1Ts. 4: 16-17).

En la cita anterior, se mencionan dos obras que realizará el Espíritu Santo: Resucitar a los muertos en Cristo y transformar sus cuerpos y los de los creyentes vivos en cuerpos gloriosos. Pablo reitera estos dos eventos en 1 de Corintios 15: 51-52: “He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados”.

El Espíritu Santo participó en la resurrección de Cristo y también obrará en la del creyente en el tiempo al que se refiere Pablo en 1ª de Corintios y en 1ª de Tesalonicenses; veamos: “Y si el Espíritu de aquel que le levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” (Ro. 8:11). Nótese que Pablo se remite al tiempo futuro de la resurrección de los muertos, el cual aún no ha llegado; y la garantía de que podamos obtener la promesa de la resurrección de nuestros cuerpos mortales, es que el Espíritu Santo more en nosotros, por lo tanto, no debemos ser deudores a la carne porque si vivimos conforme a la carne moriremos (Ro. 8: 12-13); debemos mantenernos como morada del Espíritu Santo, no apagarlo, para que podamos recibir la promesa.

Pablo estaba consciente de esto, de la importancia vital de permanecer en Cristo y seguir siendo morada, templo del Espíritu Santo, por dicha promesa; por ello en Filipenses 3: 8-10, dice: “...del conocimiento de Cristo Jesús mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte”. El apóstol se pone de ejemplo en cuanto a cómo renunció a todo lo carnal (Fil. 3: 4-5), con el fin de ser hallado en Cristo y conocer el poder de su resurrección, refiriéndose al tiempo en que él mismo recibirá esta promesa en el futuro; por ello, dice más adelante: “Si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto” (Fil. 3: 12); la perfección a la que se refiere el apóstol es la de su espíritu, alma y cuerpo transformados; la versión en griego dice: “*εἰ πως καταντησω εἰς τὴν ἐξανάστασιν τῶν νεκρῶν / οὐχ ὅτι ἤδη ἐλάβον ἡ ἡδὴ τετελειώμαι*” (*ei pos katantéso eis ten eksanástasin ton nekron / Ouj joti ede elabon e ede teteleíomai*) (traducido: si de algún modo llegase a la resurrección de entre los muertos. No que ya [lo] obtuve o [que] ya he sido perfeccionado) (Fil. 3: 11-12). Nótese que el mismo apóstol dice que él no ha sido perfeccionado aún, por lo tanto, agrega: “sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo” (Fil. 3: 12); insiste Pablo en hacer énfasis en el futuro por el cual lucha y prosigue en el camino de Cristo; y luego reitera: “Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado” (Fil. 3: 13); se observa que este siervo se pone de ejemplo hacia sus hermanos, diciendo que él mismo está consciente, sabe, que no ha alcanzado la promesa, en consecuencia da el método por el cual lo logrará así como todo creyente que obedezca la Palabra de Dios: “pero una cosa hago;

olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está adelante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Fil. 3: 13-14). El método es olvidar la vida pasada de pecado, no regresar a ella, extenderse hacia la promesa de la resurrección y de transformación del cuerpo en uno glorioso, a la manera del de Cristo, proseguir al llamamiento de Dios. Por tal motivo, Pablo finaliza este capítulo 3 de Filipenses así: “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya” (Fil. 3: 20-21).

Es interesante ver que el apóstol Pablo dice claramente que él mismo no es perfecto o ha sido perfeccionado, pero luego, en Filipenses 3: 15, dice “Así, que, todos los que somos perfectos (gr. *teleioi*), esto mismo sintamos”. ¿Se contradice Pablo aquí? El autor de Hebreos dice: “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (He. 10: 14); ¿Quiere decir esto que cuando recibimos a Cristo ya somos perfectos y así pequeños nunca perderemos la perfección, la salvación? DE NINGUNA MANERA. En primer lugar, cuando Pablo dice en Filipenses 3: 15 “los que somos perfectos”, se está refiriendo a “los que somos maduros”; ciertamente, el adjetivo aquí tiene esta connotación como en 1 de Corintios 2: 6: “entre los que han alcanzado madurez” (“entre los perfectos”: *εν τοις τελειοις*; en *tois teleiois*); en 14: 20 leemos: “maduros en el modo de pensar” (“pero en las mentalidades maduros haceos”: *ταις δε φρεσιν τελειοι*; *tais de fresin teleioi*). Ahora bien, en cuanto a lo que a Hebreos 10: 14 se refiere, la versión en griego dice: “porque con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los que van siendo santificados” (*μια γαρ προσφορα τετελειωκεν εις το διηνεκες τους αγιαζομενους*; *mia gar prosfora teteleíoken eis to dienekeas tous jaguiadzoménous*). Aquí se

está señalando la perfección del sacrificio de Cristo, pues es el único que quita los pecados y a la perfección de su entrega que fue única, una vez para siempre. Dicha perfección es recibida por el pecador cuando se arrepiente de sus pecados, recibe y cree en Jesús como su Señor y Salvador; de esta manera, en el pecador se completa la obra de santificación de sus pecados (limpieza en la conversión), para ser presentado como justificado delante de Dios; por ello, el autor de Hebreos dice que con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados; “para siempre” significa que Cristo no tiene que ofrecerse muchas veces como el sacerdote en el Antiguo Testamento que hacía el sacrificio todos los años: “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado” (He. 9: 24-26). Es interesante ver que se usa la misma expresión “para siempre” (*το διηνεκες*; *to dienekeas*) en Hebreos 10: 12 y en Hebreos 10: 14; en el primer caso se refiere a que Cristo ofreció una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, lo cual es el contexto de interpretación del segundo versículo referido a los santificados.

Ahora bien, los creyentes que mueren ¿nunca alcanzarán la perfección? Claro que sí porque la Biblia enseña que “los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego, nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Ts. 4: 16-17).

Por esta razón es que como creyentes en Cristo debemos mantenernos en santidad, en obediencia a la Palabra de Dios, caminando con Jesús, obedeciendo el evangelio, para llegar a la resurrección de los muertos como Pablo decía y anhelaba; debemos guardar el templo del Espíritu Santo, su morada, para que retengamos las arras, la garantía para que, llegado el cumplimiento del tiempo de Dios, seamos resucitados y transformados por el poder del Espíritu Santo. ¡No perdamos estas arras! ¡No perdamos esta garantía! ¡No apaguemos el Espíritu Santo! ¡No dejemos de ser su templo santo, su morada! Recordemos que solamente si Él mora en nosotros, nuestros cuerpos serán vivificados, serán glorificados a la semejanza del cuerpo de Cristo.

Si permanecemos en Cristo, obedeciendo el evangelio, tenemos la garantía de la promesa; si proseguimos a su llamamiento tendremos la victoria; por esta razón, nosotros los creyentes somos llamados a una vida de victoria en Cristo Jesús, somos más que vencedores, no somos de los que retroceden para perdición (He. 10: 39), los cobardes o los perros que irán primero al lago de fuego (Ap. 21: 8, 22: 15), sino de los que van hacia adelante, prosiguen al blanco, los que estamos confiados de que si retenemos la profesión, guardamos la santidad y mantenemos nuestra comunión en el evangelio, Dios perfeccionará la obra hasta el día de Cristo (Fil. 1: 5-6). Estamos convencidos de que si no nos apartamos de sus caminos, podemos cantar con victoria: “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estamos seguros de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 8: 35-39).

Y esta victoria solamente debemos tomarla, pues Dios nos ha dado todo: a su Hijo Jesús por quien recibimos redención por su sangre, el perdón de pecados, quien intercede por nosotros delante del Padre (Ro. 8: 34); tenemos a su Espíritu Santo quien nos ayuda en nuestra debilidad e intercede por nosotros con gemidos indecibles (Ro. 8: 26); Él es las arras de nuestra herencia, nuestra garantía (2 Cor. 1: 22; Ef. 1: 14); también tenemos su iglesia donde nos exhortamos y enseñamos unos a otros (He. 10: 25); nos ha otorgado su Palabra, la espada de su Espíritu, que nos limpia (Ef. 6: 17; Jn. 15: 3); poseemos armas poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas (2 Cor. 10: 4); está disponible para nosotros la armadura de Dios que podemos ponernos (Ef. 6: 11-18); tenemos grandes promesas de vida eterna, de su presencia, de gozo, por las cuales peleamos la buena batalla de la fe, creyendo, convencidos de que nuestra fe no es en vano (1 Cor. 15: 58, 1 Tim. 6: 12, 2 Tim. 4: 7-8), sino que llegará el tiempo en que recibiremos la recompensa. ¡No hay motivo para retroceder! ¡No hay razón para dejar la santidad sin la cual nadie verá al Señor! ¡No hay motivo para desechar la gracia, despreciar el señorío y perder las bendiciones en Cristo Jesús Señor nuestro!

Pensar en que podemos llegar a la resurrección de los muertos, como anotaba el apóstol Pablo, nos llena de gozo, esperanza y fortaleza; ahora bien, estamos hablando de la resurrección para vida, no para condenación (Jn. 5: 29). Los que mueran en Cristo tendrán parte en la primera resurrección que es para transformación en cuerpo glorioso. Así lo expresa Pablo en el extenso pasaje de 1ª de Corintios 15: 1-58, el cual explica lo que en Romanos aseveró sobre la obra de vivificación que el Espíritu Santo hará en nuestros cuerpos mortales. Antes de exponer cómo ocurrirá esto, el apóstol da una advertencia para la iglesia de Corinto y para nuestra iglesia hoy en día: “Velad debidamente, y no pequéis” (1 Cor. 15: 34). Luego, utiliza el mismo término de Romanos 8: 11, el cual es “vivificar” (1 Cor. 15: 36) y plantea el proceso:

- Debe morir lo que se siembra, para que sea vivificado (1 Cor. 15: 36).
- Se siembra en corrupción, se sembrará en incorrupción (1 Cor. 15: 42).
- Se siembra en deshonra, resucitará en gloria (1 Cor. 15: 43).
- Se siembra en debilidad, resucitará en poder (1 Cor. 15: 43).
- Se siembra cuerpo natural, resucitará cuerpo Espiritual¹⁰ (1 Cor. 15: 44).

Pablo termina planteando que los muertos en Cristo resucitarán; y estos, juntos a los que queden vivos para la venida del Señor por su iglesia, serán transformados, lo cual se define como: lo corruptible se viste de incorrupción, lo mortal se viste de inmortalidad (1 Cor. 15: 53). Y esto lo llevará a cabo el Espíritu Santo. Por lo tanto, Pablo nos exhorta: “estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Cor. 15: 58).

6.3.2. LA ADORACIÓN DE LA IGLESIA ARREBATADA HACIA DIOS

Otra obra que llevará a cabo el Espíritu Santo en el tiempo después del arrebatamiento de la iglesia, será posibilitarle a ella la adoración cuando esté en el cielo. Justamente, después de que Juan da los siete mensajes en Apocalipsis capítulos 2 y 3, analizados en páginas anteriores, narra la adoración celestial de la iglesia raptada que está representada en los 24 ancianos¹¹. En Apocalipsis 4: 5 dice: “Y del trueno salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego,

¹⁰ El cual será un cuerpo físico glorificado en total concordancia, comunión y llenura del Espíritu Santo; por eso es llamado “cuerpo espiritual”, diferente al natural sometido a la vieja naturaleza, a la carne, al pecado.

¹¹ Para una argumentación de la identidad de los 24 ancianos como la representación de la iglesia de Cristo arrebatada en el cielo, ver Rodríguez Y., Ferrer G. y Segrera W. *Escatología Bíblica: Doctrina de los últimos tiempos*, Universidad del Atlántico, Barranquilla, 2011, págs. 111 – 115.

las cuales son los siete espíritus de Dios”. La referencia aquí es al Espíritu Santo por el símbolo de las lámparas de fuego y la designación de los “siete espíritus de Dios”, como lo hemos explicado en los otros capítulos, relacionando este versículo con Isaías 11: 2. Interpretamos que el Espíritu Santo es el que motiva la adoración, porque Jesús mismo nos enseña en Juan 4: 23 que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; y esto es justamente lo que hace la iglesia: “los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos” (Ap. 4: 10).

6.4. EL MINISTERIO DEL ESPÍRITU SANTO DURANTE LA TRIBULACIÓN

Durante el período de la Tribulación, es necesario analizar la obra del Espíritu Santo. En 2 de Tesalonicenses 2: 6-8, Pablo dice: “Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien (lo que) al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquél inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida”. En el interlineal griego (Lacueva, 1994) el pasaje dice así: “Y ahora sabéis lo que (*to katejón*) lo detiene para ser revelado él en el tiempo. Porque el misterio de la iniquidad ya actúa; sólo que hay el que (*jo katejón*) lo detiene hasta que de en medio desaparezca”¹².

En cuanto a la identidad de esta persona que impide la obra completa del misterio de la iniquidad, algunos autores como Pentecost (1984), han

¹² El orden de los enunciados se ha modificado levemente para mayor comprensión.

propuesto que éste es el Espíritu Santo; se plantea así, que Satanás puso su programa de iniquidad desde hace mucho tiempo, a cuyo curso se refiere el apóstol Pablo, pero el Espíritu Santo que mora en los creyentes de la iglesia, impide la consumación de esta obra del diablo. Otros autores han considerado que es la iglesia de Cristo la que obstaculiza el ministerio de iniquidad; y cuando ésta sea arrebatada, entonces el programa de Satanás se logrará a plenitud. Pentecost considera al respecto que quien impide es el Espíritu Santo que mora en la iglesia, en el cuerpo de Cristo, ejerciendo su ministerio; para demostrarlo ofrece lo siguientes argumentos (Pentecost, 1984, pp.203-204):

- Para lograr todo lo que debe realizarse, el que impide tiene que ser un miembro de la Deidad, la Tercera Persona, es decir, el Espíritu Santo; tiene que ser más poderoso que el hombre de pecado, el anticristo y que Satanás; tiene que ser eterno, pues actúa en toda esta era; y no puede estar limitado por el espacio, pues opera en todo el mundo.
- Esta era se puede considerar como la dispensación del Espíritu, pues Él obra de manera especial y distinta a las otras edades; actúa como una presencia permanente en el creyente en Cristo. Pentecost afirma que la era de la iglesia comenzó con el Pentecostés, el derramamiento del Espíritu Santo; y terminará con la remoción de Él; aunque su ministerio no cesará por cuanto habrá conversiones a Cristo. Este autor asume que, cuando la iglesia sea arrebatada y se inicie la Tribulación, el Espíritu Santo no estará en la tierra; aunque no dejará de ser omnipresente, ni tampoco cesará su ministerio, pues es el que convence de justicia, pecado y juicio (Jn. 16: 8). El autor concluye que la Tercera persona de la Trinidad hará la obra de la regeneración sin un ministerio de residencia.

Pentecost (1984, pp. 201-203) plantea, además, que la obra del Espíritu

Santo ha incluido el impedimento del mal y cita 1 de Juan 4: 4, donde se opone el espíritu del anticristo y el Espíritu de Dios: “Hijitos, vosotros sois de Dios, y lo habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo”. También afirma el autor que la obra de restricción del Espíritu Santo aparece en la Biblia en Isaías 59: 19b: “...porque vendrá el enemigo como río, mas el Espíritu de Jehová levantará bandera contra él”.

Con respecto al planteamiento de Pentecost, Belch (1998, pp.230-231) considera que no es adecuado aseverar que el Espíritu Santo será removido de la tierra, sino que tal como dice el texto bíblico, será quitado “de en medio”, es decir, que ya dejará de impedir la aparición del anticristo, pero estará en la tierra; Scofield (citado por Belch, 1998, p. 231) lo describe así: “el Espíritu Santo continuará una actividad divina hasta el fin de tiempo, aunque no como el que refrena la maldad por la iglesia”. Eso es congruente si recordamos que durante la Tribulación, Dios derramará su ira sobre la tierra y hará juicio sobre sus moradores; por lo tanto, en el cumplimiento de sus tiempos y desde su soberanía, Él dejará que se manifieste el anticristo y que la maldad opere; por tal razón, el Espíritu Santo dejará de impedir, cesará su obra de restricción.

Ahora bien, es necesario tener en cuenta el aspecto gramatical de los términos: “lo que lo detiene” (το κατεχον: *to katejón*) (2 Ts. 2: 6) y “el que detiene” (ο κατεχων: *jo katejón*) (2 Ts. 2: 7); el primero es de género neutro y el segundo de género masculino. En el primer caso, *to* concuerda con los términos “Espíritu Santo”, cuyo género es neutro (*pneuma*); pero no con la palabra “iglesia”, pues es de género femenino (*eklesia*). No obstante, el término metafórico “cuerpo” que usa el apóstol Pablo para designar a la iglesia, es neutro (σωμα χριστου: *soma Kristou*. 1 Cor. 12: 27). Así, la expresión “lo que lo detiene” puede referirse al

Espíritu Santo o a la iglesia, si la concebimos como el cuerpo de Cristo. Esta interpretación es congruente si consideramos, en primer lugar, que la Tribulación se inicia cuando la dispensación de la iglesia haya terminado, esto es, en el arrebatamiento; y en segundo lugar, porque, como afirma Belch (1998) y Scofield (1996), el Espíritu Santo ya no estará en medio, es decir, ya dejará de impedir la aparición del anticristo, para que el juicio de la Septuagésima Semana de Daniel tenga lugar en los tiempos que Dios puso en su sola potestad. Esta interpretación es aceptable especialmente si consideramos que el género de “el que lo detiene” (*jo*) es masculino y justamente Dios, *Theos*, es masculino.

Resumiendo los argumentos anteriores, lo que detiene la aparición del anticristo es la iglesia, pues es necesario que ésta sea arrebatada para que se inicie el período del juicio, de la Tribulación de la cual el cuerpo de Cristo será guardado; aquí es necesario recordar que Pablo les dice a los tesalonicenses que ellos ya saben qué detiene al anticristo: “Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene”; este versículo aparece en el contexto escatológico del capítulo 2 que se inicia con el tema del arrebatamiento: “Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con Él...” (2 Ts. 2: 1). Si analizamos el orden de los acontecimientos que Pablo relata aquí tendríamos: (a) Reunión de la iglesia con Cristo, esto es, el arrebatamiento; (b) manifestación del hombre de pecado y Tribulación (Septuagésima Semana de Daniel).

Lo que detiene la aparición del anticristo también es el Espíritu Santo quien dejará de impedir (*soma*, - cuerpo, aplicado a la iglesia -, y *pneuma*, Espíritu, son de género neutro; ambos concuerdan con la expresión “lo que lo detiene”); pero Dios Padre es quien, en su potestad, en su soberanía, ha decidido que sea de esta forma, que ya no haya impedimento para que su juicio se haga efectivo (*Theos* es de género

masculino, lo cual concuerda con la expresión “el que lo detiene”)¹³.

Planteados los argumentos que sustentan la presencia del Espíritu Santo en la tierra después del arrebatamiento de la iglesia, veamos ahora su ministerio cuyas operaciones durante la Tribulación serán las siguientes:

La obra de predicación

De la misma manera que el Espíritu Santo opera actualmente en la iglesia para la predicación de la Palabra, lo hará durante la Tribulación, a través de los 144.000 judíos que serán sellados para protección de parte de Dios y como propiedad de Él. Este grupo predicará el evangelio durante este período de juicio debido a que la iglesia ya no estará en la tierra, pues aquí consideramos que antes del inicio de los siete años de Tribulación, ya habrá acontecido el arrebatamiento del cuerpo de Cristo. Esta interpretación se logra mediante el análisis del capítulo 7 como un todo, el cual tiene dos partes: (1) el acto de sellar a los 144.000 judíos ubicado en la cronología que el apóstol Juan está narrando, es decir, el tiempo antes del inicio del séptimo sello con sus siete trompetas y siete copas de ira, el cual corresponde a la segunda mitad de la Tribulación, el último período de tres años y medio; y (2) la multitud vestida de ropas blancas, que es descrita en un adelanto narrativo o prolepsis, pues se ubica realmente al final de la Tribulación. Dos preguntas nos podemos hacer: ¿Por qué Juan se adelanta en este capítulo 7 a los acontecimientos del final de la Tribulación? Y ¿Por qué ubica la descripción y narración de los redimidos que han salido de la Tribulación después de la selección

¹³ Además de estas teorías sobre la interpretación de 2 de Tesalonicenses 2: 7-8, hay otras; por ejemplo: algunos han considerado erróneamente que lo que detiene la aparición del anticristo es un ángel o el arcángel Miguel; y también, que la identidad de este personaje que detiene es “el poder del bien ordenado gobierno humano” (Hendriksen, 2000, p. 209), pues el uso de “lo que” y “el que” se aplica al poder, a la ley y al que la hace cumplir. La Reforma interpretó “lo que lo detiene” como el Imperio Romano que fue quitado en el 476 a.C, dejando lugar el papado que era según ella, el anticristo. Obviamente, no puede ser el Imperio Romano porque ya desapareció y no ha ocurrido la aparición del hombre de pecado, ni ha ocurrido la Tribulación.

de los 144.000 judíos? Una respuesta factible es justamente que este grupo de las doce tribus de Israel son los que predicarán el evangelio durante la Tribulación, con el poder del Espíritu Santo y el resultado es el que se narra en el capítulo 7: 9-17, es decir: “los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero” (Ap. 7: 14). La relación entre los dos pasajes de Apocalipsis 7, del 1 al 8 y del 9 al 17, se evidencia en las expresiones usadas “*meta tauta eidón*” (Después de esto vi) y “*kai idou*” (y he aquí) que son usadas en otros contextos del libro para señalar un cambio de tema, pero también, la culminación de unos acontecimientos descritos (Carballosa, 1997, p. 369); este último uso es el que consideramos se aplica a dicha expresión: la culminación del sellamiento de los 144.000 judíos es la conversión de una gran multitud que nadie podía contar, como resultado de la predicación del evangelio de salvación con el poder del Espíritu Santo. Esto se corrobora con Mateo 24: 14: “Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo (ὅλη τη οἰκουμένη: *jolē te oikoumene*), para testimonio a todas las naciones (τοῖς ἔθνεσιν: *tois ethnesin*); y entonces vendrá el fin”. Este versículo se asemeja al de Apocalipsis 7: 9: “Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones (παντός ἔθνους: *pantos ethnous*) y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos”. En Mateo 24: 14 se dice que el evangelio será predicado para todas las naciones (ἐθνεσιν: *ethnesin*) y en Apocalipsis 7: 9 dice que la gran multitud salvada o redimida es de todas las naciones (*ethnous*); en ambos casos se usa la misma palabra con declinaciones distintas referida a naciones. Ahora bien, la aseveración de la predicación del evangelio la hace Jesús ubicándola después de los eventos de las guerras (Mt. 24: 6), pestes, hambres (Mt. 24: 7) y terremotos (Mt. 24: 8), lo que califica como “principio de dolores” (Mt. 24: 8), los cuales corresponden a los

seis sellos narrados en Apocalipsis 6: guerras (Ap. 6: 4: segundo sello), hambre (Ap. 6: 6-8: tercer y cuarto sellos), terremotos (Ap. 6: 14: sexto sello). El primer sello corresponde a la manifestación del anticristo quien engañará al pueblo de Israel haciéndole creer que él es el mesías. Pero al final de los primeros tres años y medio, al final del sexto sello, él se manifestará tal cual es, el enviado de Satanás, lo que causará que el pueblo de Israel se vuelva a Cristo en arrepentimiento y salvación; por ello, antes del séptimo sello, en Apocalipsis se narra el acto de sellar a los 144.000 judíos, quienes predicarán el evangelio del reino a todas las naciones (*ethnesi*) (Mt. 24: 14) de las cuales se convertirá una gran multitud que nadie podía contar (*ethnous*) (Ap. 7: 9).

La obra de la conversión y regeneración: Convencer de justicia, pecado y juicio

En la predicación del evangelio, el Espíritu Santo desarrollará su ministerio de convencer de justicia, pecado y juicio, que se evidencia en Israel convertido, del cual Dios elegirá a los 144.000. Esta conversión se profetiza en varias partes de las Escrituras como cumplimiento del convenio que hizo con dicho pueblo; se aplicará el nuevo pacto descrito en Jeremías 31: “He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá... Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré para ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo... porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jer. 31: 31, 34-35). Este pacto tendrá su pleno cumplimiento en el Milenio, después de la conversión del pueblo de Israel; el profeta Ezequiel lo narra así: “Así ha dicho Jehová el Señor: Yo os recogeré de los pueblos, y os congregaré de las tierras en las cuales estáis esparcidos, y os daré la tierra de Israel. Y volverán allá, y quitarán de ella todas sus idolatrías y todas sus

abominaciones. Y les daré un corazón, y un espíritu nuevo podré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne, para que anden en mis ordenanzas, y guarden mis decretos y los cumplan, y me sean por pueblo, y yo sea a ellos por Dios” (Ez. 11: 17-20). Cuando el profeta habla de “espíritu nuevo” hace referencia al Espíritu Santo quien operará la regeneración en el pueblo de Israel, el nuevo nacimiento, en el tiempo de la Tribulación, antes y durante el Milenio cuando las provisiones del pacto de Dios con Israel se cumplan. Pablo habla de dicho endurecimiento (corazón de piedra) y cómo Israel será salvo (espíritu nuevo) (Ro. 11: 25-27).

La obra del Espíritu Santo de ser morada del creyente

Durante el Milenio, los que nazcan, tanto judíos como gentiles, deberán convertirse a Cristo porque nacerán en pecado; el Espíritu Santo cumplirá también su ministerio de ser morada. En el punto anterior, analizamos que Ezequiel profetizó la conversión de Israel; y nuevamente el profeta se refiere a su restauración futura: “Y yo os tomaré de las naciones, y os recogeré de todas las tierras, y os traeré a vuestro país. Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardaréis mis preceptos, y los pondréis por obra. Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres, y vosotros me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios” (Ez. 36: 24-28). En la cita anterior, el profeta alude en primer lugar a la regeneración, reiterando lo dicho en 11: 17-20; pero luego remite a la morada del Espíritu Santo en los creyentes: “y pondré dentro de vosotros mi Espíritu”; esto se reitera en Ezequiel 37: 14: “Y pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis, y os

haré reposar sobre vuestra tierra; sabréis que yo Jehová hablé, y lo hice, dice Jehová”. Al final de la Tribulación, saldrán los de redimidos por la sangre del Cordero, salvos, que serán templo del Espíritu Santo de Dios y entrarán al Milenio, después de la segunda venida de Cristo quien reinará en el trono de David.

La obra de bautismo del Espíritu Santo

El Espíritu Santo hará morada en los creyentes al final de los tiempos, como corroboramos en el punto anterior; pero también llevará a cabo la obra del bautismo en fuego que la iglesia hoy tiene. El profeta Joel se refiere a este hecho cuando predice el derramamiento del Espíritu Santo, cuyo primer cumplimiento aconteció después del Pentecostés en el Aposento Alto, donde estaban reunidos los casi 120 discípulos (Hch. 2: 1-21), pero cuyo segundo cumplimiento tendrá lugar al final de los tiempos.

Es importante señalar que la profecía de Joel, aplicada al pueblo de Israel, se ubica en un contexto totalmente escatológico lo cual confirma que el bautismo del Espíritu Santo acontecerá también al final de los tiempos; veamos las evidencias bíblicas: (1) se habla del día de Jehová que corresponde a la Tribulación: “Tocad trompeta en Sion, y dad alarma en mi santo monte; tiemblen todos los moradores de la tierra, porque viene el día de Jehová, porque está cercano. Día de tinieblas y de oscuridad, día de nube y de sombra” (Jl. 2: 1-2); (2) se habla de acontecimientos específicos de la Tribulación “Delante de él temblará la tierra, se estremecerán los cielos; el sol y la luna se oscurecerán, y las estrellas retraerán su resplandor” (Jl. 2: 10. Cf. Mt. 24: 29). Ahora bien, Joel reitera el arrepentimiento y la conversión de Israel por los acontecimientos de la Tribulación: “Por eso pues, ahora, dice Jehová, convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro

y lamento...Entre la entrada y el altar lloren los sacerdotes ministros de Jehová, y digan: Perdona, oh Jehová, a tu pueblo, y no entregues al oprobio tu heredad, para que las naciones se enseñoreen de ella...Y Jehová, solícito por su tierra, perdonará a su pueblo” (Jl. 2: 12, 17). Este arrepentimiento y demanda de perdón por parte de Israel hacia Dios, acontecerá después de la segunda mitad de la Tribulación, antes de la segunda venida de Cristo. Y como consecuencia de este volverse hacia Dios, el Espíritu Santo se derramará sobre Israel, tal como Joel lo profetiza: “Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos, y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. Y daré prodigios en el cielo, y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová. Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo” (Jl. 2: 28-32).

La obra de contención

El Espíritu Santo también llevará a cabo la obra de contención durante la Tribulación; contendrá con todos los moradores de la tierra para que lleguen al arrepentimiento, aunque muchos no cederán; hay evidencias de este rechazo a la obra de contención del Espíritu Santo en el Apocalipsis; veamos:

Después de los eventos descritos en el sexto sello, la respuesta de los moradores de la tierra ante este juicio no es de arrepentimiento; por el contrario, tratan de ocultarse en las cuevas y las peñas: “Y los reyes de la tierra, y los grande, los ricos, los capitanes, los poderosos y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes” (Ap. 6: 15). Todos los grupos sociales reaccionan de la misma

forma ante el juicio de Dios, sus corazones se endurecen y buscan autoliberarse escondiéndose, lo cual demuestra la soberbia de los moradores de la tierra; los seres humanos prefieren hablar a los montes y a las peñas, seres inanimados, a los ídolos mudos, para obtener ayuda y socorro, antes que aceptar la obra de contención y de convicción de pecado, que el Espíritu Santo quiere realizar en ellos.

Después de la sexta trompeta, del segundo *Ay*, por el cual la tercera parte de los hombres muere por tres plagas, fuego, humo y azufre, la respuesta ante este juicio es el endurecimiento: “Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar; y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos” (Ap. 9: 20-21). Nuevamente hay rechazo de la obra de contención y de convicción de pecado que el Espíritu Santo desea hacer en los moradores de la tierra.

La obra de unción de los dos testigos

El Espíritu Santo también cumplirá su obra de unción sobre siervos durante la Tribulación, específicamente sobre los dos testigos (Ap. 11: 1-14), cuyo ministerio durará 1.260 días, esto es, la segunda mitad del período de la Tribulación.

La descripción de los dos testigos como “dos olivos, y los dos candeleros que están en pie delante del Dios de toda la tierra” (Ap. 11: 4), recuerda el pasaje de Zacarías 4: 2 en el que se describe la visión del profeta sobre un candelabro todo de oro sobre el cual había

un depósito que alimentaba de aceite a las siete lámparas. Estos dos olivos, en la época de Zacarías, representaban a Josué y Zorobabel quienes tuvieron la responsabilidad de dirigir a la nación en sus asuntos civiles y espirituales, como sacerdote y rey, respectivamente. Estos dos personajes vivieron en los días del regreso de Israel del cautiverio babilónico y sus ministerios tenían el objetivo de hacer que este fuese restaurado a la tierra que Dios le prometió. Según Carballosa (1997, p.204), este objetivo es parecido al que tendrán los dos testigos, los cuales, por la analogía con el aceite que aparece en Zacarías, serán dotados del poder sobrenatural del Espíritu Santo; por lo tanto, hacen señales como las de cerrar el cielo a fin de que no llueva o convertir el agua en sangre; ambos eventos referidos a los ministerios de Elías y Moisés, respectivamente. De la misma manera como los egipcios, en especial faraón en la época de Moisés, y el pueblo de Israel en la época de Elías, los moradores de la tierra, los impíos, continuarán con la dureza de su corazón, entregados a la idolatría de los demonios.

La obra de resurrección de los dos testigos

Los dos testigos descritos anteriormente son asesinados por la bestia y todos los moradores de la tierra se alegrarán, harán fiesta y se enviarán regalos, pues considerarán que uno de sus problemas ha terminado, esto es, el tormento que vivían porque los dos siervos de Dios bajo la unción del Espíritu Santo, denunciaban el pecado.

Los dos testigos resucitarán después de tres días y medio y ascenderán al cielo por orden de Dios. Estos eventos, resurrección, glorificación y ascensión, ocurren por el poder del Espíritu Santo, por cuanto hemos visto que tanto la resurrección de Cristo como de los creyentes que murieron en Él, es obra de la Tercera Persona de la Trinidad.

La obra de la adoración en los redimidos

De la misma manera que la iglesia arrebatada adora a Dios por el Espíritu Santo, porque sólo Él nos permite adorarle en espíritu y en verdad, los 144.000 adorarán a Dios: “Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos” (Ap. 14: 3).

Al final de la Tribulación, la iglesia representada en los 24 ancianos adorará a Dios debido a la cena de las bodas del Cordero, a la segunda venida de Cristo que se aproxima y al reino de Cristo que se iniciará: “Y los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron en tierra y adoraron a Dios, que estaba sentado en el trono, y decían: ¡Amén! ¡Aleluya!” (Ap. 19: 4).

6.5. EL MINISTERIO DEL ESPÍRITU SANTO EN EL MILENIO Y EL REINO ETERNO

6.5.1. EN EL MILENIO

El Milenio es la era en la cual todos los propósitos de Dios se cumplirán en la tierra. Será un reino con la plenitud del Espíritu Santo; se manifestará en adoración y alabanza al Rey; todos los creyentes serán morada del Espíritu Santo en el Milenio (Ez. 36: 27; 37: 14).

Durante este período se cumplirán los diferentes pactos, a saber:

- El pacto de Dios con Abraham, relacionado con la tierra.
- El pacto davídico, relacionado con el rey, el trono y la casa real; este rey es el Mesías.
- El pacto palestino, relacionado con la posesión de la tierra.

- El nuevo pacto, según el cual la nación tendrá un nuevo corazón, el perdón de los pecados y la plenitud del Espíritu.

El Milenio traerá bendición y gloria a la tierra a través del Señor; estas bendiciones son: Gozo, paz, santidad, gloria, consuelo, justicia, pleno conocimiento, instrucción del maestro Jesús, remoción parcial de la maldición sobre la creación, eliminación de la enfermedad para los salvos (los rebeldes enfermarán como juicio para arrepentimiento), protección, libertad de la opresión social, política y religiosa, longevidad, trabajo en un sistema económico perfecto, prosperidad económica, no habrá escasez, habrá incremento de luz solar y lunar que aumentará la productividad en la tierra, habrá una adoración unificada a Dios, los creyentes tendrán un alto grado de comunión con Dios y la plenitud del Espíritu Santo.

Los que serán regidos por el Rey Jesús en el Milenio serán: Todos los salvos de Israel y de los gentiles que estén vivos para la segunda venida de Cristo. Todos los pecadores serán cortados antes del inicio del reino milenar, pues ya habrán sido juzgados y excluidos; pero el Señor también reinará sobre todas las generaciones que nazcan de los que entran al Milenio, unos serán obedientes de corazón porque recibirán a Cristo como Salvador, pero otros lo obedecerán por su gobierno de vara de hierro; al final, Satanás saldrá a engañarlos y se rebelarán contra el Rey.

6.5.2. DESPUÉS DEL MILENIO

El ministerio del Espíritu Santo después del Milenio se puede ilustrar mediante los siguientes eventos:

La resurrección de todos los muertos de todas las edades

Todos los seres humanos que murieron sin Cristo, los incrédulos que nunca tuvieron en cuenta a Dios, los que nunca se reconciliaron con Él y los que nunca recibieron el evangelio para salvación, serán resucitados para el juicio ante el Gran trono blanco. Es la segunda resurrección, para condenación (Jn. 5: 29, Ap. 20: 5, 12, 13). Y en este evento participará el Espíritu Santo.

La obra de creación: Cielos nuevos y tierra nueva

De la misma manera que el Espíritu Santo participó en la creación de la tierra y el cielo al principio de todo lo creado (Gn. 1: 1-2), también lo hará en los nuevos cielos y la tierra nueva: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más” (Ap. 21: 1); se cumple así lo que dice el salmo 104: 30: “Envías tu Espíritu, son creados, / Y renuevas la faz de la tierra”.

6.5.3. EN EL REINO ETERNO

Es evidente que el Espíritu Santo estará en el Reino Eterno, pues forma parte de la Trinidad; y la Biblia establece en Apocalipsis 22: 5: “No habrá allí más noche; no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos”. El Espíritu Santo es Dios y es omnipresente y eterno; estará en el Reino final con el Padre y con Jesús, el Hijo; sólo así Dios será todo en todos (Ro. 15: 28).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Almirudis, H. (1998). *Comentario de la carta del apóstol Pablo a Filemón*. Barcelona: Clie.
- Barclay, W. (1999). *Apocalipsis I, II*. Barcelona: Clie.
- Batchelor, M. (1995). *Abramos la Biblia*. Miami: Sociedades Bíblicas Unidas.
- Belch, C. (1998). *Tesoros escondidos. Comentario gramatical y explicativo de 1ª de Juan, Filipenses, Colosenses, Efesios*. Santafé de Bogotá: Centro de Literatura Cristiana.
- Belch, C. (1998). *Tesoros escondidos. Comentario gramatical y explicativo de Gálatas, 1ª y 2ª de Tesalonicenses, Apocalipsis*. Santafé de Bogotá: Centro de Literatura Cristiana.
- Belch, C. (1998). *Tesoros escondidos. Comentario gramatical y explicativo de Romanos, 1ª de Corintios, 2ª de Corintios*. Santafé de Bogotá: Centro de Literatura Cristiana.
- Benware, P. (2010). *Entienda la profecía de los últimos tiempos*. Michigan: Portavoz.
- Berkhof, L. (1999). *Teología Sistemática*. Michigan, U.S.A: Grand Rapids.
- Berkhof, L. (1989). *Principios de Interpretación Bíblica*. USA: Tell Jeninson.
- Blanchard, J. (2002). *¿Que ha pasado con el infierno?* Barcelona: Peregrino.

- Bullinger, E. W. (1984). *Commentary on Revelation*. Grand Rapids: Kregel Publications.
- Carballosa, E. (1997). *Apocalipsis. La consumación del plan eterno de Dios*. Michigan: Portavoz.
- Cate, R. (1996). *Teología del Antiguo Testamento. Raíces para la fe neotestamentaria*. USA: Casa Bautista de Publicaciones.
- Chafer, L. (1986). *Teología sistemática, vols. I, II, III, IV, V, VI*. Dousman: Publicaciones españolas.
- Demaray, D. (1989). *Introducción a la Biblia*. Miami: Unilit.
- Duffield, G. & M. Van Cleave, N. (2006). *Fundamentos de Teología Pentecostal* (2º Ed.). Bogotá: Desafío.
- Feinberg, CH. (1989). *Los profetas menores*. Miami: Vida.
- Freeman, T. (2004). *Pneumatology*. USA: New Tribes Mission, Inc.
- Grau, J. (1977). *Las profecías de Daniel*. España: Peregrino.
- Grau, J. (2009). *Estudios sobre el Apocalipsis*. España: Peregrino.
- Grau, J. (1990). *Curso de Formación Teológica Evangélica. Escatología, Final de los Tiempos*. Barcelona: Clie.
- Grau, J. (1973). *Introducción a la Teología*. Barcelona: Clie.
- Hendriksen, W. (2000). *Comentario al Nuevo Testamento. 1 y 2 Tesalonicenses*. USA: Desafío.
- Ironside, H. A. (1998). *Estudios sobre el libro de Daniel*. Barcelona: Clie.
- Kelly, W. "Notes on Ezekiel". Recuperado de <http://www.biblecentre.org/commentaries>.
- Kistemaker, S. (2004). *Comentario al Nuevo Testamento. Apocalipsis*. USA: Desafío.
- Kuen, A. (1993). *Introducción al estudio de la Biblia*. Barcelona: Clie.
- Lacueva, F. (1990). *Curso de Formación Teológica Evangélica. Escatología II*. Barcelona: Clie.
- Lacueva, F. (1975). *Doctrinas de la gracia*. Barcelona: Clie.

- Martínez, J. (1984). *Hermenéutica Bíblica*. Barcelona: Clie.
- Mattew, H. (1999). *Comentario Bíblico*. Barcelona: Clie.
- Mesters, C. (2000). *Cómo leer el libro de Rut*. Bogotá: San Pablo.
- Morris, L. (1971). *Revelation, Tyndale New Testament Commentaries*. London: The Tyndale Press.
- Nyenhuis, G. (1999). *El Dios que Adoramos*. Miami: FLET.
- Paley, G. (1984). *Las epístolas de Pablo*. Barcelona: Clie.
- Pearlman, M. (1990). *Teología Bíblica y sistemática*. Florida, U.S.A: Vida.
- Pentecost, D. 1984. *Eventos del Porvenir*. Vida, Florida.
- Robertson, A.T. (2003). *Comentario al Griego del Nuevo Testamento*. España: Clie.
- Rodríguez, Y., Ferrer R. y Segrera, W. (2011). *Escatología Bíblica, doctrina de los últimos tiempos*. Barranquilla: Universidad del Atlántico.
- Ryrie, C. (1993). *Teología Básica*. Miami, U.S.A: Unilit.
- Scott, W. (2005). *Exposition of the Revelation of Jesus Christ. Christian Treassury*. London: Pickering & Inglis LTD.
- Scroggie, G., Demaray, E. (1987). *Manual bíblico homilético*. Barcelona: Clie.
- Stamps, D. (1993). "Artículos", *Biblia de estudio de la Vida Plena*. Miami: Vida.
- Tenney, M. (1989). *Nuestro Nuevo Testamento*. Michigan: Portavoz.
- Torrey, R. A. (2009). *The Person and Work of the Holy Spirit*. Recuperado de: <http://www.gutenberg.org/license>.
- Towns E. (1994). *The Names of the Holy Spirit*. Recuperado de http://digitalcommons.liberty.edu/towns_books/49
- Trenchard, E. (1999). *Introducción a los cuatro evangelios*. Miami: FLET.
- Trenchard, E. (1977). *Una exposición de la epístola a los Gálatas*. Madrid: Trafalgar.

- Turner, D. (2000). *Doctrina de las últimas cosas*. Michigan: Portavoz.
- Valles, R. (1991). *Nehemías. La revolución interior*. Barcelona: Clie.
- Von, G. (1982). *Teología del Antiguo Testamento*. Salamanca: Sígueme.
- Walvoord, J. (2007). "The Holy Spirit and Spiritual Gifts". Recuperado de <http://www.walvoord.com/>, 2007.
- Walvoord, J. (2007). *The Return of Lord*. Recuperado de <http://www.walvoord.com/series/322>.
- Walvoord, J. (2007). *Contemporary Issues in the Doctrine of Holy Spirit*. Recuperado de <http://www.walvoord.com/>.
- Walvoord, J. (2007). *The Holy Spirit at work Today*. Recuperado de <http://www.walvoord.com/>.
- Walvoord, J. (2007). *The Person of Holy Spirit*. Recuperado de <http://www.walvoord.com/>.
- Wayne, G. (2005). *Doctrina Bíblica*. Miami: Vida.
- Wolff, W. (1984). *La Hora de Amós*. Salamanca: Sígueme.
- Wright, CH. (2004). *Ezequiel*. Barcelona: Andamio.

BIBLIAS Y VERSIONES BÍBLICAS

- La Santa Biblia. (1960). Antigua versión de Casiodoro de Reina, revisada por Cipriano de Valera. Sociedades Bíblicas Unidas.
- Sagrada Biblia. Versión crítica sobre los textos hebreo y griego. José María.
- Santa Biblia. (1996). Holy Bible anotada por Scofield, España: Publicaciones españolas.
- Cerni, R. (tr.) (1990). *Antiguo Testamento Interlineal hebreo-español. Tomos I, II, III, IV*. Barcelona: Clie.
- Lacueva, F. (tr.). (1984). *Nuevo Testamento Interlineal griego-español*. Barcelona: Clie.
- Stephanus. Stephanus New Testament, (1550). Recuperado de <https://www.biblegateway.com>.

DICCIONARIOS, GRAMÁTICAS Y CONCORDANCIAS

- Bruce, F., et al. (2003). *Nuevo Diccionario Bíblico Certeza*, (2ª Ed.). Barcelona: Certeza Unida.
- Coenen, L., Beyreuther, E., y Bietenhard, H. (1998). *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento, vol. I y II*. Salamanca: Sígueme.
- Couch, M. (1996). *Diccionario de Teología Premilenarista*. Michigan: Portavoz.
- Diccionario de la lengua española, (2001). Real Academia de la lengua española, 22ª ed., .
- Douglas, J. y Tenney, M. (2003). *Diccionario Bíblico Mundo Hispano*. Miami, U.S.A: Mundo Hispano.
- Hale, C. (2001). *Aprendamos griego*. Gramática, vocabulario del griego del Nuevo Testamento, Facultad Latinoamericana de estudios teológicos, Miami.
- Kittel, G., Friedrich, G., y Bromiley, G. (2003). *Diccionario Teológico, Libros Desafío*. Michigan: Grand Rapids.
- Strong, J. (2002). *Concordancia exhaustiva de la Biblia*. Miami: Caribe.
- The Greek New Testament (1998). Deutsche Bibelgesellschaft.
- Vine, W. y Vine, E. (1999). *Diccionario expositivo de palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento. Exhaustivo*. Colombia: Caribe.

DATOS DE LOS AUTORES

Yolanda Rodríguez Cadena es Licenciada en Idiomas de la Universidad Pedagógica, Magíster en Teología de Laurel University (USA), Magíster en Lingüística del Instituto Caro y Cuervo y doctora en Lingüística de El Colegio de México; es miembro del Grupo de Investigación y Estudio Teológico BEREa y docente de los programas de Licenciatura en Lengua Castellana, Maestría en Lingüística, Diplomados en Teología y Biblia y el Programa de Formación Bíblica, Teológica y Comunitaria de la Universidad del Atlántico.

Gabriel Alberto Ferrer Ruiz es Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad de Córdoba, Magíster en Teología de Laurel University (USA), Magíster en Literatura del Instituto Caro y Cuervo y doctor en Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); es director del Grupo de Investigación y Estudio Teológico BEREa y docente del programa de licenciatura en Lengua Castellana, Maestría en Literatura, los Diplomados en Teología y Biblia y el Programa de Formación Bíblica, Teológica y Comunitaria de la Universidad del Atlántico.